

Inspirada en el Universo de *Star Wars* y los personajes de *Star Wars: Renacimiento*



-Michel-08

STAR  
EL  
**EMBATE**  
DE LA  
**OSCURIDAD**  
WARS

Prólogo al *Renacimiento*

ERIKA MORENO I.



PRÓLOGO DEL RENACIMIENTO

ERIKA MORENO IBARRA

Inspirada en el Universo de Star Wars

“(…) UDS. DEMUESTRAN QUE NO IMPORTA ESTAR EN EL LEJANO SUR: SI TE PARAS EN CHILE  
DÁNDOLE LA ESPALDA, ESTADOS UNIDOS ESTÁ AL SUR TAMBIÉN.

(…) SOLO IMAGINEN UN SOLO PAÍS ALZÁNDOSE DESDE MÉXICO A TIERRA DEL FUEGO, ESE SI SERÍA UN  
VERDADERO PODER EN EL MUNDO.

QUE LA FUERZA SEA CON TODOS UDS.”

**ALAN DEAN FOSTER**

PADRE DEL UNIVERSO EXPANDIDO

*“STAR WARS: OJO DE LA MENTE” (1978)*

*“STAR WARS: LA LLEGADA DE LA TORMENTA” (2002)*

*A TODO EL EQUIPO DE “STAR WARS: RENACIMIENTO”*

HACE MUCHO TIEMPO  
EN UNA GALAXIA MUY, MUY LEJANA

“UN CORAZÓN INDOMABLE, HERMANOS TODOS  
NOSOTROS, LA FURIA DE CORUSCANT, HERMANOS TODOS  
Y GLORIA, ETERNA GLORIA,  
SOPORTAREMOS PESO, JUNTOS  
FORJADOS COMO LA ESPADA EN EL FUEGO DE LA MUERTE,  
HERMANOS TODOS”  
(Vode An, Hermanos Todos,  
Himno del Ejército Clon de la República)

**El Embate de la Oscuridad**  
**Prólogo al Renacimiento**

## INTRODUCCIÓN

ES UN TIEMPO DE INESTABILIDAD EN LA GALAXIA.

HAN PASADO CASI TRES AÑOS DESDE LA BATALLA DE GEONOSIS Y LA GUERRA DE LOS CLONES SE HA VUELTO CADA VEZ MÁS CRUENTA Y HA LLEGADO HASTA LOS RINCONES MÁS ALEJADOS DEL BORDE EXTERIOR.

LOS JEDI SE HAN CONVERTIDO EN GUERREROS, LUCHANDO CODO A CODO JUNTO A LOS CLONES CREADOS EN EL PLANETA KAMINO. LAS FUERZAS REPUBLICANAS DEPENDEN CASI UN CIEN POR CIENTO DE ESTE EJÉRCITO DE SOLDADOS QUE VIVEN Y MUEREN PARA UN SOLO FIN: LA GUERRA.

EN EL LEJANO PLANETA DE SALEUCAMI, EN EL BORDE EXTERIOR DE LA GALAXIA, EL EJÉRCITO DE LA REPÚBLICA TIENE SITIADA HACE CINCO MESES LA CIUDAD PRINCIPAL, SIN EMBARGO, LA GUERRA SIGUE SIN PIEDAD. LA ÚNICA MANERA DE FINIQUITAR EL ASUNTO ES DESTRUYENDO LA FÁBRICA DE CLONES MORGUKAI, UNA RAZA SECRETA DE GUERREROS SANGUINARIOS Y CON UN ESTRICTO CÓDIGO DE HONOR.

UN LLAMADO SECRETO SERÁ LA ÚLTIMA OPORTUNIDAD PARA PONER FIN A ESTA BATALLA Y SALVAR EL PLANETA DE LAS MANOS DE LOS SEPARATISTAS, SIN EMBARGO, UN HORROR MUCHO MÁS TEMIBLE CREA UN MANTO DE SOMBRAS SOBRE LA GALAXIA....

## CAPÍTULO I

### UNA LLAMADA INESPERADA

Siddhis Bellatrix miró Coruscant en todo su esplendor desde uno de los grandes ventanales del Templo Jedi. Sus ojos azules recorrieron lentamente la visión panorámica que se presentaba.

Nunca había tenido otro hogar fuera de Coruscant, aunque un Jedi como ella no tenía apegos ni a personas ni a lugares, era difícil negar en su corazón que aquellas paredes que ahora la cobijaban del exterior la habían visto convertirse en mujer y que esas calles que en el exterior bullían de vida citadina habían sido parte de su duro crecimiento como persona. Ella conocía tan bien el planeta capital de la República como bien conocía la palma de su mano, sin embargo, y aún cuando muchas veces le dolía dejar el planeta, había en su espíritu una sed por lo desconocido. Amaba la aventura de viajar por el espacio y conocer otros mundos y culturas, algunos tan diametralmente distintos de Coruscant.

Y precisamente ese espíritu aventurero de Siddhis no encajaba muy bien dentro de las estrictas normas de los Jedi y la había hecho tener algunos serios conflictos con el Maestro Yoda en algún momento, sobre todo cuando la joven Jedi había decidido adentrarse en los Bajos Mundos de Coruscant en una misión absolutamente personal para encontrar al asesino de su maestro Sifo Dyas. Yoda nunca aprobó ese gesto de rebeldía por parte de la Jedi, no obstante, a ella no le había importado demasiado, principalmente después de haberse enterado de la implicancia de Sifo Dyas en la creación del Ejército de Clones de Kamino después de la mítica Batalla de Geonosis. Sólo pistas encontró en los Bajos Mundos, nada más que pistas que conectaban a Sifo Dyas con el Conde Dooku y con los sith. El rastro de su maestro y su huella en el tiempo habían ido borrándose, pero su incansable voluntad nunca se conformó con aquella temprana pérdida, una pérdida que era más bien la señal de un apego no permitido del que se sentía tan culpable como podía sentirse, pero que poco a poco se iba convirtiendo en un dolor “acostumbrado” en su alma, un dolor tan profundo que a veces era difícil sentirlo, como una herida purulenta que esparce su infección sin ser notada.

Pero no todas las cuentas sacadas arrojaban números negativos; su espíritu guerrero, ahora más que nunca, se amoldaba demasiado bien a la extrañeza de los tiempos que corrían en la Galaxia, tiempos de guerra y de sangre, de politiquería barata y mentiras escondidas bajo palabras heroicas, donde el Lado Oscuro de la Fuerza parecía cubrir todo aquel esplendor que alguna vez había representado la República y que hoy, bajo la mortaja del Lado Oscuro y de la Burocracia imperante en todos los organismos de gobierno, parecía tan sólo un buen recuerdo.

Siempre se preguntaba si realmente valía la pena sacrificar todo por una República en crisis, si era sabio hacer la guerra a los planetas del movimiento Separatista en vez de hacer la guerra a la podredumbre que carcomía los mismísimos cimientos de la República. El enemigo estaba cerca, muy cerca, más cerca de lo que muchos pensaban, el enemigo estaba dentro del Senado y eso Siddhis podía percibirlo, se preguntaba infinidad de veces por qué el resto parecía no sentirlo, o tal vez sí lo sintieran pero ya no era posible hacer nada al respecto. Tal vez el tiempo se había acabado para cualquier solución medianamente razonable.

Estos pensamientos no eran muy alentadores para una Jedi que había conocido muy de cerca la Oscuridad y sabía de lo que era capaz.

Pero las dudas no eran dignas de una Jedi, porque ella debería vivir en la certeza y no en la duda, así se lo había dicho su maestro una vez, hacía mucho tiempo en lo que para Siddhis parecía casi otra vida.

No obstante ¿acaso la certeza no nacía de la duda?

Espantó esos crueles pensamientos con una larga inspiración. Retuvo el aire un momento en sus pulmones, dejando que recorriera por completo todos sus órganos internos y luego lo dejó salir lentamente. Y sólo hubo paz a su alrededor.

El silencio del Templo era enriquecedor, su soledad era reconfortante y Coruscant era hermosa. Esos momentos debían ser aprovechados al máximo. Pronto partiría a otro destino asignado por el Consejo Jedi, pronto partiría a la guerra, pronto tendría la oportunidad de blandir su espada de luz otra vez. Le habían asignado viajar a Saleucami para apoyar la campaña bélica que se libraba allá. Partiría sola con su batallón de clones, sin embargo, allá se encontraría con el Jedi Kudan Reikull que realizaba labores de holoenlaces. No lo conocía, pero su reputación lo precedía; le habían hablado mucho sobre la amplia ayuda que había prestado durante varias campañas de las Guerras Clónicas, coordinando las comunicaciones centrales en los frentes más peligrosos. Iba a ser interesante conocer a quien había desafiado los consejos de su propio maestro para prestar esta importante ayuda y que, al parecer, nadie podía prestar mejor.

Se prometió que volvería sana y salva para recorrer una vez más las calles de los Bajos Mundos de Coruscant, buscando las respuestas a las preguntas que la atormentaban, lo que ella no podía intuir siquiera eran las circunstancias en que esto pasaría.

Tocó con su mano el collar que le había dado su maestro cuando todavía era una aprendiz. Desde aquel día y durante todos los días de su vida, Siddhis jamás volvió a quitárselo. Sifo Dyas se lo había entregado al finalizar la primera etapa de su entrenamiento como curadora, una habilidad que había desarrollado grandemente en el transcurso de su vida de Jedi. Aquella piedra tenía extraños poderes curativos y la ayudaba a canalizar mejor su uso de la Fuerza para este menester. Aquel collar significaba mucho para ella, le recordaba días más felices, días donde no conocía la verdadera naturaleza de la República que había jurado defender, días más idealistas. Con el tiempo, Siddhis Bellatrix había adoptado la misma actitud de desencanto que había exhibido su maestro años atrás.

A veces se sentía sola. La mayoría del tiempo en realidad. No era muy asidua a tener amistades y se pasaba su tiempo libre entrenando con su sable láser. Su contacto con otros Jedi era paupérrimo, si bien trabajaba de manera eficiente con ellos, no hacía lazos de amistad más allá de eso, ni siquiera con gente como la maestra Luminara Unduli o Barris Offee, su *padawan*, que tenían el mismo planeta natal que ella, y si bien Siddhis no era ciento por ciento Mirialiana como lo era la maestra Unduli o su aprendiz, puesto que según sabía su padre era un granjero de Dantooine, de todas maneras podría haber tenido más cercanía con ellas. Respetaba y admiraba profundamente a la maestra Luminara, conocía sus hazañas en Ansion y en muchos otros planetas, pero no había logrado estrechar lazos más profundos.

Los Bajos Mundos de Coruscant habían curtido una personalidad misteriosa e introvertida en Siddhis. Allí reinaba la desconfianza y la traición, era difícil abstraerse a esas circunstancias sin que dejaran una huella en el alma de una persona, incluso de un Jedi.

Un *padawan* la sacó de su improvisada meditación. Siddhis se dio la vuelta y se encontró con el rostro infantil de un niño que no tendría más de siete años. No sabía su nombre, sin embargo, lo había visto pasear por el Templo en más de alguna ocasión. Los ojitos oscuros y vivaces del aprendiz se posaron en el rostro de la Jedi y una tierna sonrisita precedió a sus palabras:

-Maestra Bellatrix, tiene un mensaje holográfico esperándola- le dijo con una vocecita tierna.

-Muchas gracias ¿Sabes quién es?- la voz suave pero profunda de la Jedi llenó el lugar.

-La conexión viene de Saleucami, maestra- contestó el *padawan*.

-¡Saleucami!- exclamó, luego exhaló un hondo suspiro -Supongo que mis días de tranquilidad en Coruscant se acabaron, mi estimado *padawan*- dijo con una irónica sonrisa en los labios negros.

Fue lo más rápido que pudo al Centro de Comunicaciones del Templo ubicado en la Torre del Alto Consejo. Cruzó a toda velocidad las dependencias hasta llegar a una sala amplia donde se recibía y se despachaba todo tipo de comunicaciones y que estaba administrada por la maestra Lori Oll. En esa sala también se encontraba la almenara desde donde se podía contactar a todos los Jedi de la Galaxia.

Siddhis se acercó a un pequeño cilindro que a penas sobresalía del suelo y accionó los controles que estaban a un lado. En unos segundos apareció sobre la superficie del cilindro la imagen holográfica de un caballero Jedi. Era joven, por lo menos eso podía vislumbrar en la borrosa imagen en tres dimensiones que se formó frente a ella, aún cuando poco podía notar, puesto que la capucha de su capa Jedi cubría la mitad de su rostro.

La imagen del Jedi de Saleucami parecía poco pendiente del enlace que había solicitado, se notaba agitado y nervioso, algo estaba ocurriendo.

-Supongo que debes ser Kudan Reikull- le dijo ella como único saludo, llamando la atención de su interlocutor e hizo un ademán de reverencia.

-¿Maestra Bellatrix?- preguntó él a su vez.

Aunque no lo conocía podía detectar la preocupación en su voz. De vez en cuando miraba nervioso hacia los lados y tenía la mano dispuesta a desenfundar su sable láser. Algo estaba pasando definitivamente.

-Así es, soy yo-

-Me alegro de poder comunicarme directamente con usted. Como se habrá enterado estoy con el Ejército de la República, liderado por la maestra Jedi Stass Allie, hace más de cinco meses acá, cerca de Caldera, la capital de Saleucami-

-Lo sé, estoy enterada de lo que pasa en Saleucami. Como sabrás, en algunos días iré hacia allá...-

-Lo sabemos- interrumpió -Sin embargo la necesitamos ahora-

-¡Ahora!- exclamó sorprendida -Pero las órdenes del Consejo... parto en un par de días-

-No tenemos mucho tiempo, necesitamos refuerzos lo antes posible, no podemos esperar, estamos bajo ataque de las fuerzas Separatistas, necesitamos que adelante su venida. El tiempo se acaba, si seguimos así perderemos Saleucami y es un lujo que no podemos permitirnos-

“El tiempo se acaba” era una sensación que Siddhis sentía a cada momento por esos días. Asintió.

-Eso haré... pero... Necesito tiempo para reunir a todos los clones que necesitamos...-  
-¡Qué vengan después!-

Kudan se sacó la capucha, revelando un rostro de grandes ojos negros y un cabello corto que aún conservaba la trenza característica de los aprendices. Luego, sacó del cinturón su espada y la encendió, proyectando un haz de luz, mientras adoptaba posición de combate.

-Me llevaré a los que están listos-  
-Por favor... la necesitamos...estamos bajo ataque...- la súplica de Kudan parecía desesperada, su vista ya no estaba puesta en ella. Realizó un par de mandobles.  
-¡Kudan!-

La imagen holográfica se hizo cada vez más borrosa y la interferencia distorsionó la voz hasta que se perdió y el holograma ya era irreconocible.

Siddhis sabía que las fuerzas de la República llevaban varios meses tratando de encontrar el generador del escudo para poder desactivarlo y luego bombardear desde órbita las fábricas de clones Morgukai, entrenados por la Confederación de Sistemas Independientes. Sin embargo, el hecho de que los ataques hubieran alcanzado también el improvisado Centro de Comunicaciones de Kudan era realmente preocupante.

Pues bien, era hora de decir adiós a Coruscant. Ordenó un poco sus pensamientos antes de hacer cualquier cosa. Llevaría con ella algunos de los clones solamente, tal vez sólo un Comando Clon. Partiría esa misma tarde, sin esperar el consentimiento de nadie, estaban en guerra y todas esas burocracias le daban igual, sobretodo si había un camarada en peligro.

Era fácil entender por qué Siddhis Bellatrix jamás había sido ni sería enviada en una misión diplomática. Su carácter demasiado directo no era una cualidad cuando se trataba de convencer en buenos términos, más bien Siddhis era más cercana a lo que llamaban “negociaciones agresivas” esas eran con las que más a gusto se sentía. Si bien a veces podía ser muy persuasiva, como lo había tenido que ser muchas veces en su estancia en los Bajos Mundos de Coruscant, esa era una condición que pocos conocían de ella y que además no tenía muchas ganas de revelar tampoco a nadie.

Salió de la sala y caminó a paso presuroso por aquellos pisos brillantes, experimentando esa tranquilidad que expelían esas paredes que en ese momento le pareció tan ajena como si nunca la hubiese sentido en su vida, como si ya todo fuese un buen recuerdo de una vida lejana. Sin embargo, una mano la retuvo por el hombro y le impidió seguir hacia su destino. Bruscamente se dio media vuelta y se encontró con el rostro tranquilo del maestro Nagai Dan.

Lo había visto un par de veces en el Templo, siempre contemplativo, opositor firme de la implicancia Jedi en las Guerras Clónicas. A pesar de la insistencia del Consejo Jedi, jamás se había involucrado con esta guerra que detestaba, incluso había aconsejado a su discípulo, Kudan Reikull, que no participara, consejo que Kudan obviamente había rechazado.

-Maestro Dan-  
-Siddhis, sé que no tienes mucho tiempo para un plática, sólo necesito saber si has hablado con Kudan hoy- le dijo con impaciencia, algo bastante poco frecuente en él.

-Así es, maestro-

-Hace mucho que no hablo con él- dijo más para si mismo, recordando en pocos segundos miles de momentos -¿Qué noticias hay de Saleucami?-

-No muy buenas, maestro, las fuerzas Separatistas están atacando, han llegado al campamento de Kudan-

Nagai Dan asintió, llevó su mano a la barbilla y acarició su barba, pensativo. En su interior sabía lo que estaba pasando en Saleucami, pero no había mucho que él pudiera hacer si quería seguir avalando su decisión de no involucrarse en las Guerras Clon, Kudan había tomado una decisión distinta y debía sostenerse en ella y él, como su maestro, debía respetarla también.

-Esta guerra es un terrible error- puso en palabras sus pensamientos. Siddhis quería asentir; ella también lo pensaba, pero no era capaz de mirar de espectadora una guerra, eso no era para Siddhis Bellatrix.

-Error o no, maestro, ya estamos dentro de ella, somos parte de ella-

-Lamentablemente-

-Sí, lamentablemente- lo miró con sus ojos azules por unos segundos, pero Nagai Dan parecía más escrutando su propio interior que hablando con ella -Maestro, si me disculpa, debo irme- dijo y rápidamente se dio media vuelta y caminó varios pasos alejándose de él. No obstante, Nagai Dan la llamó una vez más.

-Siddhis...-

La Jedi se detuvo un momento y se volvió para mirarlo.

-Sí, maestro-

-Vas a Saleucami-

-Sí, lo antes posible y no me detenga porque no lo haré-

-No te estoy deteniendo, sólo quiero que le digas a Kudan que, aunque no apruebo lo que hace, estoy apoyándolo desde la distancia-

-Eso haré, pero quiero que sepa que él está prestando un servicio invaluable a la República, debería tener en más alta estima lo que hace- Siddhis talvez estaba siendo demasiado sincera con Nagai, después de todo estaba hablando con el gran maestro Dan, sin embargo, para ella, las jerarquías impuestas poco tenían que ver con la expresión respetuosa de una opinión. Y eso venía directamente de su maestro.

Nagai se quedó pensativo por algunos momentos, extrañaba a su pupilo.

-¿Hay algo que pueda hacer por ti?-

Por primera vez en mucho tiempo, Siddhis Bellatrix esbozó una fugaz pero sincera sonrisa exenta de sarcasmo o ironía.

-Sí, de hecho, maestro, hay algo que con todo respeto deseo pedirle-

-Lo que sea, dímelo-

-¿Puede hablar por mí en el Consejo? No tengo tiempo para explicar por qué me estoy yendo antes de lo esperado, mi partida estaba prevista para algunos días más-

-Ve tranquila-

-Gracias, maestro Dan-

Siddhis hizo una grácil reverencia y salió a toda velocidad.

-Ve tranquila- repitió mientras las veía alejarse –No será la primera vez que desafíe al Consejo-

Corrió a uno de los cuatro hangares principales del Templo, un lugar espacioso que se ubicaba en cada una de las cuatro torres del Alto Consejo desde donde salían y llegaban las naves de los Jedi. Era un lugar acondicionado con la mejor tecnología para reparar y mantener las naves en el mejor y más óptimo estado.

Para la tranquilidad de Siddhis no había ningún miembro del Consejo a quien dar aburridas explicaciones del por qué de su abrupta salida: el tiempo apremiaba y tampoco se le antojaba en demasía, toda su mente ya estaba puesta en la misión; Coruscant, el Consejo Jedi, la política burocrática barata ya eran recuerdos en su mente.

Sacó de su cinturón el pequeño comunicador holográfico y lo accionó con prisa. La imagen de un soldado clon se formó en poco segundos.

-Comandante Etty-

-Generala Bellatrix- saludó 0803 marcialmente.

-Le tengo noticias de último minuto, comandante, nos vamos a Saleucami ahora, reúna a los hombres de la legión y las fuerzas especiales como estaba previsto y salga de Coruscant lo antes posible-

-Entendido, generala-

-Nos reunimos en Saleucami-

-Así se hará-

-Gracias, comandante, desearía que si las fuerzas especiales están listas las enviara hoy mismo si fuera posible-

-Se hará como usted diga, generala, mover la legión en poco tiempo no será tan fácil, pero enviaré al Comando Clon lo antes posible-

-Muchísimas gracias, Etty, te debo una, como siempre-

Siddhis supo que el impenetrable Etty había sonreído bajo el casco “te debo una como siempre” era una frase que habían acuñado como propia a lo largo de muchas misiones juntos. Al comienzo, para Etty no era fácil comprender y aceptar la amistad que la generala deseaba entablar con él y sus hombres, su entrenamiento tan severo no le habían permitido imaginar siquiera que un superior fuera también un cercano, pero Siddhis le había enseñado que más que generala y él comandante, eran seres como cualquier otro. Siddhis le había enseñado, no sin gran esfuerzo y paciencia, una humanidad propia que hasta ese momento le era absolutamente desconocida.

-Ya me la devolverá después- contestó Etty con la contestación que siempre seguía y luego se cuadró.

La imagen se perdió hasta que desapareció, Siddhis guardó el comunicador y vio a lo lejos su nave: una *Jedi Starfigther* de color azul, clase Eta-2, más pequeña que el modelo anterior, pero que sin embargo exhibía un mayor número de armamento además de ser, por supuesto, más maniobrable. Caminó a paso ligero hasta ella y sin mirar atrás ni vacilar un momento abordó

Su unidad R2D5, un droide de tonalidades doradas y violetas, emitió un sinfín de pitidos metálicos.

-Así es, R2, estamos saliendo hacia Saleucami- contestó la Jedi.

Otra serie de pitidos fue la réplica del astrodroides cuya cabeza se movió de un lado otro.

-Vamos, R2, no es la primera vez que hacemos algo así, además la diferencia no es tanta: hoy, mañana o pasado... ¡qué más da!- respondió no muy convencida.

Los motores se encendieron. Siguió parada: Saleucami; la guerra, la muerte y los sables láser.

-¡Qué la Fuerza nos acompañe, R2!- exclamó mientras la nave se elevaba y partía a toda velocidad, cruzando el cielo de Coruscant disfrazado de bello atardecer.

Una inédita sonrisa de satisfacción apareció en los labios negros de Siddhis, a veces la aventura la alegraba más de lo que debería. Como decía el maestro Yoda “El Jedi aventura no busca”, sin embargo, la juventud y vitalidad de Siddhis la llamaban a tales cosas.

\* \* \*

La Jedi *Starfighter* de Siddhis Bellatrix llegó rápidamente a la órbita de Saleucami, en el Borde Exterior de la Galaxia, sin embargo tuvo que hacer una maniobra muy arriesgada al recibir un súbito disparo láser en la parte trasera de la nave en el momento mismo de salir del hiperespacio. Un temblor inesperado seguido de varios pitidos desesperados de R2, alertaron a la Jedi. Con un movimiento brusco sacó la nave lejos del campo visual del atacante.

-¡Demonios, R2, tenemos compañía! Creo que nos han venido a dar la cordial bienvenida-

Con un movimiento, la nave dio una media vuelta poniéndose frente a frente a su atacante.

El droides astromecánico desaprobó la arriesgada maniobra.

-¡R2, no seas tan conservador!... Podemos con él-

Frente a ellos apareció la silueta de una nave separatista, un caza droides, que a pesar de su pequeña anatomía podía ser muy letal con sus cañones láser, un lanza torpedo y un lanza misiles de droides sierra, unos mortíferos androides que se adherían a la cubierta de la nave enemiga y la destruían. Cualquiera en su sano juicio les habría temido a esos pequeños pero dañinos droides.

Pero este caza era diferente, su programación daba la impresión de un dejo de astucia inusual. Se las había arreglado para cruzar la gran cantidad de naves de la República que orbitaban el planeta esperando el momento del ataque aéreo que aún no podía efectuarse gracias al escudo que todavía cubría el planeta. Este caza droides era el último vestigio de un batalla espacial pasada, un contraataque Separatista que había conseguido el objetivo de mermar los ánimos en el espacio y en tierra también.

-Llegó la hora de probar las armas de esta cosa- se dijo, mientras disparaba varias veces con los cañones secundarios de iones sobre el atacante sorpresa.

Varias chispas salieron de la nave enemiga, pero nada de cuidado, un contraataque feroz fue su respuesta.

-¡Oh no, droides sierra!- exclamó.

No obstante los reflejos de los Jedi eran insuperables para un droide y Siddhis Bellatrix pudo esquivar varios de los disparos, aminorando el daño que pretendía causar su atacante.

-Vaya, creo que estas cosas sólo me pasan a mí-

Varios pitidos de R2 advirtieron a Siddhis que uno de los droides sierra ya estaba destruyendo la coraza de la nave y se acercaba a R2D5., mientras el contraataque continuaba con los cañones láser.

-¡Tranquilo, R2!- le gritó –Es hora de confiar en mí-

Dando varios giros en 360 grados con su nave, Siddhis logró desestabilizar al mortífero droide sierra, mientras usaba la Fuerza para terminar de expulsarlo.

-¡Ja! Me debes una, R2-

En un inesperado movimiento, Siddhis movió su *Starfighter* a un lado, luego dio una vuelta, mientras esquivaba la carga de disparos de su oponente, y logró situarse tras él.

-Ahora me toca a mí-

Y comenzó a disparar sin tregua.

-¿Creías que me ibas a impedir llegar a Saleucami? Ni en tus más desquiciados sueños, no hubiera podido el Consejo, menos tú, amiguito-

En vano trató la nave enemiga de hacer la misma maniobra de la Jedi, en vano trató de salirse del radio de visión de la *Jedi Fighter*. Siddhis no le dio tregua, hasta que con una nueva y mortal descarga de láseres de los cañones duales principales de la nave, la joven truncó los deseos de supervivencia de su enemigo quien explotó sin piedad.

-¿Ves, R2? Te dije que podíamos con él. Vas a tener que aprender a confiar en mí, esta Jedi sabe cuando seguir sus instintos-

Parecía que R2 no estaba del todo feliz.

-Creo que le han dado el droide más cauteloso de la Galaxia a la Jedi más rebelde de todas...Talvez el maestro Yoda lo hizo a propósito-

Saleucami estaba justo ante los ojos de Siddhis. El violáceo vecino de Kegan y Handooine era inconfundible a sus ojos

-Bien, R2, hemos llegado-

La nave cruzó a una velocidad crucero a través de la atmósfera del planeta, una nueva aventura estaba recién comenzando.

## CAPÍTULO II

### EL ESCUADRÓN SIGMA

Saleucami era un desierto húmedo y caluroso, con una tonalidad violeta azulino en todo el ambiente. Lo más llamativo de su superficie eran los extraños bulbos gigantes que poblaban todo el planeta, además de las muchas palmeras que crecían junto a esos extraños bulbos, al mismo tiempo que una gran cantidad de cráteres marcaban la superficie del planeta generados estos por la caída de grandes rocas incandescentes. Saleucami en el idioma *Wroonian*, lenguaje de una de las razas que poblaban el planeta, significaba “Oasis” por ser el único mundo habitable en un sistema lleno de planetas muertos y meteoritos. Lo cierto era que este planeta ubicado en los territorios del Anillo Exterior de la Galaxia era más importante de lo que muchos pensaban en la estrategia de la Confederación de Mundos Separatistas, el mismísimo Canciller Palpatine ya lo había indicado como uno de los mundos miembros del “Triunvirato del Mal” junto a Mygeeto (el cual poseía minas de cristal manejadas por el Clan Bancario) y Felucia (hogar del cuartel general de la Federación de Comercio). La importancia de Saleucami radicaba en sus fábricas subterráneas de clonación.

La nave de Siddhis Bellatrix aterrizó en uno de los campamentos del Ejército Republicano, muy cerca de Caldera, la sitiada ciudad principal. La joven Jedi salió apresurada de su *Starfighter*, desenfundando sin demora su sable de hoja azul, sin embargo, al parecer la acción ya había acabado. Siddhis caminó por entre algunos soldados clones muertos. Se agachó cuando sintió signos vitales en uno con la intención de usar su poder curador en él, y pudo percibir que había recibido un disparo certero en el pecho, pero falleció antes de que Siddhis pudiese hacer nada por él.

Desactivó su espada de luz, pero la mantuvo en su mano, mostrándose especialmente alerta.

Un extraño silencio rondaba el lugar. Los rastros de la batalla eran visibles por todos lados ¿Acaso había llegado muy tarde? De hecho, así lo era.

Era de esperar que Kudan estuviera a salvo o por lo menos vivo, la pérdida de la vida de un Jedi, uno más en una larga y penosa lista acumulada durante las cruentas Guerras Clones, sería lamentable.

Caminó unos pasos más hacia una tienda de campaña levantada en el medio del campamento.

De pronto el sonido de un sable de luz apagándose llegó a ella desde el interior de la tienda. Corrió y entró con su sable azul encendido. Se topó con un Kudan Reikull en medio de una decena de lo que quedaba de soldados droides separatistas.

Kudan la miró y sonrió fugazmente.

-Maestra Siddhis, me temo que se perdió la acción- le dijo, mientras volvía su arma de Jedi al cinturón sin el menor asomo de cansancio o frustración por el reciente ataque.

-Buen trabajo, aunque los clones de afuera no tuvieron tanta suerte-

-Fue un ataque sorpresa, eran muchísimos, deseaban la información que tenemos en esta tienda, pero no la consiguieron-

Por primera vez, Siddhis se percató de que la tienda estaba llena de monitores, computadores, holoproyectores y todo tipo de mecanismos de comunicación.

-Como verá- prosiguió Kudan, percibiendo los pensamientos de Siddhis –Este es la central de inteligencia de las fuerzas republicanas, la información que se maneja desde aquí es vital para el desempeño de la misión-

-Este vendría siendo el Cuartel General de Kudan Reikull, me imagino-

-Podría decirse que sí, desde aquí hago todas mis labores de holoenlace. Por ahora estamos trabajando en la misión de desactivación del generador del escudo de las fábricas de clones Morgukai. Se han hecho tres intentos de desactivarlo, pero todos han fallado. La maestra Stass Allie me encomendó una importante misión de apoyo mientras ella lucha en otros frentes de batalla, sin embargo, necesitábamos la ayuda de otro Jedi, los clones por sí solos no han podido cumplir la misión de desactivación del escudo, y creo que tampoco podrían con la misión que tengo para usted, incluso siendo estos clones Comandos de la República, todos sabemos lo hábiles que son, sin embargo, estipulo que el éxito está más asegurado si usted va con ellos, esta vez no podemos darnos el lujo de fallar y, sinceramente espero, que donde los clones por si solos fallaron usted, maestra, tenga éxito-

-Creo que has percibido lo mucho que me gustan los desafíos-

-Su reputación la precede, sus aventuras en los Bajos Mundos aún me sorprenden, se cuentan grandes historias sobre esos años que pasó allá-

-Sí, más de las que me gustaría que se contaran. Tanta miseria, tanta pobreza, no sólo física, sino de alma y espíritu, tanto desencanto, tanto olvido y despreocupación de las autoridades...me temo que han adornado demasiado mis peripecias y les han restado profundidad. No fue un desafío lo que me llevó hasta allá-

-Su maestro, eso lo sé-

Sifo Dyas, un tema que no le gustaba tocar, muchos extraños sentimientos la hacían presa y no le permitían centrarse en el presente.

-A propósito de maestro, tengo un mensaje de Nagai Dan- dijo obviando con éxito el tema de su maestro.

Los ojos negros de Kudan se iluminaron.

-La escucho- dijo sin poder disimular una súbita ansiedad.

-Dice que aunque no aprueba este desafío a su autoridad como maestro, te apoya con todo su ser desde la distancia-

-Muchas gracias, maestra- hizo una ligera y elegante reverencia, las noticias de su maestro eran un bálsamo de paz en medio del caos.

-Y una cosa más, si vamos a trabajar juntos en esto puedes dejar de llamarme maestra, sólo Siddhis está bien, creo que tú hace tiempo te mereces el rango de Caballero, sólo esta guerra no te ha permitido hacer las pruebas oficiales-

-Tiene razón, ya no hay tiempo para esos lindos ritos por estos lugares-

-Por eso mismo, no me cabe la menor duda que a penas vuelvas al Templo Nagai Dan te propondrá para ello y nadie se lo tiene mejor merecido, así que guardaremos esos tratamientos sólo para las ocasiones de formalidad, en guerra seremos camaradas, además tenemos edades muy parecidas, me pongo un poco nerviosa con eso de maestra-

-Esta bien... Siddhis-

Era una Jedi muy especial esta, Kudan pudo percibir perfectamente que la muerte de Sifo Dyas y luego su estancia en los Bajos Mundos de Coruscant habían

dejado una huella en su alma, una huella que seguramente conservaría hasta el final de sus días.

Caldera, la ciudad principal de Saleucami estaba rodeada por las fuerzas de la República. No obstante, llevaban muchos meses sin poder tomarla. La misión de Siddhis Bellatrix consistiría en sellar todas las salidas para que ninguno de los peligrosos clones Morgukai pudiesen escapar después de que el generador del escudo fuera desactivado y que el bombardeo orbital destruyera la fábrica de clones. Siddhis se internaría en los pasadizos subterráneos secretos que yacían bajo el suelo del planeta junto con un Comando de Clones para llevar a cabo esta misión.

Siddhis y Kudan se sentaron frente al holoprojector. La mujer pudo leer el cansancio en el rostro de Kudan, ella misma también estaba cansada de esta guerra sin sentido, menos que su compañero claro estaba. Al parecer como había dicho alguna vez Obi Wan Kenobi antes de partir a la primera de sus incontables misiones en las Guerras Clónicas *“ni el mismo maestro Qui Gon podría haber preparado a un Jedi para esta guerra”* y en verdad así era. Habían pasado de guardianes de la paz a instrumentos de guerra en un plazo de pocos meses. Kudan y ella eran jóvenes, podían fácilmente adaptarse a esta nueva y estresante situación, sin embargo, Siddhis pensaba en las consecuencias que todo esto podría tener sobre los Jedi más experimentados, aquellos que se había aferrado a una vida tranquila, de meditación y consenso, el mismísimo maestro Nagai Dan era un ejemplo claro.

Mas todo había cambiado radicalmente desde la llegada al Templo de Anakin Skywalker.

Recordaba aún cuando llegó, lo vio pasar varias veces en esa época, tendrían tal vez la misma edad, pero ella ya era aprendiz de Sifo Dyas desde hacía mucho tiempo, y prácticamente toda su vida la había pasado en el Templo Jedi. La Fuerza era fuerte en él, especialmente fuerte, aunque tenía mucha ira también. A su llegada comenzaron a pasar extrañas cosas: la aparición de un sith, aparentemente extinguidos hacía un milenio, el surgimiento de Palpatine como Canciller, la muerte de su maestro, el Conde Dooku y su relación con los clones de Kamino.

Era una extraña y enredada historia que talvez demoraría en resolverse y era posible que Siddhis no viviera tanto como para verla resuelta. Se contentaba con resolver el asesinato de su maestro y saber quién era el sith.

-¿Cuánto tiempo demorarán los Comandos en llegar?- preguntó Kudan mientras revisaban los planos holográficos de la ciudad y mostraba entradas secretas a través de conductos subterráneos en el subsuelo del planeta.

-No lo sé, no pude coordinar su venida antes del despegue, pero hablé con Etty, el comandante de mi legión, y lo advertí de mi salida apresurada, seguramente llegarán en el “Hermandad” junto a todos mis hombres-

-Espero no haberte traído problemas allá en Coruscant, pero realmente necesitamos hacer este trabajo lo antes posible, no podemos esperar más tiempo, llevamos cinco meses sitiando este lugar y en cinco meses hemos fallado una y otra vez en destruir el generador, sino terminamos con la fábrica de clonación entonces jamás terminará la guerra acá en Saleucami, y peor aún jamás habrá paz en la Galaxia. Saleucami es un pequeño planeta pero ha sido elegido para eso de la clonación, no podemos permitir que hagan un ejército de clones como el nuestro-

-Claro, esa potestad recae sólo en nosotros “dueños de la Galaxia” ¿verdad?-

Kudan parecía un poco molesto con el irónico comentario, Siddhis pudo percibirlo, no podía permitir que alguien moviera sus cimientos en ese momento, no tan cerca de la misión.

-No creo que debas hablar así-

-¿Qué pasará cuando acabe la guerra, si acaso acaba alguna vez, bombardearemos Kamino para destruir a los clonadores y sus clones? Lo siento, Kudan, si quieres que haga esto tendrás que decirme las razones-

-Pensé que tenías las razones claras antes de venir-

-¿Cómo podrías saberlo si no me conoces?-

-Soy un Jedi igual que tú ¿acaso no me conociste tú a mí cuando hablamos en el holograma?-

-Soy complicada...-

-¿Me conociste? Contesta-

-Sí-

-Yo también-

-Sé que eres una persona más conciente y centrada que yo, Kudan, lo sé desde que hablamos por primera vez y sé perfectamente que estamos del lado correcto, pero los Jedi estamos cada día más cegados, cegados por la guerra, cegados por la oscuridad, cegados por convicciones y políticas que no nos pertenecen. Estamos en el campo de batalla, pero no pertenecemos aquí. Me gusta luchar con toda mi alma, pero no es precisamente lo que un Jedi sentiría ¿verdad?-

-Somos todos diferentes personas, Siddhis. Somos Jedi pero no necesariamente somos la misma persona. Te atormentas demasiado, estás tan obsesionada con eso de encajar en la tipología Jedi que no dejas fluir todo lo que tienes que entregar, no dejas fluir tus emociones, las escondes y poco a poco se transforman en una herida sin sanar-

Siddhis lo miró sorprendida. Era un hombre sabio este Kudan Reikull.

-¿Crees firmemente entonces que debemos hacer esto? ¿Crees firmemente en esta guerra?-

-No, no creo, quién sabe, no tengo todas las respuestas y no quiero tenerlas, sólo sé que si estamos acá es por algo, La Fuerza nos ha puesto aquí, La Fuerza quiere que esto suceda por alguna razón, nosotros somos sólo pequeñas partes de un todo, sólo nos queda jugar nuestro papel en la historia y hacer lo que nos dictan nuestros códigos. Si yo estoy acá es porque estoy convencido que podemos llevar la Guerra a un buen final, uno rápido, un final que después de todo pueda llevarnos a la Paz a la cual estamos acostumbrados-

-¿Le dijiste eso mismo al maestro Dan?-

-Así es-

-No lo convenciste, pero ¡demonios! Sí me convenciste a mí-

-Siempre me fue bien en diplomacia en el entrenamiento-

Siddhis sonrió.

-Bueno, comandante Reikull ¿cuál es la misión?-

-Para que podamos lograr el objetivo: el bombardeo aéreo y la total exterminación de los clones Morgukai, hay una misión que debe ser cumplida antes. Lo haría yo mismo, pero como ya sabes perdí algunos hombres de mi regimiento en ese ataque sorpresa que sufrimos antes de tu llegada, no puedo darme el lujo de seguir acá varado esperando un nuevo ataque y tampoco puedo abandonar este puesto, los Jedi encargados de la

desactivación del generador también cuentan conmigo. Igual que a ti y tus hombres, yo los estoy guiando desde acá, por eso la misión no puede ser encomendada a mi persona-

-Son bastantes Jedi ya en Saleucami ¿no crees?-

La Jedi se percató lo desprotegida que quedaba Coruscant cada vez que los Jedi debían partir a misiones tan lejanas como esta. Si alguien quisiera hacer un ataque sorpresa, ese sería el momento preciso.

-No es mi estrategia de guerra, yo sólo cumplo órdenes de otros-

-A veces pienso que ni los consejos de los guerreros mandaloreanos ni las tácticas de los grandes historiadores y teóricos militares de la República pueden convertir a un Jedi en un líder castrense-

-No somos soldados y talvez nunca lo seamos, además todo eso de los Jedi Oscuros, lo que dicen del maestro Quinlan Vos, todo este lugar, toda esta guerra, me parece demasiado, pero como ya te dije, debemos llevar esto a un buen final y confío mucha más en los Jedi que en los Separatistas para eso-

-Concuerdo plenamente contigo, creo que todo esto nos está llevando por caminos que no podemos imaginar, pero son caminos que después de todo no podemos obviar-

-No puedes huir de una guerra, tarde o temprano te alcanzará-

-No se puede, pero te haré una confesión: en estos momentos me gustaría ser un soldado clon-

-¿Por qué lo dices?- la miró con extrañeza y curiosidad entremezcladas.

-Porque ellos no están inmersos en las intrigas y murmuraciones extrañas a las que estamos nosotros como Jedi expuestos cada día-

-Ese es el camino fácil, si me perdonas que lo diga así-

-Esta guerra, mi estimado amigo, lleva décadas forjándose ¿por qué crees que mi maestro mandó a crear el Ejército de Clones para la República hace más de 10 años? No fue por simple capricho, él descubrió algo que ni siquiera el maestro Yoda fue capaz de percibir y era que la República lleva mucho tiempo en peligro, mucho más de lo que pensamos. Las cosas que descubrí en los Bajos Mundos de Coruscant realmente te sorprenderían, pero no tanto como todas las cosas que se han ido develando desde hace unos meses ¡Jedi Oscuros! ¡Alianzas con el Conde Dooku! Y todo eso sólo en este pequeño y aislado planeta ¡Te imaginas si juntamos todas las intrigas de la Galaxia! Creo que el Consejo Jedi está desorientado y sabe, como todos los demás Jedi sabemos, que se acerca algo muy poderoso y muy malo y que no podrá controlarlo-

Kudan se quedó pensativo, las palabras de Siddhis eran reales y él también lo sentía así, aunque nunca se habría atrevido siquiera a expresarlo tan abiertamente.

-Pero estamos ganando la Guerra-

-Esta guerra es sólo un medio para un fin, aunque ahora no puedo decirte cuál, eso es lo que percibo. Sé que no podemos escapar de ella y mi lugar junto a la Orden Jedi jamás lo he puesto en duda, pero tampoco pongo en duda que hay cosas que no cuadran. Los Jedi viven para la Paz, Kudan, no para la guerra... todo esto es mucho para nosotros...-

-Esta guerra es un error- interrumpió Kudan, completando la frase -Hablas como mi maestro-

-¡Vaya, qué mala suerte tienes! Eres el primero en escuchar algo cuerdo de mis labios-

-Me caes bien, presiento que seremos grandes amigos-

La Jedi asintió con una leve sonrisa, sin embargo continuó pensativa. Hace mucho tiempo que no compartía una conversación de camaradas con otro Jedi ni había conversado así tan francamente. La última vez estaba clara en su mente como si hubiese sucedido ayer, pero había sucedido hace ya algún tiempo. Keyor Alleguis y Drellis

Duskriders habían sido los interlocutores y desde aquella ocasión saltaba directamente a este día con Kudan. Había aislado su alma, ocultando la rabia y la pena por la desaparición de su maestro y a su vez se había ocultado dentro de la frustración que le causaba el hecho de que los Jedi olvidaran para siempre esa muerte, ni siquiera considerándola como una pista importante en este gran puzzle.

El retraso de la llegada del Comando Clon de la República y de la Legión de Siddhis Bellatrix era bastante preocupante, sin lugar a dudas algo estaba ocurriendo en Coruscant, pero Siddhis ni siquiera se dio el trabajo de pensar en ello. Trató de calmar su mente e intentó concentrarse en el ahora, en la oportunidad de oro que se le estaba dando de poder conocer y compartir con Kudan que se tornaba en una presencia tranquilizante en medio del caos de las imágenes del futuro que no podía evitar tener.

Un sonido desde el exterior los sacó de la paz que reinaba en la tienda, era el sonido de una nave que aterrizaba muy cerca del campamento.

-Son ellos- anunció Kudan

-Al fin-

El comandante clon de Kudan llamado Altor entró a la tienda y saludó marcialmente.

-Comandante Reikull, la nave de los comandos ha llegado-

-Gracias, Altor-

-A sus órdenes, comandante-

Kudan miró a Siddhis.

-Creo que el juego ha comenzado-

-Ya era hora-

Salieron de la tienda y caminaron hacia la nave que hacía unos minutos había tocado la superficie de Saleucami. Era una Republic Gunship de 17 metros de largo equipada con torretas de láser antipersonal, torretas de rayos láseres compuestos, lanzadores de cohetes ligeros y lanzadores de misiles conductores de masa. Era una nave de desembarque y transporte, el mismo modelo usado por el maestro Yoda en la mítica Batalla de Geonosis.

Los Comandos de la República estaban compuestos por cuatro soldados clon, la elite del Ejército, cuatro hermanos criados y entrenados para desempeñar misiones específicas de gran complejidad, expertos cada uno de ellos en un área determinada, liderados por uno de ellos, pero que con las capacidades de cada uno formaban al soldado perfecto. No eran simples clones, cada uno tenía una personalidad determinada, por lo que el General que los guiara debía ser muy hábil y con una capacidad de liderazgo pleno. Pocas veces los comandos de la República trabajaban junto a un Jedi, podían desempeñarse perfectamente solos en todas sus misiones, como lo había hecho el Escuadrón Delta en Geonosis. Sin embargo debido a la complejidad de esta misión y a la afinidad que siempre había demostrado con los soldados clones, el Consejo Jedi había decidido que Siddhis Bellatrix fuera con ellos, por lo menos esta vez.

Siddhis no estaba muy segura de poseer un liderazgo pleno, la verdad lo dudaba mucho, no obstante ningún Jedi tuvo tanta afinidad con sus soldados como la tenía Siddhis Bellatrix con los suyos, ellos la seguirían hasta la muerte, más allá incluso de lo que su entrenamiento les dictaba.

La relación de Siddhis con los soldados clones tenía mucho que ver con que ella los consideraba parte de la historia de Sifo Dyas, casi como un legado viviente de lo que había sido su maestro, una herencia que estaba dispuesta a proteger y respetar mientras pudiera.

A lo lejos los vio, allí estaban formados de manera perfecta, los cuatro esperando. De verdad eran admirables, su entrega, su lealtad, su meticulosidad, cada uno formando parte de un solo cuerpo: El Escuadrón Sigma.

- Creo que te llevarás muy bien con Nox- comentó Siddhis a Kudan mientras caminaban.
- ¿Por qué lo dices?-
- Ambos aman la tecnología y se conocen el funcionamiento de la holored casi como la palma de su mano-
- ¡Por fin tendré a alguien con quien hablar!-

Siddhis sonrió abiertamente.

Se acercó a los comandos. Posó sus ojos azules en cada uno antes de dirigirse a ellos.

El primero y el líder de los cuatro era RC 1006, también llamado Drex: soldado rudo, inteligente y con una fortaleza moral a prueba de cualquier inconveniente. El segundo era RC 1103, Nox, un soldado meticuloso, experto como ninguno en todos los asuntos de computadoras y tecnología. El tercero era RC 1805 o Klayn, un soldado que amaba la guerra, disfrutaba con cada disparo que hacía y con cada enemigo eliminado, era un demonio en batalla y nadie igualaba su puntería. Y el cuarto era RC 1019 también llamado Vrad, experto en detonadores y explosiones, era el que mejor sentido del humor tenía de los cuatro siendo una luz en medio de la oscuridad y la muerte en la guerra. Juntos formaban el Escuadrón Sigma, una fuerza de elite de la cual la República estaba orgullosa.

El armamento que usaban también era especial: un rifle DC-17, arma más pequeña, adecuada para el combate en cuarteles cerrados que también podía transformarse en un rifle de francotirador o un lanza granadas según las necesidades de la misión; visores tácticos especiales y una armadura reforzada de la clase Katarn.

-Creo que las presentaciones, por muy protocolares y obligadas que sean, en este caso están de más- La Jedi los miró con cariño, había sido una observante y admiradora de las hazañas de estos hombres. Nunca habían trabajado juntos, pero Siddhis se había convertido en parte de sus vidas desde su mismísimo entrenamiento -Ustedes fueron elegidos para acompañarme en una misión secreta, peligrosa y urgente para la consolidación de la victoria de la República en este planeta-

-Estamos enterados de la misión, generala Bellatrix- intervino Drex.

-Me parece bien, Drex, discutiremos los detalles luego, aunque estoy conciente de que no tenemos mucho tiempo. Partiremos apenas sintamos que estamos listos. Sé perfectamente que no se acostumbra a que un Jedi esté entre ustedes en una misión, espero que sepan, en todo caso, apreciar el aporte que puede darles una humilde conocedora de la Fuerza en batalla, pero entiendo que es la primera vez y que les puede resultar un poco incómodo, sé que están acostumbrados a luchar solos que no me necesitan, pero hay misiones, como esta, que no podemos darnos el lujo de perder y el Consejo Jedi ha considerado que el hecho que yo esté entre ustedes refuerza la posibilidad de que la misión sea exitosa. Espero cumplir con las expectativas-

-Será un honor pelear a su lado, Generala- Klayn se pronunció por primera vez son una voz profunda y misteriosa -Y creo que hablo por mis compañeros también-

-Así es, será todo un honor para nosotros- apoyó Nox.

-Muchas gracias, sé muy bien de sus capacidades y también será un honor para mí, presiento que nos llevaremos muy bien los cinco...-

-Con todo el respeto que me merece, Generala, no puedo dejar de agregar que sería difícil llevarse mal con una mujer con esos ojos- Vrad intervino muy en su particular estilo.

-¡Vrad!- la voz de Drex obligó a todos a mirar directamente a Vrad. El líder del Escuadrón quería entrañablemente a todos y cada uno de sus hermanos, pero a veces en su meticuloso sistema lógico de pensamiento, las actitudes de Vrad le parecían un poco fuera de lugar.

-Pero si es verdad, líder Sigma-

-¡Basta ya, 1019! Es una orden-

-Yo sólo decía, mi intención no era ofenderla, Generala-

Siddhis se acercó a Vrad y puso la mano sobre su hombro.

-Lo sé, nos conocemos desde hace mucho y como nadie valoro tu sentido del humor. Todos nos llevaremos muy bien y tú, Vrad, nos ayudarás a levantar nuestro espíritu en medio del caos y la depresión de la guerra-

-Gracias, Generala-

Los ojos negros del comando descansaron deliberadamente en los de la Jedi, a pesar del casco que lo aislaba del mundo, esos ojos iban más allá de todo casco, ni un universo entero podría haberlos opacado, la misma mirada penetrante del modelo original Jango Fett. Era una mirada fuerte, pero cristalina a la vez, exenta de rabia o de intrigas, una mirada llena de seguridad y de orgullo, de entrega verdadera por una causa en la que Siddhis no creía demasiado ya, pero que en esos ojos parecía la única causa real, la única razón de vivir.

Era difícil no sacar fuerzas de esa mirada. Y Siddhis se dejó llevar por ello.

-Bueno, comandos, les presento al comandante Kudan Reikull, él nos guiará a través de los laberínticos pasadizos por los que tendremos que andar para cumplir nuestro objetivo-

Los cuatro se cuadraron ante Kudan y este les hizo una ligera reverencia.

-El comandante Reikull le enseñará los planos holográficos de las instalaciones, yo iré a prepararme, él les explicará los detalles mientras-

-Sí, generala- contestaron como un solo hombre.

Siddhis con un ademán se retiró del lugar.

Cada momento de paz era bien apreciado en esos cruciales instantes, sobretodo si eran los últimos antes del comienzo de la misión. Era Voluntad de la Fuerza que ella estuviera en ese lugar, en esa particular situación, pero para un soldado, como lo eran ahora los Jedi, el momento de calma antes de la batalla podía transformarse de un regalo a una maldición. ¿Cómo podía un Jedi abstraerse del nerviosismo en esos momentos, de la tensa calma antes de la batalla? Sólo la meditación y la unión con la Fuerza eran la salida. No había tiempo ya para una larga meditación, pero mientras Siddhis Bellatrix se vestía con unos pantalones que reemplazaron su falda habitual y se colocaba la pechera

negra que cubría su torso, se sumergió en una meditación interna para aplacar su nerviosismo y sus dudas. Luego abrochó su cinturón y ajustó bien el mango del sable de luz que en sus caderas brillaba como una joya. Por último ajustó las botas y se puso la capa color marrón y los guantes que dejaban al descubierto sus dedos de uñas negras.

Ya estaba lista. Con los ojos azules cerrados y el cabello negro que caía como cascada sobre los hombros, Siddhis Bellatrix elevó una dulce plegaria a la memoria de su maestro y a la Fuerza, una plegaria que pedía ímpetu, y el liderazgo que sus hombres necesitaban de ella, no quería fallarles ni a ellos, ni a la Orden Jedi, ni a la República, una República que había jurado proteger a pesar de sus dudas internas.

Salió de la tienda a paso seguro, el Escuadrón Sigma la esperaba listo afuera, Kudan ya les había explicado todo y sus armas estaban listas ya para lo que venía.

-Ya es hora, comandos, la misión que nos es encomendada es vital, por lo tanto fallar no es una opción. Son los mejores y la conquista de este planeta ahora recae sobre nuestros hombros. Ustedes son héroes, para eso fueron creados y brillarán en la Gloria y en la memoria de sus pares, puesto que la Gloria como la Fuerza es imperecedera- la voz de Siddhis se oía solemne, elevándose sobre el lejano ruido de la guerra que llegaba a ellos a través de la suave brisa -Sólo tengo una última instrucción, mi querido Escuadrón Sigma: Nos vamos cinco, por lo tanto a cualquier precio volvemos cinco, nadie se queda atrás, comandos, nadie ¿entendido?-

-Entendido, generala- dijeron como una sola voz.

-Nuestra supervivencia será nuestra recompensa...Muy bien, comandos, es hora de partir-

Los motores de la nave que los dejaría en medio de la ciudad se encendieron al unísono con las palabras de Siddhis.

-Pueden subir-

Los comandos subieron a la nave uno a uno con habilidad.

Siddhis se dio media vuelta para dirigir su mirada a la de su compañero.

-Muy bien, Kudan, ha llegado la hora-

-Estamos en contacto entonces, no me alejaré jamás del intercomunicador hasta que regreses-

-Gracias, amigo, confiamos en ti- le dijo colocando su mano sobre el hombro y mirándolo directamente -Cuando aterrice el “Hermandad” donde viaja el resto de mi legión ésta quedará a tu mando mientras llego, el comandante Ety ya sabe, no tendrás ningún problema con él y te ayudará en caso de algún ataque sorpresa como el que sufrieron antes de mi llegada-

-Así será...-

Siddhis Bellatrix le hizo una reverencia.

-Qué la Fuerza te Acompañe- se despidió Kudan

-Y a ti-

Siddhis subió a la nave y ésta despegó inmediatamente, elevándose del piso en medio de una nube de polvo. La Jedi agitó su mano desde el umbral y Kudan levantó la suya, mientras los veía alejarse en el cielo grisáceo de Saleucami.

## CAPÍTULO III DE CLONES Y JEDI

La *Republic Gunship* se elevó majestuosa y partió en dirección norte. Debían llegar a las cercanías del pequeño pueblo contiguo a Caldera, la ciudad sitiada. Ahí debían hallar un viejo edificio que se suponía que estaba abandonado, pero que Kudan Reikull había descubierto en unos planos que era la entrada a una vasta red de túneles subterráneos que llevaban a los principales lugares de la ciudad principal incluso los lugares estratégicos como la fábrica de clones Morgukai. Siddhis sabía que la destrucción del escudo generador era tarea de otros Jedi, entre ellos la maestra Aylaa Secura y el maestro Quinlan Vos, no obstante para que el objetivo principal se lograra con éxito, El Escuadrón Sigma debía internarse en un recinto secreto ubicado en la ciudad, buscar la computadora principal, de ella averiguar una clave secreta que cerrara las compuertas que tenían los túneles subterráneos para que los clones Morgukai no escaparan a las ciudades aledañas cuando comenzara el bombardeo aéreo. Sin esa valiosa ayuda el sitio de Saleucami y el bombardeo no tendría sentido y sólo se extendería la guerra más de lo que ya estaba durando.

Se oía simple, pero no lo era y Siddhis lo sabía. Jamás se había enfrentado a los Morgukai, pero sabía que eran guerreros herederos de una tradición ancestral y sanguinaria de guerra, con un estricto código de honor. Se decía incluso que algunos habían logrado dominar algunos poderes de la Fuerza y la lucha con sables de luz porque supuestamente habían sido entrenados por un Jedi Oscuro. Además, los túneles subterráneos estarían repletos de ellos. Todo un desafío.

-¿Puedo hacerle una pregunta, Generala?- a pesar del sonido de los motores de la nave, la voz de Drex se oía fuerte y clara.

-Dime, mi querido Drex-

-No estaremos en los anales de la historia por esto ¿verdad?-

Era uno de las tantas reflexiones que Drex a menudo compartía con Siddhis, su mente siempre lo llevaba a ser mucho más reflexivo que el resto y esa era una condición que la Jedi destacaba de él. Ya se lo había preguntado una vez en Kamino en alguno de los tantos viajes que Siddhis realizaba a ese sistema. Le hubiese encantado contestar positivamente, pero no era así.

-Me temo que no. Pero ninguno de los dos, y ambos también lo sabemos, lo hace por la gloria ¿por qué me lo preguntas?-

-A veces me lo pregunto, a veces me lo preguntan mis hombres también...- iba a agregar algo más, pero se retuvo, sus dudas tan internas no correspondía hacerlas públicas ante nadie, menos ante un superior pero esta Jedi de aura misteriosa inspiraba una inusual confianza en los clones y Drex no era la excepción. La Generala Bellatrix asintió comprendiendo que las dudas que ella misma albergaba anidaban en el corazón de sus hombres.

-No te preocupes, Drex, en la Fuerza no existe el olvido y ustedes moran en la Fuerza al igual que yo o cualquier otro ser vivo-

-Si sobrevivimos nos daremos por pagados y eso es todo lo que necesitamos-

-Ya te dije, Líder Drex, nos vamos cinco y volvemos cinco. No cuatro ni tres, volvemos los cinco y si no es así la misión no estará cumplida-

-No se preocupe, Generala Bellatrix, el Escuadrón Sigma siempre cumple ¿o no muchachos?-

Los otros tres gritaron un “Sí” que llenó a Siddhis Bellatrix de fuerzas, una inyección de vitalidad imprescindible en esos momentos en que las mil dudas que fueron parte del legado de su maestro la acosaban. Realizaría esta misión no por la República, sino que lo haría por los Jedi y por sus hombres, no por la gloria o la inmortalidad sino por supervivencia, no para ganar una guerra sino que para alcanzar la paz.

Siddhis miró hacia el exterior a través del umbral de entrada a la nave, desde ahí podía obtener una visión panorámica del planeta en el cual se encontraban; sólo arena, cráteres y esos extraños bulbos cubrían gran parte de la superficie, algunos decían que algunos de esos cráteres eran cultivables pues sus tierras eran extremadamente fértiles, era difícil, sin embargo, a sus ojos que aquel lugar pudiera dar vida. La ciudad sitiada y seguramente la vecina donde se disponían a aterrizar eran nada más que una gran caldera rodeada por una primitiva ciudad.

-Es un paisaje desolador ¿no cree, Generala?- comentó Vrad, acercándose a ella. Siddhis no quitó la mirada de las infinitas planicies que se presentaban ante sus ojos.

-Así es, Vrad, y me temo que los túneles serán aún más desoladores-

-En lo que a mí respecta lo único que quiero es enfrentarme a esos clones Morgukai, nunca he matado de esos- la voz de Klayn llegó desde un rincón.

-Y tendrás tu oportunidad, de hecho todos la tendremos, pero no debemos subestimarlos-

-Sus genes no se comparan a los nuestros, Generala-

-Lo sé, mi querido Klayn, pero debemos ser cauteloso, hay más en esta misión de lo que nos han dicho, sino no me habrían enviado con ustedes-

-Por mi parte, lo único que me preocupa es la coordinación de esta misión, no sacamos nada con cerrar las compuertas de los túneles si el escudo no es desactivado y no se realiza el bombardeo- Nox no parecía muy animado con la misión, en su mente lógica el hecho mismo que los otros Jedi no supieran de su presencia y de que sin saberlo estuvieran trabajando en conjunto con ellos le parecía casi una aberración en la estrategia militar, pero no iba a dar su opinión ahora ni nunca, no correspondía.

La voz del piloto clon de la nave los sacó de la conversación.

-El comandante Reikull me ha informado que debemos aterrizar detrás del gran cráter que ven a su derecha, desde ahí deberán seguir a pie hasta la ciudad. Desde ahora en adelante dice que se comunicará directamente con ustedes.

-Entendido- dijo Siddhis y colocó en su oído el dispositivo que la mantendría en contacto con Kudan.

La Republic Gunship aterrizó detrás de unas altas dunas de arena, los dejó ahí y despegó rápidamente, perdiéndose en el horizonte.

-Líder Dorado- habló la Jedi, llamando a Kudan por el alias militar que tendría en esta misión- Ya estamos en suelo enemigo-

-Muy bien, Escuadrón Sigma, la ciudad se encuentra muy cerca de ustedes hacia el norte. Repito la advertencia principal: el poblado está repleto de droides de la Federación, Superbattle Droids y Droidekas-

-Eso no será problema, Líder Dorado- dijo Klayn cargando diestramente su DC-17 –Es hora de sacarle las telarañas a estas armas-

-Bien, muchachos, ya sabemos qué hacer-

Siddhis desenfundó su sable de luz y lo encendió.

-Adelante- ordenó Drex.

Por algunos momentos el sonido del silencio sólo fue interrumpido por los pasos de los cinco soldados en el suelo árido de Saleucami y el sonido vibrante del sable de luz encendido. Era un silencio compuesto por los ecos del dolor de una guerra que afectaba a cada uno de los rincones de la Galaxia, eran ecos de muerte y de sangre, de pérdida, de miedo y dolor que en la aguda percepción de la Jedi eran perfectamente audibles como si estuvieran ocurriendo todos ellos a su alrededor, como si no existieran las distancias que realmente existían, como si todo el dolor estuviera concentrado en Saleucami.

Rodearon el cráter abandonado en un cauteloso caminar. Al parecer alguna vez había habido una rica siembra y una próspera ciudad, pero los restos de una batalla era lo único que quedaba.

Para Siddhis el miedo ya era parte del pasado, todo el nerviosismo había quedado en la nave que los había traído hasta allá y con ella se había ido. Confiaba en las capacidades de los hombres que la acompañaban, confiaba en la Fuerza y en el entrenamiento que había recibido.

Pronto divisaron en el horizonte como se iban formando las siluetas de varios edificios.

-Creo que se acerca la acción- musitó Vrad.

-Atentos todos- indicó Siddhis, haciendo un ademán militar con su mano enguantada para que sus hombres se concentraran en el camino que se abría ante ellos.

Caminaron un par de metros en completo sigilo, hasta que el ruido de un bláster quebró el silencio como un frágil cristal. El disparo pasó a centímetros de Vrad.

-¡Cielos!- exclamó

Siddhis Bellatrix contuvo los siguientes disparos con varios bloqueos de su espada, mientras Nox terminaba con el soldado androide.

-El primero de muchos- dijo Drex

-Esperemos que así sea, estoy ansioso- Klayn miró a la primera víctima de la misión.

-No bajen la guardia-

Siddhis se acercó a Vrad.

-No debes bajar la guardia, pareces algo distraído- le dijo Siddhis poniendo su mano sobre el hombro del comando.

-Lo siento, Generala, no volverá a suceder, pero siento como si algo nublara mi mente-

-No te preocupes, no eres el único que lo siente-

¿Era posible que un soldado clon pudiera sentir las fluctuaciones de la Fuerza? Era verdad que todos los seres vivos estaban ligados por la energía de la Fuerza, pero descubrir que un soldado clon podía ser sensible concientemente a ella, hizo que Siddhis tuviera un cariño muy especial por estos hombres valientes y entregados hasta el extremo.

Sólo alcanzaron a avanzar un par de pasos cuando varios androides más se presentaron ante ellos.

Siddhis terminó con dos con un solo golpe de su sable y a otro lo lanzó lejos usando la Fuerza. Varios mandobles la ayudaron a deshacerse de otros dos soldados más, mientras sus hombres hacían lo suyo. Sin embargo no paraban de llegar.

-05, creo que tus sueños se hicieron realidad- le comentó Vrad a Klayn, entretanto trataban de abrir el círculo en donde los habían encerrado.

Nox transformó su DC-17 en un arma francotirador y escondido tras uno de los grandes bulbos, terminó con varios de los enemigos que trataban de cerrarles el paso. No es que fuera tan difícil; sólo eran entes metálicos con menos conciencia que su propia arma, así que el Escuadrón Sigma se tomó este desafío con el mismo humor que sus entrenamientos. No era más que eso. Ellos eran superiores en habilidades y si por alguna razón estaban ganando la guerra era gracias a ellos y esos extraños soldados llamados Jedi.

Entender a un Jedi para un clon era algo complejo. Nada de ellos parecía ligado a la practicidad requerida por la guerra. Sus armas eran armas de tiempos pretéritos, no usaban armadura y su código estaba ligado a poderes sobrenaturales en los cuales un soldado como un Comando de la República no podía confiar. No obstante, sí eran excelentes soldados y su lucha era un arma letal, a pesar de su belleza. Ellos mismos parecían ser un arma letal, todo su cuerpo se convertía en un arma en perfecta sincronía con su entorno y si bien con una de sus retrógradas espadas láser no podrían volar de una vez un crucero espacial, sí podían eliminar a todos y cada uno de sus tripulantes en tiempo record.

Y eso era lo que estaba haciendo la Generala Bellatrix en esos momentos.

Poco a poco, el número de androides fue decreciendo. Siddhis parecía realizar una danza en medio de varios enemigos. Su lucha era estilizada y elegante, Vrad, al igual que sus compañeros, la miró con admiración desde el cerco en el que se encontraba, nunca había visto las artes de lucha de un Jedi tan de cerca y realmente le pareció algo bello, muy bello, un arte sincrónica con el Universo que los rodeaba.

-¡Avancemos!- ordenó Siddhis Bellatrix sin siquiera parecer un poco cansada por lo que había sucedido -No podemos demorar acá-

Mientras comenzaron a avanzar, iba eliminando a sus oponentes uno a uno quienes, aunque llegados en gran número, tenían una puntería algo fallida. Pronto los eliminaron a todos.

-¡Pan comido!- exclamó Klayn.

El silencio volvió a reinar en el lugar. La ciudad ya se encontraba más cerca.

-Líder Dorado, sufrimos un ataque de un pelotón de droides de la Federación, pero ya está controlado el foco-

-Excelente, la maestra Secura y el maestro Vos van en camino al generador- la voz de Kudan llegó fuerte y clara.

-Entendido- contestó a Kudan, luego se volvió hacia los comandos -Prosigamos, tenemos poco tiempo-

La ciudad se presentó ante ellos como un conjunto de viviendas rústicas y nada más, con suerte Siddhis la habría llamado pueblo.

-¿Cuál será el interés que tienen los del Senado por estos planetas olvidados?- preguntó Vrad. Muchas veces la Jedi se preguntaba lo mismo, sin embargo, tuvo que contestar.

-Todos los planetas son importantes, Vrad, y seguramente este tiene una importancia estratégica para toda esta guerra-

La ciudad estaba casi abandonada, todas las fuerzas de los Ejércitos Separatistas en Saleucami estaban concentradas en la ciudad principal sitiada, protegiendo obviamente la fábrica de Morgukais.

-Es extraño el abandono de esta ciudad- comentó Nox.

-Dudo que esté abandonada, Nox- contestó Drex -No hay que bajar la guardia-

Caminaron adentrándose en las calles que formaban las viviendas, unas moradas bajas, que no superaban los dos pisos, nada comparado con la majestuosidad de los edificios de Coruscant.

-Bien, Líder Dorado, ya entramos a la ciudad- informó Siddhis -Pero no están los Battle Droids ni los Droidekas que nos anunciaste-

-Deben tener cuidado, la ciudad está llena de pasadizos subterráneos-

-Lo tendremos-

-Ahora, deben dirigirse al centro de la ciudad, según los planos que manejo, ahí deberán encontrar la caldera principal-

A pesar de lo pequeña que parecía la ciudad desde el exterior, desde adentro se transformaba en un verdadero laberinto, sobretodo en esos instantes en que la noche comenzaba a dejarse caer sobre ellos como un manto de oscuridad y misterio.

-Con cuidado, Escuadrón, en cualquier momento podemos toparnos con la acción que Klayn tanto busca-

-Sí, este silencio ya me está matando-

Y era un silencio sepulcral, un silencio que podía destruir los nervios de cualquiera, sólo interrumpido por el siseo del sable de luz encendido de Siddhis Bellatrix y los pasos de los soldados comando en el suelo arenoso de Saleucami.

-Este silencio no presagia nada bueno- comentó Drex, sin dejar de evaluar el terreno con su mentalidad condicionada de soldado.

-Tienes razón, líder Sigma, sobretodo en esta oscuridad- contestó Nox.

-Por lo menos ustedes tienen sus visores para oscuridad, en cambio yo sólo debo confiar en lo que la Fuerza me diga-

Y la Fuerza parecía extrañamente agitada, pero era algo lejano, aunque no tan lejano como para no sentirse, no tan ajeno como para no preocuparse.

-¿Pasa algo, Generala?- preguntó Vrad.

-Algo en la Fuerza, algo extraño, pero no en este planeta-

Debía concentrarse en el presente o la misión fracasaría, debía concentrarse en sus hombres y el camino que debía recorrer hasta los túneles, pero era difícil obviar lo que le decían las imágenes que venían a su mente a cada momento, era difícil borrarlas.

-¿Líder Dorado?-

-Escucho-

-Algo ha pasado ¿verdad?-

Un momento de silencio fue como un presagio negro sobre sus cabezas, pero un presagio que iba más allá de Saleucami.

-¿Líder Dorado?-

-Generala, le recomiendo que sigan su camino, no pueden demorar-

-Entendido-

Kudan no había contestado, eso era la peor de las respuestas.

-Andando, Escuadrón Sigma- ordenó Siddhis, borrando sus pensamientos y todas las imágenes que la acechaban.

-¡Droidekas!- el grito de alerta de Drex cortó de raíz todo tipo de pensamiento. Cuando Siddhis Bellatrix miró hacia su izquierda se encontró frente a frente con uno de los temidos Droidekas o también llamados Droides Rueda, androides cuya única función era la completa destrucción de su objetivo y con sus blásters gemelos insertos en sus brazos era muy probable que lo logaran. No tenían mucho movimiento, no obstante, transformaban su estructura para movilizarse y poder rodar a una velocidad impresionante, además de tener la capacidad de generar un escudo que los envolvía como un globo.

El que estaba frente a ella ya había activado sus escudos y disparaba una y otra vez contra el Escuadrón.

La Jedi desvió varios tiros con su sable láser, mientras Drex y Nox debilitaban el escudo de energía que protegía a uno de los tres Droidekas de la Federación que los atacaban.

Vrad y Klayn corrieron a colocarse en una posición más segura y disparar con el rifle francotirador.

Los peligrosos droides se acercaban sin tregua a Drex, Nox y Siddhis que no lograban retroceder.

-¡Protéjense!- ordenó Siddhis –Yo los cubro mientras-

-A la orden, Generala-

Ambos retrocedieron sin dejar de disparar, en tanto Siddhis continuaba repeliendo los ataques de los Droidekas.

-¡Los escudos están por ceder, Generala!-

-¡Eso espero!-

Sabía que no podría resistir el fuego enemigo por mucho tiempo, pero los escudos de dos de los tres droidekas cedieron y aún cuando nunca dejarían de disparar, la caída de sus impenetrables escudos de energía era un valiosísimo avance.

Siddhis entonces se abalanzó contra uno de ellos, el que estaba más a la izquierda, esquivando y desviando la artillería de su enemigo, hasta que tuvo lo suficientemente cerca para con varios cortes de su sable dejarlo completamente inactivo.

-Bien hecho, Generala- exclamó el clon, sin ocultar su admiración ante la ingeniosa maniobra.

-Muchas gracias, Vrad- le dijo, guiñándole un ojo. Vrad sonrió imperceptiblemente bajo el casco.

Si bien los otros dos cayeron unos minutos después, no todo era color de rosa y la felicidad de la Generala Bellatrix duró lo que dura un suspiro.

-Creo que Nox está herido, Generala- anunció Drex.

Siddhis se acercó a Nox con toda la prisa de la que fue capaz, el comando estaba apoyado en una pared, conteniendo un poco con su mano la hemorragia que brotaba de su brazo.

-No es nada, Generala- dijo despojando su voz de todo rastro de dolor o sufrimiento.

-Déjame ver tu herida, Nox-

La Jedi se agachó y observó la herida con detención, había roto un poco la armadura del brazo, pero al parecer, según su experiencia como curadora, no había riesgo de infección ni la herida parecía muy profunda.

-Es dolorosa, pero no creo que sea grave- anunció –Un poco de bacta hará lo suyo, 03-

-Gracias, Generala-

El bacta era un fluido que podía curar incluso la más grave de las heridas, siendo capaz de regenerar el tejido dañado. Se usaba generalmente en un tanque lleno del milagroso líquido donde se suspendía al herido. Este maravilloso líquido fue inventado por Vratix del planeta Thyferra al mezclar alazhi con una sustancia química líquida llamada Kavam y luego con un líquido viscoso incoloro llamado ambori.

La noche había caído ya completamente sobre esa región de Saleucami y con ella las penumbras como un manto negro prácticamente insondable para ojos humanos.

-Líder Dorado, hemos sufrido un pequeño percance, pero la situación está normalizada- informó Siddhis.

-Con esta oscuridad será mejor que descansen ahí, al amanecer continuaremos-

-¿Tenemos tiempo para eso?-

-Al parecer sí. Hay un retraso en el otro frente de batalla, nada de cuidado, pero será mejor que descansen-

-Entendido, Líder Dorado-

- Siddhis...- la voz de Kudan parecía suavizada ahora.
- Dime, Kudan-
- Qué la Fuerza esté contigo esta noche-
- Gracias, amigo mío, igual contigo-
- Cambio y fuera-

El cielo estrellado apenas se iluminaba a veces con el paso de algunas de las rocas incandescentes que cicatrizaban el rostro del planeta de vez en cuando. Cada mundo tenía su belleza única, incluso este mundo tan lejano y olvidado.

La belleza de aquel firmamento tan extraño era para Siddhis como el bacta era para la herida de Nox. Observando ese manto estrellado se sentía libre, contemplando el universo con ojos de niña, un universo mágico, un universo por descubrir. Y toda la guerra y todas las guerras pasadas, presentes y futuras se hacían nada ante la majestuosidad que tenía sobre ella, una majestuosidad que nadie podría domar ni poseer ni a través de la política, ni por las armas.

La noche se tornó gélida, era el intenso frío que caía sobre Saleucami cada anochecer sin excepción. Los ríos de magma que corrían a través del subsuelo eran una fuente de energía que los habitantes del planeta usaban para protegerse de las noches de temperaturas sin piedad como esas. Pero el Escuadrón Sigma no contaba con esos medios para temperarse, así que tuvieron que conformarse con el calor que sus trajes podían brindar.

Siddhis se sentó en el suelo junto a sus hombres.

- ¿Cómo estás, Nox?- preguntó
- Bien, Generala, como usted dijo: El bacta hizo lo suyo-
- Me alegro mucho-

Se arrojó con su capa de Jedi que la aislaba del intenso frío.

- Quiero que descansen, continuamos al amanecer. Habrá dos de turno y el resto descansará. Primero Vrad y yo, luego Drex y Klayn y luego Nox, que necesita más descanso que el resto, y yo una vez más-
- Entendido, Generala- dijeron como un solo hombre.

Vrad se sentó a su lado.

Se quitó el casco que reveló un rostro amigable e intenso. Era Jango Fett, pero a la vez no lo era, su mirada era distinta, sus gestos más cordiales tal vez, incluso más humano que el rostro original.

El comando miró las estrellas como si fuera la primera vez en su vida que lo hiciera, como si por primera vez en su corta existencia sus ojos oscuros y poderosos contemplaran un cielo estrellado pensando en él más que como un campo de batalla donde morían sus hermanos.

A pesar de lo distintas que eran la vida de un Jedi y un soldado clon, existían también paradójicamente muchas cercanías, y Siddhis sabía que ambas eran una vida dura y donde se sacrificaban sus libertades en defensa de la del resto de la gente.

- Es tan distinto esto que estamos viviendo- comentó Vrad. Su voz ronca se elevó como un ave sobre el silencio.
- ¿A qué te refieres?-
- Es distinto a las simulaciones que hacíamos, a todo nuestro entrenamiento-

-No hay simulador que pueda representar el miedo-

Vrad pensó en las intensas y tan reales campañas de entrenamiento por las cuales debían pasar, tan reales que se jugaban la supervivencia.

-No me gustan esos entrenamientos- comentó Siddhis, leyendo los pensamientos del clon como un libro abierto –Nunca fui partidaria de eso. No es secreto para nadie que no soy partidaria de muchas cosas que están pasando-

-Esos entrenamientos nos hacen los mejores, Generala-

-Lo sé, Vrad, pero hay más que la guerra en la vida-

-Vivimos para la guerra, para eso fuimos creados, es la única vida que conocemos-

-Mi estimado Vrad, creo que nosotros los Jedi estamos comenzando a pensar y sentir como ustedes- dijo con algo de tristeza en la voz, una tristeza apagada.

-¿Sienten miedo los Jedi?- preguntó el clon, verdaderamente complacido con la transparencia de su superior.

-Me encantaría contestarte que no, pero la realidad es que sentimos miedo, podemos controlarlo como muchos otros sentimientos. Por ejemplo, el miedo a la muerte se contrasta con la promesa de que la muerte no es el final, la promesa de ser uno con la Fuerza-

-Mi miedo más grande, Generala, no es a mi muerte es a la muerte de mis compañeros-

-El miedo a perder; un sentimiento difícil de controlar-

-Así es. Muchos creen que porque somos clones no existe tal sentimiento, anulamos la mayoría de las veces nuestros sentimientos para seguir fielmente las órdenes de nuestros superiores, pero eso no quiere decir que no sintamos. Somos todos iguales, pero yo tengo cicatrices que Nox, o Drex o Klayn no tienen, no somos la misma persona-

-Lo sé- dijo con poderosa certeza.

-No todos piensan como usted- la voz de Vrad tomó un matiz de tristeza que Siddhis pudo percibir.

-Incluso algunos Jedi- completó Siddhis la frase que el comando se disponía a decir.

Vrad pareció sorprendido.

-¿Usted...? - preguntó Vrad, apuntando con el dedo enguatado su cabeza.

-Sí- Siddhis sonrió fugazmente

-Veo que mis pensamientos no son secretos para usted-

Vrad también sonrió.

-Llámalo intuición femenina-

-Pensé que había hecho algún truco Jedi para leer mi mente-

Siddhis movió la cabeza negativamente.

-No, Vrad, sólo intuición femenina-

-¿Pero ustedes hacen esa clase de trucos? Los he visto-

-Llámalo truco si quieres, pero es mucho más que eso, aunque más simple de lo que crees. Ustedes los clones también lo hacen. Por ejemplo cuando uno de tus compañeros está en peligro, en tu interior lo percibes aunque estés a *pársecs* de distancia, si Nox siente dolor tú lo sabes aunque no te lo diga. Los he visto en acción, mientras están en batalla hay órdenes que Drex no tiene que dar con los labios-

-Creo que comprendo el punto-

Siddhis Bellatrix miró el firmamento y lo recorrió de lado a lado con la vista, mientras una lluvia de estrellas manchaba el cielo negro de Saleucami.

-Hermoso- comentó Vrad.

-Lo es. Debemos aprovechar, no siempre habrá tiempo para estar en medio de esta tranquilidad mirando el cielo-

-Se agradecen estos momentos-

-Así es-

Más allá, en la sitiada ciudad la guerra no daba tregua, pero Saleucami no era el único mundo que tenía su superficie cubierta por batallas y destrucción. Las Guerras Clones se habían vuelto cruentas en demasía y ya el desgaste de ambos bandos era enorme, ganara quien ganara, Siddhis sabía que después de esto la Galaxia quedaría destruida, devastada como hacía tiempo no estaba. Todos perdían con esta guerra innecesaria.

-Es un honor pelear a su lado, Generala, en serio, y no lo digo como un halago de adulator, sino porque es realmente lo que pienso. Usted nos vio crecer, usted nos comprende, nos protege y nos tiene un cariño que sólo pensamos que podríamos tener entre los Hermanos del Gran Ejército de la República-

-Siempre he estado interesada en el Ejército de Clones-

-Varias veces la hemos visto en Kamino supervisando a los soldados-

-Así es, Vrad-

-Por eso cuando nos informaron que veníamos a Saleucami a pelear bajo sus órdenes todos nos sentimos realmente agradados-

-Pues, aunque tus intenciones no sean halagarme, mi querido Vrad, de verdad que me siento elogiada con tus palabras-

-Es lo mínimo que podría decir a la aprendiz del legendario maestro Sifo Dyas-

-Ha pasado más de una década y aún lo extraño, era como mi padre, ¿sabes?-

-Me es más fácil entender el concepto de hermano-

-Lo sé, imagínatelo como un hermano con mucha autoridad-

-¿Algo así como Drex?-

-Más o menos, es como si Drex fuera mayor y pudiera enseñarte más cosas, algo así como un hermano mayor-

-Creo que comprendo-

Siddhis sondeó en los pensamientos de Vrad y se dio cuenta que sí había entendido el concepto.

-Después de todo no somos tan diferente ¿no cree, Generala?-

-No- dijo comprendiendo de inmediato a qué se refería su compañero –No, no lo somos-

Ligados siempre a Códigos más grandes que ellos, a conceptos que superaban la vida misma que ostentaban, a causas más importantes que ellos mismos, los Jedi y los Clones tenían muchas cosas en común, más incluso de lo que muchos Jedi llevados por su dominio de la Fuerza y la superioridad que ésta parecía concederles creían.

-Compartir este bello cielo con usted ha sido uno de los momentos más maravillosos. No se tienen momentos así cuando uno vive, duerme, come y respira para la guerra-

-Hay magia en todo, Vrad. Este cielo rasgado por las rocas incandescentes, esta tranquilidad, esta aparente soledad, todo esto es magia, el milagro de la Fuerza. Sería cosa de que todos los seres levantaran sus vistas y contemplaran la hermosura de la Galaxia que nos cobija para que soltaran las armas y estas guerras cruentas e innecesarias dejarían de tener una razón de ser en sus corazones-

-Yo no tengo ni siquiera que levantar la vista para ver el milagro de la Fuerza- le dijo el comando mirándola a los ojos casi con descaro. La Jedi resistió esa mirada oscura sin sentirse intimidada.

Cuando le tocó su turno para descansar, la Jedi se sumió en un sueño profundo y reparador, internándose en lo más recóndito de su interior. Ni el frío, ni lo duro de la situación perturbaron su sueño. Apoyada en la pared de una de esas rústicas casas, ahora abandonadas, Siddhis Bellatrix descansó mejor que en cualquier lecho de la Galaxia. La verdad, la vida de un Jedi era dura y estaban acostumbrados ya a estas condiciones, sobre todo los más jóvenes. La vida en los Bajos Mundos tampoco era tan diferente a la de los frentes de batalla, uno corría el mismo peligro de ser asesinado mientras dormía o de encontrarse en cualquier momento con el enemigo cara a cara. Aquellos días no serían fáciles de olvidar como tampoco lo serían estos.

Nox la despertó con un ligero toque en el hombro.

-¿Ya?-

-Sí, Generala, es hora de nuestro turno-

Siddhis abrió los ojos y observó a su alrededor. La claridad del alba que se acercaba llenó cada rincón del lugar.

-¿Cómo está tu herida, Nox?-

-Ya casi no duele-

-Me alegro, Nox-

Quedaba poco para el alba, poco quedaba también para una nueva batalla. La incertidumbre comenzó a llenar los mismos rincones que comenzaba a llenar la luz naciente del amanecer.

## CAPÍTULO IV

### ECOS DE LA OSCURIDAD

La voz de Kudan Reikull la sacó de la conversación que sostenía con Nox sobre las bellezas de Coruscant. Ya la muerte de la noche y el alba eran un hecho consumado.

-Es hora- aunque la voz de su colega Jedi sonó llena de preocupación, Siddhis no preguntó nada, ya llegaría el momento de saber que molestaba a Kudan, aunque no sabía si aguantaría tanto como para preguntarle cara a cara. Sin embargo, estaba claro que este no era el momento.

Mientras la tranquilidad se unía a la noche en su lecho de muerte, Siddhis Bellatrix despertó a Drex.

-Líder Sigma, despierte a sus hombres, es hora de partir-  
-A la orden-

Pocos segundos después, El Escuadrón Sigma continuaba su camino hacia los túneles subterráneos.

Con Drex y Klayn a cada lado en la vanguardia y Nox y Vrad más atrás cuidando las espaldas del Escuadrón, siguieron por las calles prácticamente desiertas de Saleucami.

-Los túneles deben estar infestados- comentó Drex.  
-Eso espero- le contestó Klayn -Es hora de matar un par de Morgukai, tanta paz ya me está desesperando-

Siddhis se mantuvo en silencio. Sentía que algo se acercaba y prefirió estar en guardia, aún cuando lo que sentía venía de muy lejos. Más que sentir al enemigo acercándose, la Jedi percibía un eco lejano pero intenso que viajaba camuflado en medio de los dolores de la guerra, un peligro representado por un manto de oscuridad espeso e impenetrable por lo menos para ella.

-¿Qué pasa, Generala?- preguntó Drex  
-Nada, no te preocupes-

Drex asintió aunque sabía que Siddhis había mentido, algo le pasaba, pero no iba a seguir indagando si su superior había dicho que no.

\* \* \*

Kudan Reikull miraba con detención los planos holográficos de los túneles subterráneos que pronto el Escuadrón Sigma, liderado por Siddhis Bellatrix, comenzaría a recorrer.

Había recibido una llamada de los otros frentes de batalla advirtiéndole que los recursos ya se estaban acabando, que si el escudo no caía pronto sí lo harían las fuerzas

republicanas. Su propio destacamento sufría la falta de provisiones. La llegada de la legión de Siddhis al mando del comandante Etty había reforzado mucho la seguridad de su campamento y había ampliado enormemente las funciones y responsabilidades que Kudan como comandante podía asumir y aportar, no obstante, la llegada de más hombres dejó al descubierto lo escasas que eran las provisiones. Lo más terrible de todo era que su campamento no era el más afectado. En otros frentes mucho más cercanos a la batalla el empeoramiento era más notorio.

Pero lo que más preocupaba a Kudan era lo que había descubierto en la holored y lo que su corazón parecía querer decirle.

Había decidido no comentárselo a Siddhis, no quería preocuparla para no interferir con la prioridad de la misión, porque sabía lo mucho que esta noticia afectaría a la Jedi.

De pronto sintió la llegada de alguien a su tienda, se dio media vuelta y se encontró con el comandante Etty. Venía sin su casco y Kudan se encontró cara a cara con él, el mismo rostro parco y anguloso del caza recompensas que era el modelo original, sin embargo, Etty mostraba una profunda cicatriz que cruzaba su ojo derecho.

-Lo siento, señor, lo asusté-

-No, Etty, no te preocupes ¿qué pasa?-

-Hemos recibido un llamado de Coruscant, debemos irnos, la situación allá ya es insostenible, pero sin la autorización de la Generala Bellatrix no podemos hacerlo-

Kudan reflexionó por unos momentos ¿Qué debía hacer? No tenía intenciones de informar a Siddhis de lo que estaba pasando en Coruscant, no quería afectar su estado de ánimo por el momento, menos ahora que la misión era lo más importante, tampoco podía mentirle, la Jedi ya percibía algo extraño.

-Si tienen que irse, háganlo, la Generala entenderá, yo me hago responsable-

-A sus órdenes, señor-

Etty inclinó la cabeza y salió del lugar. Kudan supo que la holored decía la verdad.

\* \* \*

Una gran cúpula dorada se alzaba desde el piso de la ciudad, una cúpula misteriosa que se encumbraba como una presencia ajena, emergiendo desde el piso como la punta del iceberg.

-Líder Sigma, aquí es donde vamos- comentó Siddhis observando la extraña edificación como si se tratara de una tumba.

-Así veo, generala- Drex contestó mientras cargaba municiones a su DC-17.

-Ya llegamos a la cúpula, líder dorado- anunció la Jedi por el intercomunicador.

- La entrada está por el costado oriental, me temo que habrá trabajo ahí para nuestro experto en tecnología- la voz de Kudan sonaba un tanto extraña y no había que ser un Jedi que dominara la Fuerza y sus misterios para captarlo.

Siddhis no pudo contenerse y preguntó:

-¿Qué está pasando, Kudan?-

-Etty y sus hombres acaban de irse, Coruscant está siendo atacada- tiró a quemarropa.

La Jedi pareció aturdida por la noticia, pero su sentido de la responsabilidad y la misión fueron más fuertes, aunque supo en su interior que Kudan no le decía toda la verdad, había algo más pero era algo que incluso el mismísimo operador Com-scan pudiera desconocer.

-Entendido, líder dorado- dijo con una voz apenas audible.

-El comandante Etty me pidió la autorización para marchar y me vi en la obligación de dársela, espero que no te moleste-

-Hiciste bien, Kudan-

A pesar de lo mucho que la noticia le afectaba, Siddhis comprendió que no era eso lo que sentía, no era esa la extraña perturbación en la Fuerza que podía percibir a cada momento, tal vez tuviese relación con lo que Kudan le había dicho, pero no era exactamente eso, era algo más oscuro, mucho más aterrador.

-Ya era hora de que el buen Nox entrara en acción- el comentario de Vrad la trajo al momento presente.

Llevó instintivamente su mano enguantada al sable de luz que pendía en su cinturón: un peligro estaba al acecho.

La cúpula dorada era una extraña construcción que servía de almacenamiento para los componentes orgánicos esenciales para la clonación que se llevaba a cabo en Saleucami. La que estaban a punto de abrir estaba abandonada supuestamente, sin embargo, existían en puntos estratégicos del planeta otras bodegas de esta índole.

-En la cúpula en la que están a punto de entrar está la entrada a los túneles subterráneos- anunció Kudan mirando el holograma que tenía en su tienda.

-Ya quiero ver a esos Morgukai y que prueben del sabor de la derrota- exclamó Klayn.

Rodearon la gran cúpula, buscando la casi imperceptible entrada. Siddhis parecía sentir como el peligro se acercaba a ellos a pasos agigantados.

-Atentos, Escuadrón Sigma- susurró. El silencio le pareció paradójicamente un ruido atronador que destruía su cerebro.

-Generala Bellatrix, la encontré- anunció Nox.

Ahí estaba la entrada. No era más que un fino borde que formaba un inapreciable rectángulo de no más de un metro y medio de altura y medio metro de ancho.

-Haz lo tuyo, soldado- ordenó Drex.

-A la orden, líder Sigma-

Nox se acercó al rectángulo e instaló una pequeña computadora al lado.

-¿Cuánto demorarás, Nox?- preguntó Siddhis intranquila.

-Necesito tiempo, Generala, debo averiguar las coordenadas antes de abrir-

La Jedi asintió.

-Líder dorado, ya encontramos la entrada, Nox está trabajando-

-Está bien- dijo Kudan Reikull –Yo me comunicaré directamente con él para asistirlo-

Súbitamente Siddhis Bellatrix se dio media vuelta y encendió su sable de hoja azul, recibiendo varios disparos.

-¡Estamos bajo ataque!-

De un momento a otro el lugar se llenó de droides de la federación.

-¡Vamos a cubrir a Nox!-

El resto del Escuadrón Sigma comenzó a poner a prueba su habilidosa puntería, pero parecía no ser suficiente, puesto que mientras más droides caían al suelo el doble de ellos llegaba como refuerzo. Poco a poco el Escuadrón Sigma comenzó a retroceder, quedando prácticamente apoyados sobre la gran cúpula, protegiendo con todas sus fuerzas y habilidades al hermano que trabajaba concentrado a pesar de la batalla.

Sin embargo, la Jedi en una acción contraria a lo que Drex o cualquiera de los comandos pensaba se adelantó sin miedo hacia el ejército de droides.

-¡General!- gritó Vrad.

-¡Son sólo droides, Vrad!- contestó Siddhis mientras lanzaba fácilmente a uno lejos utilizando la Fuerza. Le hizo un guiño desde lejos y esbozó una fugaz sonrisa.

Algo mágico parecía rodear a Siddhis Bellatrix cuando luchaba con el sable de luz, su enguantada mano y su sable parecían convertirse en una sola extremidad. Era muy ágil, sus movimientos eran gráciles, casi como una danza, y el cabello negro bailaba con el viento. Sin lugar a dudas, Siddhis estaba en su mejor momento. El misterio que la rodeaba era latente en cada movimiento, su rostro hierático, a pesar de estar librando una lucha contra un ejército de droides que la superaban en número, se mantenía igual: sereno, su mirada azul veía más allá de lo comprensible para un soldado clon de la República, incluso para un comando. Y desde ese momento hasta el momento de su muerte Vrad mantuvo un sentimiento de admiración por aquella mujer, aquella Jedi que, a pesar de su poder y su sabiduría lo miraba como un igual, un hermano.

Siddhis pronto se vio rodeada de droides, pero sus esfuerzos por detenerlos y darle tiempo a Nox parecían incansables. No tenía ni una pizca de miedo, era como si sintiera que podía con todos ellos, era como si la Fuerza la hiciera inmune a sus blásters, como si supiera con anterioridad los movimientos que cada uno de los numerosos oponentes iba a hacer.

-Falta poco...sólo un minuto más- Nox hacía el mejor de sus esfuerzos, pronto podría abrir y procuró concentrarse sólo en su objetivo, sin pensar en lo que estaba ocurriendo a sus espaldas.

-Es un código de cuatro números, Nox-

-Lo sé, líder dorado, creo que ya lo tengo-

Con toda la celeridad que pudo digitó un código de cuatro números que pronto abrió el rectángulo de la gran cúpula dorada.

-Listo, líder dorado, líder Sigma- anunció y pudo percibirse, incluso bajo el casco, la sonrisa de satisfacción que llenó el escondido rostro.

-¡Adentro, Escuadron Sigma!- ordenó Drex.

Nox fue el primero en adentrarse en la incierta oscuridad del interior, luego Klayn.

-¡Generala Bellatrix!- llamó Drex –Ya está abierto-

Pero Siddhis no tenía intenciones de dejar la batalla inconclusa.

-No- gritó – Todavía no iré yo, yo los seguiré luego-

-Permiso para escoltar a la generala, Líder Sigma- pidió Vrad.

Drex miró desde el umbral de la entrada la desigual batalla que libraba Siddhis, cuyo rostro ya había comenzado a mojarse con una película de sudor.

-Permiso concedido, soldado-

-Gracias, líder Sigma-

Y Vrad fue a reunirse junto a Siddhis.

-A sus órdenes, generala- le dijo mientras disparaba con presteza su DC-17.

-Me alegra que me acompañes- le dijo –Pero ya estaba a punto de vencerlos-

En realidad la Jedi apreciaba la compañía de Vrad, aunque el número de droides ya estaba decreciendo considerablemente. Sin embargo, junto a Vrad el trabajo fue hecho en un tiempo mucho menor, lo que en esos angustiosos momentos del sitio de Saleucami era una ventaja de incalculable valor.

Pronto el suelo que antecedió a la gran cúpula asemejó a un gran cementerio de droides.

-Buen trabajo, Generala-

-Gracias, Vrad-

Un par de segundos bastaron para que Siddhis pasara de la euforia de la reciente batalla a la máxima tranquilidad.

-Bueno, mi querido Vrad, es hora de averiguar qué hay dentro de esa extraña cúpula-

-Después de usted, Generala-

Y juntos se adentraron en las penumbras de ese extraño lugar.

## CAPÍTULO V

### PASADIZO EN LA OSCURIDAD

Siddhis Bellatrix ingresó con su espada de luz encendida, sin embargo, la calma en el interior fue casi un regalo invaluable para la Jedi y Vrad. Drex, Nox y Klayn habían reducido rápidamente al pequeño contingente de droides que custodiaban el interior de la cúpula dorada.

-Me temo que se perdió la acción acá adentro, Generala- le dijo Klayn.  
-Así veo, no dejaste ni uno para mi hambrienta espada-

El lugar parecía más que una bodega; un laboratorio. Grandes estantes repletos de frascos con extraños componentes decoraban las paredes. Una luz verde-azulina lo llenaba todo y un pestilente olor revolvió el estómago de la Jedi.

-Me encantaría tener un casco como ustedes ahora para no sentir esta pudrición-

Cubrió sus fosas nasales con la mano con el dorso de la mano.

-Generala, si cree que no sentimos ese repugnante olor, está muy equivocada- respondió Nox.

Vrad se acercó a los estantes llenos de frascos. Rozó con sus dedos uno de ellos que contenía un líquido viscoso que podría haber sido placenta. Algunos embriones no desarrollados decoraban los frascos de otros estantes en una tétrica y repugnante imagen de manipulación de la vida.

-Así que de esto están hechos nuestros amiguitos Morgukai- comentó.  
-Hubiese preferido saberlo al abrirle el vientre a uno- contestó Klayn.

Siddhis Bellatrix apagó su sable de luz y tomó una honda respiración. Estaba un poco cansada, sin embargo, cerró los ojos y sacó de la Fuerza ánimo para seguir adelante. En estos momentos era cuando entendía cabalmente lo que decía el maestro Yoda: “Poderoso aliado la Fuerza es”. Y así lo creía ella también. Abrió sus sentidos y la Fuerza llenó nuevamente su cuerpo de la energía perdida en la batalla.

-Líder Dorado- llamó a Kudan.

-Escucho, Generala-

-Ya estamos adentro-

-Muy bien. Ahora deberán buscar una compuerta muy parecida a la que ya abrieron, pero esta vez deben buscarla en el suelo-

-¡Este lugar es enorme!-

-Lo sé, pero no hay otra opción, lo único que puedo decirles es que la compuerta debería estar al lado opuesto de la puerta que ya abrieron-

-Entendido, Líder Dorado-

-Deben apurarse, el escudo caerá pronto y cuando eso pase las compuertas de todos los túneles subterráneos deberán estar cerradas-

-Así será, Kudan- le dijo Siddhis. Sin embargo, su seguridad del comienzo comenzaba a mermar considerablemente.

Miró al Escuadrón Sigma comenzar la búsqueda. No sentía que pudieran tener compañía por el momento, sin embargo, nunca estaba demás abrir los sentidos a cualquier improvisación del momento.

Tuvo una reminiscencia instantánea al momento en que había conocido al impetuoso Keyor Alleguis y a su compañero de batallas el correcto Drellis Duskrider. Ambos Jedi eran muy capaces, entrenados por el mismo maestro. Seguramente ahora debían estar en campañas de la misma especie que ella en otro recóndito planeta, Voz Pity talvez, no lo sabía con seguridad. Drellis había quedado impresionado con las capacidades curativas que ella había adquirido a lo largo de su entrenamiento y ella había admirado su sólido amor por la República y sus fundamentos, un amor que ella no podía compartir con tanto fervor. Había discutido de temas políticos largo rato con ambos durante una corta estancia que ella tuvo en el Templo Jedi un tiempo después de la batalla de Geonosis. Keyor Alleguis compartía los resquemores que ella tenía respecto a muchas cosas que estaban ocurriendo dentro y fuera del senado, extrañas cosas que se entretejían en las profundidades de cada nuevo tratado que surgía, incluso de cosas que pasaban en el Templo Jedi, en el mismísimo Consejo. Los temas de política nunca le habían interesado mucho, pero su maestro le había enseñado que había que ser sabia en todos los temas porque esa era la única forma de ver anormalidades y por ende el peligro mismo.

Pero ya no había que ser un Jedi para ver que con cada movimiento que daban se acercaban más a una catástrofe de extrañas y desconocidas magnitudes.

*“Pero los Jedi nos hemos convertido en algo que no éramos”* pensó *“Nos convertimos en políticos o en soldados y no somos ni una ni la otra”* repitió en su mente las mismas palabras que le había manifestado Keyor a Drellis y a ella durante el transcurso de aquel interesante encuentro. Un encuentro que si bien parecía haber sido muy poco trascendente, había quedado para siempre grabado en la mente de Siddhis. Por alguna razón su mente había almacenado ese día y lo había antepuesto incluso a otros de mayor envergadura. Era obvio que algo debía sacar en limpio de él, aunque en esos instantes no sabía qué.

Volvió en un dos por tres a la realidad *“Pero prefiero ser soldado que política”* se dijo, mientras en su complicada red de pensamientos apareció clara como los recuerdos que había experimentado hacía unos segundos, la ubicación de la segunda puerta.

-¡Vaya, cómo no lo vi antes!- exclamó y se acercó al costado derecho de la estancia, bajo la atenta mirada de sus compañeros.

Descorrió una especie de caja con extraños tubos de ensayo y ahí mismo estaba: la entrada a los túneles subterráneos de Saleucami.

-He aquí, muchachos, nuestra puerta- les dijo y por primera vez en mucho tiempo esbozó una clara y abierta sonrisa de labios negros y sus ojos azules brillaron como cuando sorprendía en su infancia a su maestro con sus gracias con la Fuerza.

Las cosas más simples eran las que sorprendían y alegraban a Siddhis Bellatrix y esas, en esos tiempos enrarecidos, eran las más escasas. Los corazones se habían endurecido y las relaciones entre los seres se habían complicado, por eso disfrutaba

estar en compañía de los soldados clones, sus mentes eran más simples y en opinión de la Jedi, por eso mismo también más sabias.

Amaba la simpleza de sus corazones y la lealtad de sus relaciones, porque eran como un oasis en medio de tanta turbulencia, incluso sus propios compañeros Jedi se habían tornado complicados y recelosos, incluso ella misma, pero era en esos momentos en que sonreía, orgullosa de la hazaña que, para muchos, no se comparaba con todas las hazañas que había realizado, luchando contra un centenar de droides de la Federación, en que la verdadera esencia de Siddhis Bellatrix salía al exterior.

Nox se preocupó de abrir, parecía que el código era bastante parecido al código de cuatro números que les permitió entrar al laboratorio.

Ahora en medio de la tranquilidad, el trabajo de RC 1103 pudo ser mejor apreciado por los escudriñadores ojos de Siddhis. Aplicaba sus técnicas computacionales que por mucho podrían ser tomadas casi por extraña magia con habilidad y seguridad

La entrada en el piso cedió rápidamente a la mano experta de Nox y pronto se abrió ante ellos un túnel misterioso que penetraba al subsuelo en la más absoluta oscuridad.

-Es hora de entrar- dijo a sus compañeros.

Siddhis había recuperado su típica seriedad, la bella sonrisa se había borrado y la ingenuidad había dado paso a la preocupación.

Uno por uno fueron bajando por una rústica escalera que bajaba a los misteriosos túneles. La visión en la oscuridad no era un problema para el Escuadrón Sigma, era cosa de accionar modo infrarrojo en los visores de sus cascos, pero para Siddhis las cosas parecían complicarse. Esta sería la hora de probarse a sí misma la agudeza de su percepción. Los ojos muchas veces engañaban, la Fuerza era su mejor aliada ahora.

Bajó con agilidad para encontrarse en una oscuridad absoluta y prácticamente impenetrable. Desenfundó el sable y lo encendió. Todo se llenó con su luz azulina y su sonido constante.

Miró a los cuatro comandos, esperaban sus órdenes con las armas en mano.

-Líder Dorado, ya hemos bajado a los túneles, ahora eres nuestros ojos-

Siddhis vio como ante ellos se abría un pasadizo recto, tan largo que parecía no tener fin.

-Yo los guiaré, pero les advierto que de ahora en adelante no podrán detenerse. El escudo caerá muy pronto y deberán tener tiempo para salir de ahí también cuando comience el ataque-

-Comencemos entonces-

El Escuadrón Sigma con Siddhis en la vanguardia comenzó a recorrer a paso presuroso el primer tramo del túnel.

Para cualquier ser con un atisbo de claustrofobia el lugar le parecería un infierno; la oscuridad, el encierro, lo angosto del pasillo, todo se conjugaba para que aquella carrera, ahora contra el tiempo, se tornara peligrosa y desagradable. Tener que enfrentarse a algún enemigo en ese espacio reducido también reducía las posibilidades de supervivencia. Siddhis no temía morir, su convicción de un mundo venidero era real y no dejaba lugares para la duda en su corazón. Sin embargo, siempre había temido

dejar a algún compañero atrás, prefería arriesgar su propia integridad que la de otros, por eso muchas veces y en varias misiones pasadas, Siddhis parecía actuar con arrebato en situaciones en que había alguien en peligro, sin dudar en ser la primera en defender a sus compañeros.

Por esta razón, la joven Jedi no dudó en ponerse a la cabeza del grupo, incluso estando en desventaja visual respecto a sus compañeros.

La fulgurante luz azulina del sable iluminaba su camino lo suficiente como para no tener que forzar su vista en demasía. Sus pasos eran suaves en el suelo, sigilosos. Sus sentidos parecían percibirlo todo, sus ojos, a pesar de la oscuridad reinante, veían más allá.

El túnel era extenso, parecía interminable y extrañamente solo.

-Esta tranquilidad no me agrada- comentó Klayn.

-No te preocupes- le dijo Siddhis –No será eterna-

-¡Generala, Líder Sigma, estamos llegando al final del túnel!- exclamó Vrad.

Allá estaba, a lo lejos, el final de esa parte del túnel y Siddhis en su interior sabía que sería el fin de su tranquilidad.

-Debemos apurarnos-

Apuraron el paso.

Pronto se presentó ante ellos el cruce y dos caminos, un túnel que llevaba a la izquierda y otro a la derecha.

-Muy bien, Kudan, hemos llegado a un cruce y hay dos caminos por seguir-

-El mapa holográfico indica a la derecha-

-Entendido-

Un nuevo pasillo sin fin se presentó ante sus ojos, pero esta vez sería diferente. Caminaron un trecho en el más absoluto de los silencios, pero a paso presuroso, sólo el sonido de la espada de luz de la Jedi llenaba el lugar, un sonido que pronto se duplicó.

-¿Qué es eso?- la voz de Vrad sonó llena de preocupación.

-Creo que tenemos compañía-

Y Siddhis se dio la vuelta y a lo lejos los vio, venían detrás de ellos y estaban apostados en el cruce que habían pasado hacía un rato atrás. En la oscuridad brillaban tres espadas de luz encendidas una de hoja amarilla, una de hoja verde y una de hoja roja.

A lo lejos los portadores de las espadas eran sólo sombras que a penas se recortaban en la penumbra.

¿Jedi? No, era imposible. Pronto tendría oportunidad de averiguarlo, las sombras pronto se convirtieron en siluetas.

-¡Ataque, Escuadrón Sigma!- ordenó Drex a sus hombres.

Las DC-17 hicieron su primera descarga sobre las extrañas siluetas, pero como Siddhis sabía que ocurriría, las descargas fueron desviadas fácilmente por las sombras que se acercaban.

Tampoco la puntería infalible de Klayn con su DC-17 en modo francotirador fue capaz de hacerle algún daño a la amenaza.

Con un movimiento de su mano, Siddhis le pidió al Escuadrón Sigma que se detuviera en sus intentos de derribar a sus oponentes.

-Creo que esto es trabajo para su sable, maestra- le dijo Vrad.

-Así parece, Vrad y creo que tú, Klayn tendrás la oportunidad de conocer a los clones Morgukai-

Ahí estaban los tres Morgukai, unas criaturas humanoides de extraño aspecto. Su piel viscosa oscilaba entre varias tonalidades marrón, seis cuernos decoraban ambos costados de su cabeza, no parecían tener nada parecido a una nariz, pero sus ojos eran fieros, muy fieros.

Siddhis levantó su espada de luz lentamente.

-Escuadrón Sigma, deben seguir adelante, yo me encargaré de estos tres- le indicó.

Vrad quería negarse, no quería dejar sola a la buena generala contra tres de esos clones, pero una orden era un orden y él no era quien para siquiera cuestionarla.

-Nosotros nos encargaremos de ti, *Jeedai*- le dijo el de la espada de hoja roja con desprecio, usando el apodo que los Morgukai tenían para los Guardianes de la Paz.

-Hemos visto a varios como tú, no le tememos a los *Jeedais*, menos a ti- la increpó el otro, el que usaba espada de hoja amarilla.

Siddhis permaneció en silencio, mientras miraba como sus compañeros se alejaban a través de la oscuridad del túnel.

-No tengo mucho tiempo para ustedes, así que si van a pelear, háganlo ya- les dijo Siddhis, mientras su voz llenaba el silencio.

Y se lanzaron sobre ella, blandiendo sus espadas. Eran hábiles, muy hábiles, lo que sorprendió a Siddhis, sin embargo, había cosas que por mucho que trataran de imitar los movimientos de un Jedi, un clon entrenado en masa no podría aprender.

Con la Fuerza apartó al de espada verde en un abrir y cerrar de ojos que cayó al suelo, perdiendo su arma en la oscuridad.

Los otros dos se lanzaron con furia sobre ella, pero la Jedi bloqueó todos sus golpes usando varios mandobles. Dio varios giros inesperados, esquivando con gracia los golpes lanzados sin miramientos por sus enemigos, y luego hundió su sable en el abdomen del Morgukai de sable rojo. El cuerpo cayó al suelo sin vida.

El otro Morgukai la miró con miedo en sus fieros ojos grandes, Siddhis lo miró con sus penetrantes ojos azules. Pudo decirle mil frases para intimidarlo, pero el silencio que conservó en esos momentos fue más aterrador que cualquier palabra en esos minutos de espera antes de la nueva lid.

-¡No podrás conmigo, sucia *Jeedai*!- le gritó, pero su voz iba llena de miedo.

Siddhis sólo se limitó a llenarse de la Fuerza y adoptar una posición de combate, lista para recibir a su oponente.

Este se lanzó con toda la furia que pudo, sin embargo, Siddhis bloqueó absolutamente todos sus golpes, luego le lanzó una patada, hizo un giro y con una frialdad que a ella misma le extrañó lo decapitó de un golpe de su sable.

El Morgukai que aún estaba en el suelo tomó como pudo la espada de su compañero decapitado y en un esfuerzo prácticamente póstumo se la lanzó encendida a Siddhis, pero esta lo esquivó con facilidad. Dio un salto y hundió su sable azul en el cuerpo del tercer clon.

Bajó su sable lentamente y miró la escena con tristeza: tres vidas arrebatadas por la mano de Siddhis Bellatrix. “*Eran ellos o yo*” pensó, no obstante sabía que ya los Jedi habían cruzado la delgada línea que los separaba de simples guerreros y al ver los cadáveres de sus oponentes tirados en el piso, se dio cuenta que ya no habría marcha atrás ni para ella ni para ninguno de los Jedi.

-Kudan, estoy sola en los pasadizos- le dijo a su compañero.

La voz de Siddhis se oyó triste, casi derrotada.

-¿Qué ha pasado?-

-Si te digo nada sé que no me creerías-

Kudan pareció leer la razón del desánimo de Siddhis. No obstante, no era el momento para discutir esos asuntos, el escudo estaba a punto de caer y era preciso terminar con la misión para tener la oportunidad de discutir con ella cara a cara esos sentimientos que él también compartía.

-Debemos seguir, maestra-

-Lo sé, Kudan, lo sé-

-Debes seguir por el corredor, de ahí te encontrarás con otro cruce, toma el camino de la izquierda esta vez y después de ese habrá otro cruce y debes volver a elegir el camino de la izquierda-

-Entendido y copiado-

Memorizó rápidamente el camino y lo visualizó en su hábil mente.

Comenzó a correr en medio de la oscuridad sólo vencida por la luz de su espada. Estaba sola una vez más, como siempre lo había estado desde la muerte de su maestro.

Nunca lo había superado y Yoda lo sabía “*Dejarlo ir debes, el apego prohibido está*” le había dicho “*Poderosa Jedi eres, pero poderoso también tu apego al pasado es y eso calma te resta, un Jedi con los que con la Fuerza uno se hacen se regocija y regocijarte por tu maestro deberías*”, ella había asentido, puesto que Yoda tenía razón como la mayoría de las veces ¿pero quién llenaría en su corazón la soledad que sintió con su desaparición?

Y mientras corría sola a través de esos pasadizos en sombras se dio cuenta que hacía tiempo que no hablaba como había hablado con Kudan Reikull y que a pesar del desamparo que casi siempre parecía llenar sus días y al que se había acostumbrado, Siddhis Bellatrix se sentía rara porque al conversar con Kudan ese desamparo desaparecía.

Se había aislado de todos por el miedo que tenía de relacionarse con alguien y después perderlo, un pensamiento bastante cómodo para tiempos de guerra, pero que la había alejado de todos, convirtiéndola en casi una ermitaña.

-Siddhis, estoy aquí por si necesitas mi guía a través de los pasadizos- la voz de Kudan sonó como una señal de la Fuerza. Talvez ya estuviera lista para una amistad.  
-Voy llegando al primer cruce que mencionaste-

Varios cadáveres de Morgukai estaban regados en el piso “*Por aquí pasó el Escuadrón Sigma*” pensó.

Iba a seguir con su carrera, sin embargo una mano agarró su bota y la tiró al piso. De un salto se puso de pie y lanzó una patada al Morgukai que agonizaba y que había decidido no morir antes de llevarse a alguien a la tumba con él. No obstante, Siddhis puso con facilidad su sable en el cuello del moribundo.

-Mátame, *Jeedai*, conviértete en una asesina- le dijo con una voz casi salida de ultratumba y la miró con sus ojos fieros.

A pesar del miedo a morir que sentía, su rabia interior era más potente que cualquier miedo.

En su rostro viscoso y aguerrido apareció una irónica sonrisa, una sonrisa que incluso parecía una burla por una victoria más profunda.

-Mátame y habrás perdido el último resto de los ideales que creías defender-  
-¿Cómo te llamas?- En lo que le quedaba de vida, Siddhis nunca supo por qué había hecho esa pregunta, aunque supuso con bastante éxito que era Voluntad de la Fuerza que así lo hiciera.

-¿De verdad quieres saber a quien le quitarás su vida?-

-Sí-

-Me llamo Taik. Y yo, Taik de los Morgukai, te digo a ti, sucia *Jeedai*, que tu Orden caerá y el embate de la Oscuridad será tan doloroso que en sus asesinos corazones desearán no haber nacido-

Las palabras de Taik eran crueles y poderosas e iban cargadas de un odio que la contagió. Un odio que pudo haber controlado pero que no quiso hacerlo.

-Lo siento, Taik, tú atacaste primero- le dijo con frialdad y lo degolló sin pensarlo un segundo.

Miró el cuerpo decapitado de Taik de los Morgukai y una oleada de impotencia llenó su corazón “*Este es el embate de la Oscuridad...y de él ningún Jedi podrá escapar*” pensó, mientras miles de imágenes de dolor, de sufrimiento, de muerte... de exterminio total llenaron su cabeza. La Oscuridad estaba ganando con cada batalla que los Jedi ganaban...

-¿Problemas, Siddhis?- la voz de Kudan Reikull llegó justo a tiempo para sacarla de ese extraño trance.

-Nada de importancia, Líder Dorado-

-Me alegra-

Sin demorar más y obviando de su ya atribulada mente las palabras del clon Morgukai, siguió corriendo a través de los pasillos.

Por donde pasaba había restos de droides de la Federación y algunos Morgukai.

-Estás pronta a reunirse con el Escuadrón Sigma-

- Gracias, es una buena noticia, no quiero retrasar la misión-
- Me parece bien, el escudo está a punto de caer-
- ¿Debemos esperar que caiga el escudo para cerrar las compuertas?-
- Así es, tendrán unos pocos minutos para salir de los túneles y no quedar encerrados cuando comience el ataque-
- Alentador, mi amigo Kudan, muy alentador-

Kudan no dijo nada, pero sonrió con el irónico comentario. Confiaba plenamente en que Siddhis Bellatrix y sus comandos saldrían ilesos de los túneles subterráneos, no lo dudaba ni un minuto.

La calma de Kudan era un sedante al hervidero de pensamientos y dudas de Siddhis, una calma que irradiaba desde el interior de su ser y que proyectaba seguridad y fortaleza. Había sido una sabia decisión del Consejo Jedi juntarlos en esta misión, hacían un buen equipo y se complementaban, pues uno apoyaba al otro en sus debilidades, más allá de la misión en sí, era algo más espiritual y en momentos tensos como esos se agradecía.

Corrió con todas sus fuerzas. A lo lejos divisaba a los comandos frente a una pared que les cerraba el paso.

-He llegado, Kudan- le dijo.

Se reunió con ellos. El suelo estaba pavimentado de droides y Morgukais.

- Buen trabajo, mis muchachos-
- Gracias, generala- Drex se cuadró ante ella.

Vrad se acercó a ella.

-Es bueno verla sana y salva, Generala- le dijo. La Jedi puso su mano en el hombro de Vrad y lo miró con intensidad. Iba a decir algo, pero sólo guardó silencio, sabiendo que el comando entendía el significado de su mirada. No eran necesarias las palabras para expresar agradecimiento.

Luego se volvió a Drex.

- Informe de la situación-
- Nox trabajó en la computadora que está apostada en esta pared, con accionar un solo botón las puertas se cerrarán, pero estamos esperando que caiga el escudo-
- Sólo tendremos unos pocos minutos para salir-
- Lo sabemos, Generala-

Apoyó su cuerpo en la pared y cerró sus ojos, disfrutando de la paz y el silencio del momento, ahora sólo restaba esperar.

## CAPÍTULO VI

### LA TRAMPA

**E**l grito “El Escudo ha caído” inundó las gargantas de las tropas apostadas en Caldera, sin embargo, en los túneles una sola voz sacó de su pseudo meditación a Siddhis Bellatrix y sus comandos.

-¡El Escudo ha caído, es hora!- la voz de Kudan llenó sus oídos de la noticia que esperaban hacía mucho rato.

Casi sin pensarlo, Nox accionó el botón que faltaba para echar a andar el mecanismo de cierre de todas las compuertas de los túneles subterráneos de Saleucami y así contener la salida de clones Morgukai durante el bombardeo.

-¡Listo!- exclamó Nox.

-¡Vámonos!- ordenó Siddhis.

Sin mediar más palabras se echaron a correr con toda la rapidez que podían para salir.

Pronto los túneles estarían atestados de Morgukais venidos de todos los sectores aledaños y no era la idea que eso sucediera mientras ellos bregaban por salir.

Corrieron con todas sus fuerzas, mientras la voz de Kudan Reikull los guiaba hábilmente.

A lo lejos el sonido de las puertas cerrándose una por una en un mecanismo imposible de detener era como el *tic tac* de un primitivo reloj que les anunciaba lo cerca y a la vez tan lejos que estaban de terminar esa improvisada misión.

De súbito un sonido de una espada de luz que no era la de Siddhis llenó el lugar, dos segundos después un haz de luz de color rojo atravesaba el abdomen de Vrad.

Los cuatro restantes se dieron la vuelta y vieron como Vrad caía de rodillas y luego se desplomaba pesadamente al suelo.

Las entrañas de Siddhis parecieron revolverse sin piedad en su vientre.

Las armas de Klayn, Drex y Nox apuntaron entonces al asesino Morgukai en un preciso movimiento sincronizado.

-¡No!- les gritó Siddhis -¡Salgan de aquí! Yo me encargaré de este clon-

Miraron a Vrad, no estaba muerto, pero pronto iba a estarlo.

-¡Váyanse, pronto se cerrarán las compuertas!- les ordenó.

Los Comandos asintieron y siguieron su loca carrera por salir con la angustia horrible de haber tenido que dejar atrás al buen Vrad. Los tres sintieron como les robaban una parte de su alma, como si hubiesen perdido una parte de su vida, como si hubieran perdido una parte de su cuerpo. La pena los embargó sin piedad, pero una orden era más fuerte que toda la desolación, la angustia y la tristeza desconsolada que estaban sintiendo.

La Jedi miró al Morgukai, su corazón se llenó de una rabia que no pudo controlar.

-Morirás en estos túneles igual que yo, *Jeedai*- le dijo su enemigo que se acercaba a ella desafiante, con la espada de hoja roja encendida –Morirás de la misma forma en que maté a tu amiguito-

-No te saldrás con la tuya-

Una sensación de ira la invadió, una ira incontrolable.

-Así es, *Jeedai*, puedo sentir tu ira, puedo sentir tu odio-

El enemigo sonrió desafiante y triunfador.

-¡Qué sabes tú lo que siento!- gritó Siddhis.

-Ustedes los Jedi son muy arrogantes, creen que son los únicos que pueden utilizar la Fuerza-

Siddhis respiró profundo.

-¡Siddhis sal de ahí!- la voz de Kudan le devolvió algo de la perdida paciencia -¡Las compuertas cercanas a ti están a punto de cerrar!-

-¡Qué cierren! Tengo asuntos aquí que atender. ¡Qué la Fuerza te acompañe, Kudan Reikull!-

-¡Siddhis...!-

Siddhis retiró de su oído el comunicador y lo lanzó al suelo.

-Bien, conjunto de genes inferiores, ahora somos sólo tú y yo-

-Me llamo Unrik, el sólo hecho de decirlo debería infundirte temor-

-Y mi nombre es Siddhis Bellatrix por si quieres conocer el nombre de la mujer que te quitará la vida-

-Eso se llama venganza, *Jeedai*-

-¡No me importa como se llame! Tampoco me importa lo que pienses de mí ni de la Orden-

-¡Por la Muerte y la Gloria, entonces!-

-¡No hay muerte, está la Fuerza!-

Se lanzaron uno contra el otro con un frenesí sin control. Las armas comenzaron a chocar con una rapidez que sorprendió a su adversario, pero que Siddhis sintió de manera cómoda. Era rápida y hábil, pero el guerrero Morgukai no se quedaba atrás. Siddhis sintió que este alumno era de esos escasos aventajados, peleaba tan bien como un Jedi, pero su ira y su odio lo hacían muy fuerte.

La Jedi le lanzó varios mandobles, pero la defensa del habilidoso Morgukai era impenetrable.

Las espadas de luz chocaban una y otra vez iluminando la oscuridad con una extraña mezcla de azul y rojo, el sonido de éstas era una armonía que rasgaba el silencio con notas de una extraña sinfonía.

De pronto se quedaron mirando uno a otro, espadas cruzadas.

- Peleas como un Jedi- le dijo Siddhis a su adversario.  
-¡Curioso! Iba a decir lo mismo sobre ti- dijo Unrik con una arrogancia que no sorprendió a la mujer.  
-Me temo que hay cosas que no sabes como para hacer un comentario como ese-  
-¿A qué te refieres?-  
-Que yo sí soy una Jedi-  
-¿Y eso qué tiene que ver? No ha hecho ninguna diferencia en esta contienda-  
-Eso es lo que tú crees-

Siddhis alzó la otra mano y antes de que Unrik pudiera evitarlo, la mujer lo lanzó lejos con la Fuerza. El guerrero cayó al suelo, golpeándose fuertemente la cabeza en la pared primero y luego en el piso.

-No estás a la altura, amiguito-

La Jedi enterró la espada de luz en el pecho del guerrero antes de que este pudiera seguir con la pelea.

Se dio media vuelta y vio a Vrad tirado en el piso. Se acercó a él rápidamente. Al parecer aún respiraba. Le quitó el casco, revelando el verdadero rostro, ese rostro que todos los soldados clones de la República compartían, pero que no lograba que Siddhis se abstraera de lo diferentes que eran unos de otros a pesar de tener el mismo rostro.

-¡Háblame, Vrad!-

Con un gran esfuerzo, RC 1019 abrió los ojos.

- ¡Generala, debe escapar!-  
-No, mi querido Vrad, no te dejaré aquí-  
-La herida es mortal, sálvese usted- dijo con dificultad.  
-Ni lo sueñes-

Siddhis colocó sobre el abdomen de Vrad sus manos enguantadas, obviando por completo su mente del sonido de las compuertas cerrarse. Pronto las manos comenzaron a temblarle y el collar que llevaba en el cuello se iluminó con una luz entre verde y azulina. Siddhis pudo percibir que el dolor que estaba experimentando Vrad era casi enloquecedor y que su valentía era digna de elogio y admiración. El sable había destruido parte del estómago.

Canalizó la Fuerza a través de sus manos y con ella comenzó a reubicar algunos tejidos y a sanar otros. No era un proceso fácil, pero sí muy bello.

Vrad sintió como en esos minutos de curación estaba más cerca que nunca de Siddhis Bellatrix, un lazo entre paciente y curador único y maravilloso. En esos momentos, Siddhis y Vrad parecían convertirse en un solo ser, unidos como nunca por la Fuerza que fluía a través de ellos con un poder y una tranquilidad que Vrad jamás habían sentido en sus años de vida.

Y esa unión que sintió con su paciente fue mucho más estrecha que cualquier otra que hubiera tenido en toda su vida como curadora. Fue extraño y a la vez hermoso. Un lazo indestructible que nació en los oscuros pasadizos de Saleucami. Y esa unión le mostró a Siddhis que ningún embate de la Oscuridad sería tan potente como para obnubilar la luz que nacía del amor y mientras ese sentimiento existiera la Galaxia podría ser salvada sin importar lo que pasara. Era toda una revelación.

Luego, Siddhis abrió los ojos y los posó en su paciente. Vrad le sonrió: la Maestra Curadora Jedi Siddhis Bellatrix le había salvado la vida.

- ¿Cómo te sientes?- preguntó ella con dulzura.
- Lo más increíble de todo es que no siento nada-
- Muy bien, entonces debemos irnos-

Como si nunca hubiese sido herido mortalmente por un sable de luz, Vrad se puso de pie y ajustó su casco y cargó rápidamente su DC-17.

Un súbito temblor remeció las paredes subterráneas.

- Tengo un mal presentimiento sobre esto- musitó Siddhis más para si misma.
- Temo que es el fin, Generala, el bombardeo ha comenzado-
- Quiero ser una con la Fuerza, pero no tan pronto, mi estimado amigo-

Corrieron con todas sus fuerzas a través de los interminables túneles. Cada cierto rato una nueva remecida los lanzaba al piso sin remedio.

A lo lejos se escuchaban algunos clones Morgukai tratando de cruzar las puertas cerradas por Nox hacía sólo unos momentos atrás. Vrad pensó en la ironía de tener que morir en la trampa que ellos mismos habían sellado.

Siddhis se puso de pie de un salto, después de haber caído tras una fuerte sacudida. Pronto el techo comenzó a caerse, ya no quedaba mucho tiempo.

Mientras corría sin desfallecer, Vrad se preguntó que haría Siddhis cuando se encontrara de frente a la puerta de acceso cerrada ¿Podría un Jedi ser tan poderoso como para abrir un acceso cerrado herméticamente por una tecnología invencible? Y más aún ¿Sería capaz Siddhis Bellatrix de realizar semejante proeza?

Pronto los túneles subterráneos de Saleucami se llenaron de los gritos de dolor de los Morgukai aplastados por los escombros que caían sobre ellos, eran gritos repugnantes, eran gritos desgarradores ¿En qué nos hemos convertido? Pensaba Siddhis, mientras los gritos llenaban su alma y la conmovían: ellos, por muy enemigos que pudieran ser, también eran parte de la Fuerza, de ese campo vital que los rodeaba a todos, uniendo a todos los seres en uno solo, uniendo, no dividiendo como la guerra, dando vida no matando. *“Los Jedi hemos convertido a la Fuerza en un arma para destruir”* y la sola idea de que ese pensamiento pudiera tener algo de verdad le pareció repulsivo.

Pero no pasó mucho tiempo para que esos gritos perturbadores fueran silenciados por la muerte. El bombardeo era implacable y no perdonaba. Los túneles estaban cayéndose a pedazos, todo Saleucami estaba siendo destruido, la gran ofensiva republicana se vengaba de todos los meses de sitio que los Separatistas habían podido resistir.

Todos los lugares por donde habían pasado comenzaron a quedar sepultados bajo los escombros, los cadáveres de los Morgukai con los cuales había luchado yacían bajo los elementos que hacía muy poco eran parte de la estructura subterránea del planeta.

Y ahí estaba: la clausurada salida se presentó ante ellos como el final del camino. Podía sentirse desde el túnel como afuera el gran domo por el que habían entrado estaba siendo destruido sin miramientos.

Vrad miró hacia atrás como caían varios escombros después de un temblor ocasionado por el bombardeo exterior.

Subieron la escala hasta donde pudieron, aferrándose muy bien para no caer.

Siddhis miró hacia arriba la impenetrable salida y luego cerró sus bellos ojos azules. Vrad la miró con curiosidad, su pregunta pronto sería contestada.

La Jedi estiró la mano enguantada con la palma abierta hacia arriba. ¿Podría hacerlo? Pero el comando sabía perfectamente que existían cosas imposibles para un Jedi y si él tuviera que apostar por alguna, esta sería una de ellas.

Pronto la puerta cedió y Siddhis abrió los ojos sorprendida, miró con extrañeza su mano.

-Yo no alcancé a hacer nada- le dijo a su compañero.

-¡Pero yo sí!-

Las puertas se abrieron de par en par, revelando la esbelta figura de Kudan Reikull.

-¡Kudan!-

-Nox no pensaba que podría hacerlo, sin embargo, no existe tecnología en esta galaxia que me gane- les dijo con una sonrisa calmada.

-Por un momento pensé que había sido yo- le comentó, mientras Kudan le ofrecía una mano para ayudarla a subir.

-Supongo que ni el maestro Yoda hubiera podido hacerlo-

-Pero tú pudiste-

-Pero yo no usé la Fuerza-

La bodega-laboratorio estaba totalmente destruida, el domo se había convertido en un montón de escombros.

-Aún estamos en peligro, moriremos bajo fuego amigo si nos quedamos aquí- comentó Kudan.

Siddhis alzó su vista y vio el espectáculo que llenaba el cielo del planeta, un espectáculo de láser de colores y naves que surcaban el cielo, rasgándolo, haciéndolo jirones. Un espectáculo de colores bellos, un espectáculo mortal.

Corrieron a la *Republic Gunship* que los sacaría de la línea de fuego, Kudan Reikull tomó los controles de la nave como todo un experto, y luego se elevaron, esquivando algunos ataques, surcando el cielo de Saleucami hacia terrenos menos hostiles.

## CAPÍTULO VII

### DESPEDIDA EN SALEUCAMI

**K**udan Reikull tomó los controles de la *Republic Gunship* y encomendó ese viaje de rescate a la Fuerza ¿Qué pensaría el maestro Nagai Dan si lo viera arriesgando su vida por salvar a una compañera Jedi? Seguramente se pondría muy orgulloso, pero le reprocharía el hecho de estar participando en una guerra insensata como esta.

Pero una cosa era entender, como él obviamente entendía, la insensatez de la guerra que se estaba librando en la Galaxia, una guerra de intereses, una guerra que llevaría a la Galaxia por oscuros y extraños caminos, y otra muy distinta era quedarse sentado mirando como se movían los hilos de la historia sin hacer algo para que se movieran con algo de cordura, teniendo la oportunidad de hacerlo. Y él tenía la oportunidad de hacerlo, él podía ayudar.

Desde pequeño había mostrado habilidades con la tecnología, desde que era un niño se mostró en confianza con las computadoras y con todo lo relacionado a ellas. Su maestro le había enseñado el amor por las antiguas tradiciones Jedi, sin embargo, de Kudan Reikull el maestro Dan había aprendido que no todo lo nuevo era indigno y no todo lo antiguo era digno de admiración. Todo dependía de las manos que lo manejaran y Kudan hacía de su trabajo tecnológico una inusual forma de arte.

Recordó el día en que había partido hacia la guerra, la última vez que había visto a su maestro.

-No lo hagas, Kudan- le había dicho con una tranquilidad que escondía una tristeza terrible.

-Debo hacerlo, maestro, no puedo abandonar la causa de los Jedi ahora que me necesitan, yo puedo ayudar-

-No quiero que lo hagas, no vale la pena morir por esta guerra-

-¿En tan poca estima me tiene, maestro, que cree que no voy a poder?-

-No eres tú, *padawan*, no eres tú, son las cosas que percibo, son las cosas que veo-

Kudan había mirado a Nagai Dan con toda la intensidad de sus ojos negros.

-Debo hacerlo- dijo como única despedida y había subido a su Jedi *Starfighter*.

-¡Kudan!-

Un nudo apretó su garganta mientras se elevaba sobre el cielo de Coruscant.

Sabía que había obrado de acuerdo a sus ideales y a su deber, eso también se lo había enseñado Nagai Dan, sin embargo, el vacío de su alma no había podido llenarlo hasta que había aparecido Siddhis Bellatrix con noticias de su maestro. Le había quitado ese enorme vacío de encima.

Pensó en Siddhis, ella debía vivir con ese vacío en su alma cada día de su vida y no era cuestión de si habían pasado diez, veinte o treinta años, el dolor quedaba igual como una marca imborrable. Era difícil perder a quien había sido como tu padre, tu única familia. Pensó en los que sería perder a Nagai Dan y lo que significaba para él estar alejado de él y comprendió que esa soledad que a veces sentía no era ni la décima parte de lo sola que Siddhis Bellatrix se sentía todos los días de su vida desde que había desaparecido Sifo Dyas. También era cierto que los Jedi eran entrenados para dejar ir,

pero la relación maestro-aprendiz era lo más cerca que un Jedi podría estar de tener una familia y perderlo, sobre todo a una edad temprana como había sucedido a Siddhis, era toda una tristeza y entendió que todos sus esfuerzos por encontrar al asesino de Sifo Dyas eran para aliviar un poco su dolor.

Pensó en Corellia, su planeta natal, y en sus verdaderos padres a quienes no recordaba casi nada y que se presentaban como fantasmas que rondaban en su mente como ánimas sin rostro, y se dio cuenta que su verdadera imagen paterna yacía en el maestro Dan.

Y por primera vez en mucho tiempo alguien que se dijera a si mismo un Jedi, comprendió a Siddhis Bellatrix.

Hizo una maniobra arriesgada con la nave para esquivar un láser que casi los derriba. Vrad tambaleó y Siddhis se afirmó para no caer.

-¡Lo siento, muchachos!- les pidió Kudan cuando ya hubo estabilizado la nave.

-¡No te disculpes! Estamos bien- contestó Siddhis.

Ahora, en el apacible viaje a un lugar seguro, Vrad encontró el momento para reflexionar sobre la curación que la maestra Bellatrix había ejercido en él. Pero era una curación que iba más allá de lo puramente físico, Siddhis le había revelado un nuevo mundo más allá de lo que sus ojos veían, un nuevo mundo que iba más allá de la guerra y del entrenamiento, un nuevo mundo en el que ni siquiera había reparado, pero que existía ahí a pesar de que sus ojos no lo vieran.

Conocía a los Jedi y su poder, sin embargo, nunca había visto de cerca un milagro tan grande y magnánimo como el que Siddhis había revelado a sus ojos. La posibilidad de devolver la salud, la esencia de la vida a través de la Fuerza le parecía mágica, poética. En su mente, que muchos pensaban inferior, nació claro y transparente un entendimiento que a muchos les tomaba toda una vida conseguir, incluso nunca llegaban a entender del todo. En la mente de un soldado clon comando de la República, un ser que muchos otros hubieran dejado abandonado en aquellos horribles túneles subterráneos, nació la luz del entendimiento, porque Vrad en ese momento comprendió, como muchos no lo harían nunca, la verdadera esencia de la Fuerza.

-¡Así es, mi querido Vrad!- Siddhis elevó la voz por encima del motor de la nave –Has entendido bien- dijo, leyendo sus pensamientos una vez más.

Vrad sonrió bajo el casco, no dijo nada, pues sabía que Siddhis sentía toda la gratitud que llevaba en su corazón hacia ella, no sólo por la curación en sí, sino que por haberle enseñado ese nuevo mundo que había más allá de sus ojos, una comprensión que borraba de su mente y de su corazón forjado en el fuego de la guerra y la sangre derramada cualquier rastro de temor a la muerte o al olvido.

Y gracias a esa comprensión que nació en Vrad, Siddhis se dijo que esa extraña misión de Saleucami había valido la pena.

\* \* \*

Tocaron tierra cuando el anochecer ya se acercaba a pasos agigantados. El campamento liderado por el comandante Jedi Kudan Reikull parecía prácticamente abandonado, la guerra seguía ya en la ciudad sitiada. Pero el tiempo de Siddhis Bellatrix en Saleucami llegaba a su fin.

Vrad se reunió con los otros miembros del Escuadrón Sigma y una felicidad cristalina los inundó a los cuatro.

Siddhis los miró desde la lejanía y se alegró por ellos, porque estaban juntos una vez más como pensaron en algún momento que nunca más estarían.

El Escuadrón Sigma se acercó a ella y los cuatro se cuadraron, saludándola.

-Gracias, maestra, su poder nos trajo sanos y salvos a los cuatro- agradeció Drex.  
-Muchachos queridos, quiero que sepan que no tienen nada que agradecer, fue un honor luchar al lado de soldados tan capaces y disciplinados, la República está orgullosa de lo que han logrado, así como yo-

Le dio un inédito abrazo de despedida a cada uno de ellos.

-Para nosotros también fue un honor, Generala- dijo Nox.

-Gracias Nox y gracias a todos ustedes, me llevo en el corazón las mejores impresiones de cada uno-

-Es una gran guerrera, Generala, me sorprendió su habilidad- comentó Klayn –Me hubiese gustado ver como rebanaba a esos Morgukais asquerosos-

-No fue del todo lindo, te lo aseguro-

-Además tenían ese pestilente olor en su interior cuando sangraban-

-Así es- dijo la Jedi volviendo mentalmente a Taik y Unrik. Una extraña sensación la inundó, una sensación no muy agradable.

-Algún día podría enseñarnos algunos movimientos de esos magistrales que realizó en la campaña. Sé que somos inferiores, pero sabemos aprender-

-No digas eso, Klayn, tú ni ninguno de tus hermanos deben sentirse inferiores a nadie, se los he dicho hasta el cansancio, son héroes de guerra, la elite de la República, admirados y tratados de igualar pero jamás igualados. Pero más que eso, ustedes nuestros protectores, soldados de la República, son seres extraordinarios-

-Muchas gracias, Generala- Klayn se puso algo nervioso, no estaba preparado para un discurso así, menos viniendo de una Jedi.

-De nada, mi querido Klayn... y claro, si deseas aprender algunos movimientos básicos nos podemos reunir cuando todo esto haya pasado-

-No lo dude un minuto. Le cobraré la palabra-

Siddhis asintió.

Vrad se mantuvo en silencio, no fue capaz de decir nada, aunque sabía que no era necesario, la generala buceaba con comodidad en sus pensamientos.

La Jedi lo abrazó intensamente y Vrad se dejó sentir ese cálido abrazo.

-¡Qué la Fuerza te Acompañe, Vrad!- exclamó Siddhis –Y ya sabes lo que eso significa-

Vrad asintió sin poder decir palabra, extrañamente conmovido por esa despedida.

-Muy bien, Escuadrón Sigma, pueden partir-

Saludaron marcialmente y fueron subiendo uno por uno a la Republic Gunship que los sacaría de la órbita de ese extraño planeta llamado Saleucami.

El último en subir fue Vrad. Miró a Siddhis un buen rato antes de subirse, sin tratar de disimular la osadía de su mirada oscura y luego, sólo musitó un “Qué la Fuerza la Acompañe” que pareció irse planeando en la brisa suave, pero que no pasó desapercibido para la Jedi.

Luego abordó la nave. Desde el aire siguió con los ojos en ella hasta que ya no fue más que un punto consumido por la atmósfera violeta de Saleucami.

-¿Te vas a Coruscant ahora?- preguntó Kudan, cuando la nave del Escuadrón Sigma ya se había perdido completamente en el cielo.

Siddhis asintió.

-Me encantaría ir a Coruscant, ver a mi maestro una vez más, pero como verás debo seguir acá un pequeño lapso más. El maestro Quilan Voz partirá a Boz Pity muy pronto-

-¡Boz Pity! Se supone que Keyor Alleguis y Drellis Duskrider están allá-

-¿Los conoces?-

-Sí, tuvimos una larga charla hace algún tiempo, podrías decirle al maestro Voz que les mande mis sinceros recuerdos, me encantaría compartir otra plática con ellos alguna vez ¿tú también los conoces?-

-Por supuesto. Sería interesante reunirnos los cuatro alguna vez a conversar, después de que acabe esta guerra-

Siddhis frunció el seño, el sólo hecho de nombrar aquella hipotética reunión la llenó de una extraña sensación, algo especial que le mostraba imágenes vagas de un futuro incierto.

-¿Qué te pasa?-

-Nada, un extraño presentimiento, nada más-

Kudan también lo había sentido, pero en menor escala, y lo atribuyó a la pronta partida de Siddhis.

-Hay cosas que debes saber sobre lo que está pasando en Coruscant, cosas que no te gustarán-

-No muchas cosas me gustan en estos tiempos, ya nada me sorprende-

-Esto es peor de lo que te imaginas- la miró gravemente.

-¡Vaya, qué podría ser peor de lo que me imagino!-

-El Canciller Supremo Palpatine fue raptado por fuerzas separatistas, una batalla se libra en la órbita de Coruscant, una batalla encarnizada-

-¡Pero tenemos que hacer algo!-

Pudo haber estado en Coruscant en vez de Saleucami, podía haberse evitado, ella podría haberlo evitado.

-No te preocupes, los mejores hombres están encargados de su rescate: el maestro Obi Wan Kenobi y su ex *padawan* Anakin Skywalker-

-¡Skywalker!-

De nuevo la llenó esa extraña sensación.

-Así es, Anakin Skywalker, el Héroe sin Miedo- nombró el apodo que tenía Skywalker en todos los rincones de la Galaxia.

-Me pregunto si estará a la altura de un reto como ese-

-¿Dudas de Anakin?-

-No es que dude de él, pero...- dejó la frase inconclusa –Probablemente no sea nada-

Kudan sonrió. También lo había sentido, pero decidió dejar esa sensación a un lado también.

-Debes cuidarte, Siddhis, una batalla de grandes proporciones bloquea la órbita de Coruscant-

Siddhis asintió. Apreciaba la preocupación de su compañero.

-¿Qué harás tú, Kudan?-

-Estoy al servicio de la maestra Stass Allie, ahora que el escudo ha caído y la Federación se ha retirado ella queda a cargo de Saleucami. No sé donde me lleve esta guerra, sólo espero que nos volvamos a ver-

-Ten por seguro que así será, puedo sentirlo-

-Si ves al maestro Nagai...-

-Lo sé- lo interrumpió –Yo le diré lo que aquí ha pasado, yo le hablaré de ti-

-Gracias-

-No tienes que darlas, es lo menos que puedo hacer, me salvaste la vida allá en la salida de los túneles-

Siddhis le sonrió y le dio un fuerte abrazo, un abrazo fraterno, un acercamiento que hacía años no tenía, puesto que hacía años que no confiaba en nadie.

-Eres un digno aprendiz de Nagai Dan, no lo olvides-

-Y tú de Sifo Dyas-

-Llevo años preguntándome si es así, llevo años preguntándome si pude hacer algo...-

Kudan sintió la pena en el alma de Siddhis.

-Pero no te molestaré con mis cavilaciones internas, mi querido Kudan-

Se quedaron en silencio, la hora de partir había llegado.

-Qué la Fuerza te Acompañe, Siddhis Bellatrix- dijo el Jedi por fin.

-Y a ti-

Los pitidos de R2D5 fueron callados por el sonido del motor de la Jedi *Starfighter* de Siddhis Bellatrix.

La nave se elevó y se perdió comida por los colores del atardecer en Saleucami.

## CAPÍTULO VIII

### LA BATALLA DE CORUSCANT

Por momentos se preguntó si lo volvería a ver, pero una fuerte sensación de paz interna le mostró que esa posibilidad no estaba para nada alejada de ambos futuros.

Había ganado algo muy importante en Saleucami y Siddhis lo sabía. La posibilidad de confiar en otro igual no había nacido en su corazón hasta el momento en que arribó al recóndito planeta. Confiar en los clones era una cosa: el soldado clon jamás osaría traicionar, jamás iría contra las órdenes de un superior... a menos que se le ordenara... Tembló ante la sola idea de que alguien pudiese manipular esa ciega obediencia. Y si ella lo estaba pensando no era tan descabellado suponer que existiera otro ser en la vasta galaxia que tuviera el mismo pensamiento y la idea le pareció aterradora.

Se prometió nunca mencionar esa extraña pero peligrosa idea a nadie.

Muchas ideas y sentimientos extraños llenaban su mente por esos días. Era cierto que muchas cosas estaban pasando también en cada uno de los estratos de la Galaxia y Siddhis siempre tenía visiones y presentimientos en su mente los cuales con el tiempo y un intenso entrenamiento había logrado controlar. Eran tantas en su momento que para cualquier ser sin entrenamiento estas podrían volverlo loco, pero Siddhis había convivido toda su vida con ellas y había aprendido a usarlas a su favor y a controlarlas. Sin embargo, desde hacía varios meses esas visiones se habían salido de control y venían a ella en cualquier momento. Había luchado por controlarlas, pero no había dado resultado ninguno de sus esfuerzos.

Llevaba meses tratando de negarse a sí misma esas visiones, de no darles crédito o simplemente no tomarlas en cuenta, no obstante, mientras más intentaba erradicarlas más se trataban de hacer notar.

Se prometió que al llegar a Coruscant hablaría personalmente con el Maestro Yoda de esas visiones, tal vez sólo fuesen eso: simplemente visiones de una mente cansada ya de la guerra.

La mente y el alma de Siddhis eran una madeja de sentimientos y conflictos atípicos para un Jedi, pero que jamás habían representado algún peligro para su entrenamiento. Siddhis sabía llevarlos muy bien y sacar provecho de ellos “No todos los Jedi tenemos que ser iguales” se repitió lo que Kudan le había dicho en Saleucami “mis conflictos internos son sólo el reflejo de una mente que no suele descansar”

En algún momento de la historia de la Galaxia encontrar un Jedi con problemas hubiera sido casi una utopía, sin embargo, los momentos que vivían había afectado a todos los seres y los Jedi no podían ser tan soberbios de sentirse por encima de los otros seres: esta guerra también los había afectado a ellos y una extraña oscuridad los cegaba.

*“Por lo menos ahora no me siento tan atípica como me sentía hace un par de años atrás”* se dijo la Jedi *“Por lo menos ahora no soy la única que parece tener problemas”*

\* \* \*

Al entrar en la órbita de Coruscant, la nave de Siddhis Bellatrix se encontró con una batalla espacial de proporciones descomunales.

Los grandes cruceros *vénator* de la República se imponían majestuosos en medio de un sinfín de otras naves más pequeñas que los rodeaban. “La Mano Invisible” del General de los Ejércitos Droides Grievous y otras de su mismo estilo trataban de ser abordadas por los Ejércitos Clones de la República.

Siddhis maniobró rápidamente su Jedi *Starfighter* mientras se adentraba en medio de la batalla espacial como no se había visto hacía muchísimo tiempo en la órbita del planeta sede de los Poderes más importantes de la Galaxia.

El rapto del Canciller Palpatine: De eso había tenido visiones, pero no las que cualquiera se imaginaría. La oscuridad del asunto la preocupaba porque Palpatine siempre había aparecido en sus visiones como un ser ambiguo y artero. Había tratado de apartar ese “prejuicio” que parecía tener en contra de él, pero no lo había conseguido jamás. Y el saber ahora que había sido raptado bajo extrañas circunstancias no podía hacer menos que despertar la aguda suspicacia que residía en Siddhis.

No obstante, ya habría tiempo de analizar con mayor calma las vicisitudes más ocultas del “Rapto” y mientras cruzaba a toda velocidad y con el mayor de los esfuerzos posibles la línea de fuego, apartó de su mente, una vez más, sus mayores miedos.

Para un espectador cualquiera de aquella batalla repleta de luces de varios colores y naves surcando un espacio cubierto de estrellas con el bello Coruscant en el fondo del paisaje, la escena le habría llamado la atención por su belleza y atractivo, para cualquier espectador que no hubiese sabido que eso que ocurría en la órbita del planeta capital era una batalla encarnizada... Una extraña contraposición de belleza y muerte que llenó los azules ojos de la Jedi con todo su contradictorio esplendor.

Varias naves cruzaron a toda velocidad por el lado de Siddhis Bellatrix. Se dirigían en la misión de rescate y ella lo sabía, la batalla sobre la órbita del planeta seguramente llevaba algún tiempo desarrollándose. Pudo haber ofrecido su ayuda a esas naves que volaban en dirección al núcleo de la batalla; habría dado todo por poder tomar el desafío de ver a Grievous cara a cara como sabía que otros lo harían, pero más allá de su orgullo personal se encontraba el bien común y había muchas tareas donde su ayuda parecía ser requerida, mucho más que ir al rescate de Palpatine o a combatir al extraño líder del Ejército Droide.

Y no se equivocaba.

-Generala Bellatrix- la voz de Etty sonó 5x5<sup>1</sup> en el intercomunicador de la nave.

-Comandante Etty-

El Hermandad comandado con eficiencia y destreza por el fiero comandante Etty, protegía la órbita del planeta capital del inesperado ataque Separatista. El gran *vénator* resistía los embates de sus enemigos con majestuosidad.

-Nos alegra que haya llegado tan oportunamente, se nos asignó la misión de proteger la órbita del planeta, sería un honor que se uniera en nuestra lucha, el Escuadrón Siete está combatiendo junto al general Kenobi y el comandante Skywalker. Por supuesto, mi Generala, a su disposición está el Escuadrón Cinco-

-Excelente, Etty, es hora que pongamos orden a este caos-

Siddhis se unió al Escuadrón Cinco, comandado por el siempre dispuesto y hábil Tarz, reconocido piloto clon y comandante autor de grandes proezas, que volaba en sus

---

<sup>1</sup> En el argot militar significaba “con toda claridad”

ARC-170<sup>2</sup>, la última tecnología republicana en naves de combate. Tres pilotos clones comandaban cada una de estas maravillas de la tecnología: uno maniobraba la nave, el copiloto operaba el cañón láser y el tercero operaba el cañón trasero

-Verde Uno-Verde Dos-Verde Tres, en posición líder Verde-  
-Verde Tres-Verde Cuatro-Verde Cinco, en posición generala-

Los veinticuatro pilotos clones de las ocho naves se enumeraron y sus voces, aunque iguales, sonaron con distintos matices en los oídos de Siddhis.

- Líder Verde a Escuadrón. Son más que nosotros, sin embargo, dentro de esas chatarras no hay más que cables y metal ¡No dejaremos que simples máquinas sin alma nos venzan!- los alentó con su voz profunda. Eran palabras simples pero que eran especialmente dirigidas a sus hombres y ella sabía que tendrían un efecto real entre ellos.

Los pitidos de R2D5, el conservador astrodroide, fueron como una alarma de aviso del peligro inminente que se acercaba a las naves.

Eran cazas droides, muchos, que se abalanzaron contra las ocho naves que se interponían en su camino.

-Líder Verde, esperamos sus órdenes- la voz de Tarz fue lo único que Siddhis permitió llegar a sus oídos, ni siquiera los sonoros reclamos de R2 perturbaban su concentración.

-Verde Uno, forme a sus hombres a mi lado en posición pirámide... No debemos dejarlos pasar-

-Entendido, Líder Verde-

Y en medio de una lluvia de láser, los hombres de Tarz se formaron rápida y oportunamente como lo había exigido la Generala Bellatrix.

-¡Fuego a discreción, Escuadrón!- ordenó Siddhis, mientras las naves que pilotaban sus hombres vomitaban sobre sus inferiores adversarios, inferiores en habilidades no en número, una lluvia de láser que iluminó el cielo con un especial brillo esmeralda.

Varios enemigos cayeron, sin embargo, parecían multiplicarse cada vez que comenzaban a bajar en número, por cada caza droides de combate que desaparecía en una explosión mortal, otras dos la reemplazaban.

Y Siddhis Bellatrix sabía que debían resistir hasta que el Maestro Kenobi y Anakin Skywalker rescataran a Palpatine ¿Cuánto tiempo llevaban en esa tarea dentro de la gran nave del General Grievous? Era imposible precisarlo, el tiempo, de carácter tan relativo, parecía un elástico que se estiraba o se recogía en esas circunstancias.

Le hubiese gustado poder estar frente a frente con el Conde Dooku y poder luchar con él y vencerlo para sacar toda la información que necesitaba para aclarar de una vez por todas todo el asunto relativo a su maestro. Sabía que el Consejo Jedi jamás le asignaría una misión semejante porque sabían perfectamente que antepondría su deseo personal a su deber. Era una debilidad. Una muy grande. Sifo-Dyas se había convertido en su debilidad y ella lo sabía y el Consejo también, una debilidad que estaba tratando de calmar y aplacar con algo de éxito, no obstante, no por eso dejaba de

---

<sup>2</sup> ARC son las siglas de Aggressive Reconnaissance (Reconocimiento Agresivo)

sentir, aún cuando podía controlar bastante bien todas sus emociones, eso no significaba que no las sintiera.

Y pronto el Escuadrón Cinco se convirtió en una pared impenetrable que se erguía como un gigante acorazado frente a las naves droides de los Separatistas. Pero el tiempo transcurría más lento de lo normal y no había signos de Obi-Wan, Anakin o el Canciller.

Verde Siete hizo una desesperada maniobra, mientras su droide astromecánico intentaba reparar una falla originada en una severa lluvia de disparos enemigos. Pronto una partida de droides sierra caía sobre la nave, destruyendo en un dos por tres al astromecánico y luego los circuitos internos de la ARC fighter.

Algunos gritos llenaron los oídos de Siddhis y un miedo que no le pertenecía llenó su corazón.

-¡Peligro, vamos a estallar!- el grito de Verde Siete sólo fue el preludeo a un bello y mortífero espectáculo: una explosión que llenó el cielo de un resplandor amarillento y anaranjados, mientras el corazón de Siddhis se apretaba de indignación y tristeza.

-Qué la Fuerza sea con ustedes- musitó suavemente, mientras la vida de tres pilotos clones se apagaba estrepitosamente.

Siddhis lanzó sobre sus naves oponentes una arremetida casi suicida, derribando a los asesinos de Verde Siete y sus dos acompañantes con una precisión inigualable. Barrió prácticamente con ellas, engrosando la pared que los detenía a medio camino de Coruscant. Una extraña sensación de satisfacción alcanzó a dar un atisbo en su corazón, sin embargo, con una respiración hizo desaparecer esa sensación impropia de una Jedi como ella.

Los pitidos de R2D5 no parecían servir de mucho a la hora de alertar a Siddhis de los peligros de muchas de sus maniobras, pero el miedo a la muerte no era precisamente parte de los sentimientos de la Jedi. Había sido entrenada para no temer a la muerte y había aprendido bien, era la desaparición de otros la que a veces afectaba, sobre todo si esos otros estaban a su cargo, sobre todo si confiaban en ella, sobre todo si eran seres que a pesar de su aparente fortaleza le parecían desvalidos como los soldados clones de la República.

-¡General!- exclamó Tarz

-Estoy bien, Tarz, cúbreme- ordenó con una voz distante, mientras tres naves separatistas la seguían a través de una suicida maniobra a través de fuego cruzado.

-Necesita tiempo, Maestro Kenobi- dijo para si misma-Y eso le daré-

Y Siddhis Bellatrix lo consiguió. Traía tras de si varias naves droides que la seguían tratando de acabarla, pero usando toda la concentración de que era capaz, usando toda su conexión con la Fuerza, ella podía esquivar todas sus cargas de láser, mientras el Escuadrón Cinco barría con ellos con una precisión inimitable.

Pero no todo fue a la perfección, la concentración mental que se requería para pasar ilesa a través del intenso fuego cruzado era demasiada sobre todo cuando los enemigos se multiplicaban a cada minuto y una oscuridad aún más intensa que la actividad en la línea de fuego trataba de llenar su mente. No todo era como parecía ser y a cada minuto que transcurría esa horrible sensación se incrementaba. Extrañas imágenes que ya no podía ignorar, imágenes de un futuro demasiado cercano como para hacer algo por él, imágenes de oscuridad y muerte, imágenes que la ponían a ella, y lo que era peor, a toda la Orden Jedi, como una pieza más dentro de un extraño juego de

política y mentiras, venían a su cabeza y a su corazón y podía verlas con tanta fuerza como la mismísima realidad que percibían sus ojos.

Ya no pudo volver a la concentración que había alcanzado al principio de la “contienda”, las imágenes eran demasiado fuertes como para ignorarlas así nada más, y pronto un láser destruyó a R2D5. Un extraño y lastimero pitido de pavor fue lo último que sintió de él.

Y a pesar de ser sólo un droide, Siddhis se lamentó profundamente por él. R2D5 la había acompañado en varias misiones y a pesar de su “personalidad” conservadora, siempre había servido bien. Pero el tiempo de lamentaciones fue escaso. A lo lejos, extraños resplandores anaranjados iluminaron el vientre de la Mano Invisible, parecían explosiones, mientras varias esquiras se desprendían de ella, y la gran nave comenzó a tambalearse. Varias cápsulas salieron expulsadas y Siddhis supo que en una de ellas iba el General Grievous. Habría sido tan conveniente seguirlo, habría sido tan simple matarlo, tan simple y a la vez tan difícil, puesto que aún estaba rodeada por decenas de naves enemigas que no le dieron el tiempo que necesitaba para hacerlo. Pronto acabó con ellas, pero no lo suficientemente pronto.

Muchas cosas habrían cambiado si ella hubiese podido matarlo ahí en ese momento, pero no fue así, por alguna razón que tarde o temprano entendería eso no había sido posible.

La Mano Invisible comenzó a volar en dirección a Coruscant y pronto un espectáculo maravilloso y a la vez aterrador llenó los ojos azules de Siddhis cuando la gran nave se partió en dos en pleno vuelo, mientras el incendio que la aquejaba y su velocidad aumentaban.

Skywalker piloteaba, Siddhis lo sabía, aunque no entendía como podía volar un artefacto como ese a esa velocidad y sin dirección.

Parecía un cometa incandescente que entraba a la atmósfera del planeta a una velocidad indescriptible, era una bola de fuego que iba desintegrándose poco a poco ante los ojos de Siddhis y sin que ella pudiese hacer nada. Pero sí podía.

-Comandante Etty, avisa de inmediato a Coruscant, la nave se dirige al planeta a toda velocidad- avisó a Etty.

Siddhis observó el objeto incandescente que caía sin parar directo a la superficie de su querido Coruscant.

-La nave debe ser apagada antes que llegue a la superficie-  
-Como ordene, generala-

Algunos segundos después la nave entró como una bola incandescente a Coruscant, pero varias naves salieron a su encuentro, naves que apagaron el fuego que consumía la estructura y que mantuvieron a salvo, también gracias a la pericia de Skywalker, a los tripulantes de la Mano Invisible.

Y todo en sesenta segundos.

Cuando Siddhis vio que las naves del Equipo Tres de Naves Bombero apagaron la Mano Invisible y al parecer, según lo que la Fuerza le indicaba, los importantes tripulantes que iban en ella habían sobrevivido a magnánimo aterrizaje, hizo una maniobra con su Fighter y volvió al “campo de batalla”. Aún había mucho que hacer, apesar de que al parecer el enemigo estaba en retirada.

Pero pocas cosas en la galaxia hubieran sido capaces de sorprenderla de esa manera cuando, sin dar crédito a lo que veía, la amarilla Jedi *Starfighter*, modelo Delta 7, del maestro Nagai Dan apareció a su lado.

-¡Maestro Dan!- Siddhis pocas veces mostraba sorpresa, esta era una de esas escasas veces.

-¡Acabemos esto de una vez, Siddhis! Mira que creo que si la Fuerza nos hubiera querido volando, entonces nos habría dado alas-

-¡Modelo Delta, vaya maestro!-

-Aún estoy acostumbrado a esta y no voy a pedir otra-

-Su apego a lo tradicional no deja de sorprenderme-

-Prefiero una nave conocida antes que un artilugio desconocido para estas situaciones, además esta jamás me ha fallado-

Siddhis sonrió para sus adentros.

-Muy bien, maestro, debemos alejarlos de Coruscant lo antes posible, entonces-

-¡Qué así sea!-

Ambas naves, la Delta de Nagai y la Eta de Siddhis, vomitaron prácticamente sus cañones láser sobre las pocas naves enemigas que aún intentaban escapar de la órbita de Coruscant.

¿Qué habría motivado a Nagai Dan, férreo opositor a la guerra, a tomar su nave y volar hasta el campo de batalla? Sabía que había sido una decisión que le había tomado pocos segundos en tomar y también sabía que el silencioso y pacífico maestro nunca daba un paso sin estar completamente seguro.

-¿Por qué, maestro? Y no me diga que me lo dirá después porque si se lo pregunto ahora es porque ahora quiero la respuesta-

-Porque fueron muy tontos de traer la guerra al lugar equivocado-

Siddhis estaba preocupada, la nave del maestro Dan no era lo suficientemente veloz ni maniobrable como la que ella tenía para esta batalla donde los enemigos habían usado técnicas y naves de última generación, sin embargo, Nagai parecía seguro de sus movimientos como cuando usaba su espada de luz de hoja amarilla. Las pocas veces que lo vio practicar se dio cuenta que Nagai Dan era un luchador temible y lamentó no haberlo tenido participando activamente en las Guerras Clones. Pero ahora que lo tenía a su lado, luchando junto a ella, Siddhis se puso nerviosa.

Ella podía sentir perfectamente que a Nagai no le gustaba volar y que no se sentía muy cómodo en esta forma de combate.

Debería haber estado contenta, todo había sido un éxito, su mente sabía que Palpatine había sido rescatado y aunque el General Grievous había escapado otra vez, todo parecía una victoria. Pero también pareció una victoria lo de Geonosis y muchas otras batallas que sólo habían llevado a la República al abismo de oscuridad en que se encontraba.

Hacía mucho tiempo que todas las victorias sabían a derrota en los negros labios de Siddhis Bellatrix.

## CAPÍTULO IX

### PRELUDIO

Aterrizó sobre la plataforma del Templo Jedi, la misma plataforma que la había visto partir hacia Saleucami. Su recibimiento no tuvo la pompa ni la rimbombancia del recibimiento de Anakin Skywalker, pero fue mucho más cálida, sin duda, de lo que ella esperaba.

La tranquila figura del maestro Nagai Dan llenó la plataforma con su aura de paz y sabiduría, a pesar que él también venía aterrizando de aquel caos que se vivía en los cielos del planeta capital. La miró descender con sus intensos ojos negros, una mirada muy parecida a la de su *padawan* Kudan Reikull, y luego se le acercó con una sonrisa que fue como un abrazo protector.

Siddhis hizo una ligera reverencia de respeto y luego le devolvió una mirada de agradecimiento.

-Maestro Dan-

-Siddhis, no sabes la alegría que me da verte llegar sana y salva de Saleucami-

-Un poco sucia talvez, pero sana sí. Gracias por ir allá arriba a ayudarme-

-De nada. Como te dije, trajeron la guerra al lugar equivocado-

Siddhis sabía que la verdadera razón para que el maestro Dan se decidiera a tomar su nave, a pesar de su férrea oposición a la guerra, había sido más que nada ayudarla. Se lo agradecía enormemente.

-Supe de la victoria en Saleucami-

-Lo mío sólo fue un pequeño trabajo de apoyo, maestro, me temo que los héroes son otros- dijo con un sincero sentimiento de humildad.

-Ningún trabajo es menor, sin tu ayuda las cosas no serían como son-

-Me halaga, maestro, sin embargo no sé si he ayudado a mejorar las cosas o simplemente a empeorarlas-

-Sé como te sientes, pero debes entender que lo hecho, hecho está, así debía ser, es la Voluntad de la Fuerza-

-Es un buen consuelo-

-No es consuelo, es la verdad-

-Lo cierto es que me alegro de estar en Coruscant de vuelta-

-Tenía la esperanza que Kudan regresara contigo...- dijo con un dejo de tristeza en la voz. Hubiera sido una gran alegría encontrarse con él también en la órbita de Coruscant, talvez había tomado su nave con la secreta esperanza de que así fuera.

-Kudan ha prestado un servicio impagable a la Galaxia, debería tener en mayor estima lo que ha hecho, si me permite la opinión, maestro-

-Es un héroe lo sé, nunca lo he dudado, Kudan es un *padawan* aventajado, además de ser un hombre inteligente, es sólo que...bueno, tú ya sabes mi opinión-

Siddhis asintió pensativa, no sabía qué posición era peor la del maestro Dan de abstraerse de una guerra o la de sumergirse ciento por ciento en ella.

-Tengo algo que decirte, Siddhis, el Conde Dooku ha muerto a manos de Anakin Skywalker- le dijo, Nagai Dan sabía lo que Dooku significaba en la vida de Sifo Dyas y por ende en la de Siddhis Bellatrix, en su cruzada por una respuesta, por un vacío alejado de los ideales Jedi.

-Muerto...- dijo con incredulidad.

-Así es, lo supe en la batalla-

-Skywalker no debió matarlo- dijo usando su percepción para visualizar lo ocurrido en la nave insignia de Grievous. Algo más oscuro pudo vislumbrar en lo que ahí había acontecido, algo muy oscuro que iba más allá de sus ardientes deseos de información sobre su maestro.

-Usas bien tu percepción, sin embargo, no estás viendo lo peligroso que habría sido dejarlo vivo-

-Más peligroso es muerto que vivo...sus secretos se desvanecieron con él y además su ausencia deja un espacio que ha de ser llenado...-

-Aún queda alguien que sabe la verdad que buscas y ese alguien debe ser hallado prontamente por el bien de todos nosotros, más allá de lo que tú quieras, más allá de esas respuestas que necesitas para alimentar tu egoísta búsqueda-

A pesar del claro reproche, Siddhis se quedó pensativa. Su mente ondeó a través de la Fuerza, a través de lo que muchos sabían pero pocos se atrevían a ver.

-El Oscuro Señor del Sith- musitó con lentitud, mientras su mirada ida ya no veía el entorno del hangar, sino que imágenes venidas de un futuro extraño y oscuro.

-Sí- asintió con gravedad.

El Templo le pareció un paraíso, más aún, su hogar verdadero. Hubiese querido descansar de todo lo que estaba pasando por lo menos por un milenio, sumirse en un profundo sueño y abstraerse de las terribles imágenes que venían a su mente, abstraerse de la oscuridad que se avecinaba, dejar de pensar, en resumen. Pero haber hecho algo así no estaba en la naturaleza de Siddhis Bellatrix, así que se conformó con asearse, cambiar su ropa y dormir un par de horas al alero de un sueño profundo y reparador, menos de lo que le hubiera gustado, pero más de lo que pensó que podría lograr.

Esa tarde caminó por los lustrosos y limpios pasillos del Templo, respirando el aire de tranquilidad que aún reinaba. Algunos *padawan* caminaban de aquí para allá, eran sólo unos niños y sus miradas reflejaban una sabiduría que muchos adultos no entrenados ni soñarían en denotar.

Tenía pocos recuerdos de su niñez fuera del Templo, de Mirial el planeta natal de su madre o de Dantooine el planeta de su padre poco sabía, tampoco tenía mucha memoria de sus padres, sólo recordaba sensaciones que bien podían confundirse con sueños. Se preguntó qué habría sido ser una mujer normal, que se sentiría no llevar sobre los hombros el peso de un entrenamiento Jedi, qué sería tener una pareja, hijos, un trabajo común, familia, amigos, una vida llena de emociones sin control y lejos de la guerra, de sus batallas, de la oscuridad. Pero no pudo imaginarlo, no se desea lo que nunca se ha tenido y se está programado para no desear, las únicas relaciones que conocía eran las de fraternidad y paternidad con colegas y maestros de la Orden, y por supuesto, la verdadera amistad que le ofrecían los soldados clones.

El atardecer de Coruscant llenaba de hermosos colores los pasillos del Templo. Siddhis miró a través del cristal de la ventana en tono pensativo. Algunas nubes cubrían el cielo teñido de tonalidades anaranjadas y amarillas.

El Oscuro Señor del Sith. Sólo pensar en que lo sentía más cerca que nunca llenó de angustia su alma, pero, por otro lado, huir de él, rehuirlo en sus sentimientos y en su mente era aún peor. No, era demasiado tiempo ya, demasiado, tuvo miedo, miedo de que incluso el tiempo hubiese excedido los límites, que se hubiese acabado ya.

Debía volver a los Bajos Mundos, retomar la investigación donde la había dejado, seguir las pistas que habían encontrado, ya no para encontrar al asesino de su maestro, ya no para desenmascarar a Dooku, sino para encontrar al Señor del Sith, aunque le costara la propia vida enfrentarse a un enemigo de esa naturaleza, aunque su misión estuviera guiada por emociones reprimidas, aunque tuviera que adentrarse de nuevo en la podredumbre humana de miedo, ira y frustración de los Bajos Mundos, enfrentarse a sus miedos y a la oscuridad que parecía vivir con ella desde que puso un pie por primera vez en ese lugar tan horrible como seductor.

Se había enterado que Anakin Skywalker estaba en el Consejo Jedi por recomendación del mismísimo Palpatine, pero que no le había sido asignado el grado de Maestro, algo bastante inusual, un rompimiento de reglas como hacía muchísimos años no se hacía. Con Anakin siempre era un romper de reglas, desde su entrenamiento que comenzó inusitadamente a los nueve años, como su nombramiento como parte de Consejo, como su amistad con Palpatine, como su amistad con la Senadora Padmé. Lo pensó detenidamente, no había que ser un Jedi para saber lo que ahí pasaba, bastaba con ser mujer, bastaba con verlos juntos, bastaba con ver como él la miraba ¿Era posible que nadie más que ella lo supiera? ¿Tan ciegos estaban ya los Jedi? ¿Tan sumidos en su entrenamiento estaban, tan cercanos a los grandes secretos de la Fuerza que no eran capaces de ver lo evidente, lo pequeño, lo simple?

Si Kudan hubiera estado allí talvez lo hubiese comentado con él, aunque se imaginó claramente su mirada de desaprobación al oírla sacar semejantes conclusiones. Pero no era más que una careta, había que mirarlo a los ojos y entender que él pensaba como ella en muchas cosas y de seguro esta no sería la excepción.

Ella entendía eso como entendía muchas cosas, porque su poder de observación era admirable, su maestro se lo había enseñado y ella lo había aprendido bien *“Es más sabio escuchar que hablar, hasta el mismísimo silencio tiene cosas que decirnos, pero estamos tan apegados a querer comunicar todo lo que tenemos en mente que olvidamos que la comunicación necesita también de un receptor. Aprende, mi querida Siddhis, a ser la receptora y pronto podrás conocer los secretos más internos de tu interlocutor. Escucha lo que la Fuerza tiene para decirte, observa lo que te muestra a través de los actos ajenos. Ser receptora, Siddhis, es la cualidad de un curador Jedi porque debes escuchar lo que el cuerpo tiene que decirte, escuchar a cada célula, a cada órgano... y si tú escuchas ellos te escucharán a ti cuando tengas algo que decir”* Recordó con nostalgia las palabras de su maestro y sus ojos se llenaron de lágrimas, no porque él no estuviera allí, sino porque no entendía lo que la Fuerza estaba tratando de decirle en ese momento, porque aunque escuchaba y observaba con detenida paciencia, no era capaz de descifrar nada.

De pronto volvió de sus pensamientos y vio a Obi Wan Kenobi caminando a la sala de Recepción. Parecía un poco molesto. Por un extraño impulso corrió hasta él y lo detuvo.

-¡Maestro Kenobi!-

-Te felicito por lo de Saleucami, Siddhis- le dijo con mirada preocupada, aún cuando le dedicó una sonrisa sincera.

-Muchas gracias, maestro-

-La mayoría de las tropas ya se movieron a Boz Pity, hace un rato me contacté con el maestro Quinlan Vos, creo que Keyor Alleguis y Drellis Duskrider están haciendo un excelente trabajo allá, como lo hace también Kudan Reikull, quien por lo que supe aún sigue en Saleucami junto a la maestra Allie ¿Era eso lo que querías saber?- preguntó con una afable sonrisa en el rostro.

-Su poder me sorprende, maestro, por mucho que lo conozca no deja de maravillarme-

-No eres la única que sabe observar- le hizo un guiño de complicidad.

-Vaya que sí me sorprende-

Obi Wan colocó su mano en el hombro de Siddhis en un gesto paternal y la miró a los ojos directamente.

-Y también sé que quieres ver al maestro Yoda-

-Yo no quiero eso...-

-Pero deberías quererlo- le dijo con una sonrisa –Antes de que se vaya a Kashyyyk-

Y como había pedido a la Fuerza una señal y era demasiado receptora como para no verla, tras un musitado “gracias, maestro” se dio media vuelta para ir tras Yoda.

Lo encontró en la sala de meditación. Desde el exterior entraban, por entremedio de las persianas que cubrían una ventana, los últimos rayos de un día que moría en medio de una calma aparente, una calma frágil como un cristal, una calma que no convencía a nadie de su existencia.

Al verla entrar, Yoda abrió lentamente sus profundos ojos verdes y con tranquilidad los posó en ella.

-Maestro Yoda, disculpe la interrupción- dijo Siddhis en un susurro.

-Disculparte no debes, la Fuerza hasta aquí te ha traído, conversar conmigo debes-

-Así es, maestro, necesito hablar con usted antes de que parta a Kashyyyk-

Con un ligero ademán de su mano, le indicó a la Jedi que tomara asiento frente a él. Siddhis obedeció.

-Preocupada te siento-

-Sí, estoy preocupada...mucho-

-Siempre viviendo en el pasado o en el futuro estás, nunca en el presente- le dijo Yoda antes de que Siddhis le explicara cualquier cosa.

-Tiene razón, maestro, toda la razón del mundo, por eso he venido, porque las visiones que comencé a tener hace algún tiempo han ido intensificándose, vienen a mí a cada momento. Camino por los pasillos del Templo y veo muerte por doquier, veo cuerpos de Jedi cercenados, mutilados, veo Coruscant destruida, veo todo por lo que vivimos y luchamos desapareciendo ante mis ojos sin que yo pueda hacer nada- la voz de Siddhis se había convertido en un susurro, era como si no quisiera contaminar con ella el agradable clima de meditación que rodeaba esa sala.

-Esas visiones que tienes ¿a ti te incluyen?-

-No, maestro, sólo veo lo que hay a mi alrededor-

-Tu mente debes calmar, así como tu corazón y tu ansiedad. Los Jedi en la paz su vida hacen, entrenarte para vivir en el presente debes-

-¿Y las visiones?-

-Con el tiempo pasarán, el futuro escrito no está pero sí determinado por el presente. De este presente el futuro nace, así que por el hoy debemos trabajar. Dejar ir el miedo debes, la Fuerza siempre contigo estará, sin embargo, a tu maestro ir debes dejar, parte de la Fuerza él ya es, su parte en esta historia acabó, pero la tuya...- movió su mano verde apuntándola con delicadeza –la tuya comenzando está-

Escucharlo hablar, sumirse en sus palabras era como zambullirse en un mar de tranquilidad indescriptible, un bálsamo necesitado por la atormentada alma de Siddhis Bellatrix.

-El maestro Dyas me enseñó a nunca rendirme-  
-Pero no a costa del bien común. A él mucho te pareces, su fuerza tienes, sus ganas, su talento. También cosas extrañas en su tiempo vio él y tratando de todo solucionar él murió y lo mismo no debes hacer-  
-No es mi muerte la que me preocupa, maestro-  
-Hace muy poco un Jedi a mí con un problema similar también vino, dejar que tus sueños te consuman no debes-  
-Lo sé, maestro, lo sé, es sólo que hay una oscuridad muy grande sobre nosotros y parece que la mayoría no puede o no quiere verla-  
-Cuando eso sientas buscar paz deberías, no dejarte llevar por las emociones, nunca dejarte llevar por las emociones-  
-El sólo hecho de hablar con usted me ha dado paz- y Siddhis no mentía, haber hablando con el maestro Yoda había aclarado sus pensamientos y la había despejado por completo. Ahora sabía lo que debía hacer.  
-Que volverás a los Bajos Mundos a buscar la pista del Sith yo sé, pero un enemigo muy superior a ti él es-  
-No pienso enfrentarlo, no soy tan altanera, pero creo que esta guerra acabaría muy rápido si lo tenemos identificado-  
-Una ventaja indescriptiblemente importante eso sería- dijo Yoda pensativo –Además la Fuerza quiere que hacia los Bajos Mundos tú te dirijas-  
-Eso haré-  
-Saber tienes que esta misión secreta es incluso para otros Jedi, sola debes ir y cuidarte debes-  
-Sí, maestro-

Posó los ojos azules en los verdes de él y una vez más una extraña visión de que no volvería a verlo la inundó, sin embargo, la hizo a un lado, si ella moría en los Bajos Mundos sería por una causa que lo ameritaba, sólo esperaba no morir antes de cumplirla.

-¡Qué la Fuerza lo Acompañe, maestro Yoda!- le dijo mostrando en su voz las renovadas fuerzas que la llenaban.  
-La Fuerza contigo está, Siddhis Bellatrix, siempre estará-

Y con una sutil reverencia de respeto y cariño y una última mirada salió del salón.

## CAPÍTULO X

### EL RASTRO DEL SITH

Volver a internarse en aquellos pasadizos abandonados le pareció atractivo y extraño a la vez. Mientras recorría el Templo por última vez y disfrutaba de sus pisos lustrosos y su aura de tranquilidad, fue cerrando poco a poco su corazón y sus sentimientos a la oscuridad a la que se vería enfrentada.

Los Bajos Mundos de Coruscant era una zona abandonada por la civilización que flotaba en la belleza del cielo del planeta capital. Era una zona raramente visitada por las personas de bien que vivían en Coruscant y no existía transporte tildado de decente que se arriesgara a dejar o tomar pasajeros en los Bajos Mundos, por ningún motivo y por ningún dinero.

Bien podía ser descrito como un antro de la peor calaña donde no existían la ley ni el orden, pero Siddhis sabía que allí había algo más que parásitos de la sociedad civilizada, más que asesinos y prófugos de la justicia, más que la mafia peligrosa que regentaba el lugar. No, era mucho más que eso y mucho más peligroso, sobretodo para una Jedi como ella: el lugar apestaba al Lado Oscuro, cada rincón, cada suciedad, cada persona estaba infectada con algo peor que una enfermedad venérea o el humo nocivo y espeso que aún brotaba de las abandonadas fábricas que allí se encontraban, todo, absolutamente todo lo que se encontraba en los Bajos Mundos estaba contaminado con la Oscuridad, la maldad y la seducción de un lugar en el que a pesar de haber estado lejos por algún tiempo, Siddhis nunca había dejado de estar.

Después de haber vuelto la primera vez, la Jedi había tenido que limpiar toda su energía de esa oscuridad aterradora y atractiva. Siddhis se hacía poderosa en él, sus sentimientos más profundos a floraban y, a pesar de debilitarla más que nunca, ella se sentía fuerte, con la fortaleza rápida y efímera del Lado Oscuro. Había sobrevivido y se había limpiado de él a pesar de haber estado expuesta a esa oscuridad más de lo que cualquier Jedi hubiera podido estar, lo cual había sorprendido incluso al mismísimo Yoda, pero ella sabía que después de su estancia en ese lugar nunca había vuelto a ser la misma. Nunca.

Volver era peligroso como ningún otro reto enfrentado para ella, sobretodo ahora que sus emociones parecían brotar en forma de visiones que muchas veces nublaban sus días y ennegrecían sus noches, sobre todo ahora que el Señor del Sith estaba más presente que nunca, sobre todo ahora que parecía no esconderse de nadie. Su presencia era evidente en cada rincón de Coruscant y con mayor razón en los Bajos Mundos.

Y sin más ni más que una última mirada al Templo, Siddhis Bellatrix, con la sola compañía de su sable láser y algunas provisiones, se adentró en las tristes calles de la zona llamada “Los Talleres”.

Caminó con paso lento por las sucias calles, el capuchón ocultaba gran parte de su rostro de las miradas escudriñadoras de los peligrosos habitantes del lugar.

La noche había caído sobre Coruscant y la luz de la bella ciudad despierta día y noche no llegaba a Los Talleres, no, no había luz capaz de tocar los Bajos Mundos ni física ni del espíritu.

Varios alienígenas pasaron por su lado, uno de ellos, un rodiano de aspecto rudo, dentro de lo que un ser de verdosa piel escamosa y grandes ojos negros podía aparentar, la quedó mirando con descaró, pero pasó de largo igual que los otros. Siddhis respiró

profundo, no llevaba más de dos horas deambulando por esas calles y no tenía intenciones de buscarse problemas de manera tan anticipada.

No obstante no tardó en sentir que la seguían. Miró disimuladamente hacia atrás, pero no vio a nadie.

Tiendas y edificios abandonados pasaban por su lado, edificaciones de cuando esa parte de la ciudad era próspera y esas calles eran un hervidero de vida. Ahora algunos se habían convertido en sucursales de la mafia que controlaba esas calles y otros eran cantinas de malísima muerte. Y allí, en esas edificaciones el oscuro Señor del Sith había entrenado a su aprendiz el Conde Dooku. Lo había tenido frente a ella la última vez y no había logrado descubrirlo, en esas mismas edificaciones había sido entrenado también Darth Maul el sith que había matado al maestro Qui-Gon Jinn, ahora más que nunca le parecía tan claro, era como si el velo que le tapaba los ojos hubiera desaparecido de un momento a otro.

Detuvo súbitamente su andar frente a la entrada de un edificio, desde el interior brotaba una luz rojiza y una música tosca llegó hasta los oídos de Siddhis “Excelente, tal como te dejé” pensó, esbozando una media sonrisa. Llevó su mano al sable que pendía escondido de su cinturón, dio un hondo suspiro y entró.

Tuvo que acostumbrar su vista al ambiente rojizo que se vivía en el interior, el olor a trago barato y secreciones corporales parecieron un gas tóxico que revolvió su estómago al igual que la primera vez que lo había sentido. Dio un vistazo panorámico a la cantina de mala muerte, aunque la denominación le quedara grande: varias mesas toscas y sillas para el que las consiguiera, una barra atendida por un extraño cantinero de fiero y grueso aspecto y cuatro brazos que salían de un cuerpo rechoncho y grasoso, el único ojo que le quedaba, de tres que alguna vez había llegado a tener, la miró desde el primer momento en que puso un pie dentro de su local. Varias hembras de diferentes especies y para todos los gustos se paseaban por entre las mesas y los ebrios parroquianos buscando un cliente o dos. Algunos de los clientes la miraron entrar, otros estaban demasiado ebrios u ocupados con alguna chica como para hacerlo.

Por supuesto, Siddhis se mostró despreocupada y en confianza con el lugar, aunque en su interior sabía que no lo estaba. Había olvidado ya la verdadera naturaleza de esos antros de mala clase, había llegado un momento en su anterior incursión en que había llegado a acostumbrarse a ellos, pero hacía tiempo de eso.

Caminó con paso lento pero seguro hasta la barra. El extraño cantinero de piel blanquecina la miraba insistentemente, pero a Siddhis no parecía molestarle. Se posó frente a él y lo quedó mirando con toda la intensidad de sus ojos azules.

-No te había visto por acá- le dijo en la lengua común, aunque con un marcado acento extranjero.

-Debes ser nuevo, yo solía venir aquí, así que no te preocupes no haré escándalos en tu local- le dijo ella, su voz era suave pero parecía una orden que el cantinero no pudo dejar de cumplir.

-¿Qué se te ofrece?-

-Busco a Neiker Frieman- le dijo apoyando sus manos enguantadas sobre el mugroso mesón –Sé que anda cerca, debes ayudarme- hizo un ligero ademán con su mano de uñas negras, tratando de manipular la mente del cantinero para que le ayudara sin demoras de batallas dialécticas.

-Me encantaría, forastera, pero los que lo conocemos sabemos que no se ubica a Neiker Frieman, él te ubica a ti, no sé donde está-

-Entonces no te importará que lo espere en una de tus mesas-

-Debes beber algo si quieres esperar acá-

Siddhis asintió con la cabeza y el cantinero preparó con la ayuda de sus cuatro brazos un pequeño vaso con un líquido azul fosforescente y se lo extendió a la Jedi. Siddhis lo tomó pero el cantinero no lo soltó. Se acercó a ella todo lo que su ancho cuerpo le permitió y la quedó mirando fijo con su ojo bueno.

-Eres una mujer muy bella, forastera, deberíamos hacer negocios-

Lejos de intimidarse, Siddhis le sonrió sugerentemente.

-¿Quién te dijo a ti que yo quería hacer negocios contigo?-

-Ve a mis chicas, les pago muy bien, y a una hembra humana con esos ojos azules como tú le pagaría mucho mejor-

-No estoy interesada en tus negocios, no soy esa clase de chica, además tengo mis propios asuntos por atender-

Con un preciso y único tirón, Siddhis liberó el vaso de las manos del cantinero.

-Me gusta tu estilo, no olvides mi oferta-

Siddhis le hizo un guiño de complicidad y se dispuso a ir a buscar un asiento en medio de la podredumbre humana que llenaba el local.

-¡Y considera el trago como regalo de la casa!-

-¡Pues gracias!-

Quizás en otro sitio lo habría asustado con un par de mandobles de su sable y luego habría terminado su lección con la hoja azul de su sable en el cuello del cantinero, o lo que eso que tenía entre la cabeza y los hombros fuera, pero no podía darse ese lujo, quería llamar lo menos posible la atención, además las relaciones interpersonales en los Bajos Mundos se llevaban de distinta manera.

Se sentó en una mesa que estaba en una de las esquinas del lugar, dejó el trago a un lado, no tenía intenciones de beberse. Ahora debía esperar, Neiker Frieman la buscaría en cualquier momento.

Centró su mente, mientras se convertía en la observadora que siempre había sido. Lejos de juzgar a las personas que componían el panorámico cuadro que deleitaba a sus ojos, Siddhis se preguntó qué clase de experiencia traumática llevarían a un ser pensante a terminar frecuentando aquellos lugares y viviendo en esas condiciones. Y no juzgaba porque ella misma era una de esas criaturas que habían sido llevadas a los Bajos Mundos por el Destino quebrado por una experiencia traumática: en su caso había sido la muerte de su mentor, pero entre esas cuatro mugrosas paredes bullía un mundo de historias, tristezas, alegrías, miedos, frustraciones, anhelos y esperanzas. Cada una distinta de la otra, cada una valía para la Fuerza tanto como la del más sabio de los Jedi. Miró a las hembras de varias especies paseándose por entre las mesas y se preguntó si cabía la posibilidad dentro del camino de su vida que las cosas hubieran sido diferentes, que los papeles se hubiesen invertido. La posibilidad estaba, todas las posibilidades estaban.

¿Pero eran dignos los Jedi de la envidia de la Galaxia? Tal vez no, tal vez miles de seres se levantaban cada día y agradecían no haber sido un Jedi tal cual como ella ahora agradecía no haber sido una de esas mujeres, tal como ella agradecía no ser una

senadora ni ser Anakin Skywalker con el peso de una Profecía sobre sus jóvenes hombros. Y tal vez él pensara lo mismo de ella, tal vez el resto de los Jedi agradecieran no ser ella, no ser Siddhis Bellatrix la Jedi que ha dedicado su vida a una causa pequeña como la muerte de un hombre, que ha dedicado su vida a analizar a todo el mundo, incluso a si misma.

Pero el submundo en el que se encontraba tenía esa influencia en ella y de seguro en cualquiera de sus colegas. El Jedi vive en la certeza, vive en la sabiduría, vive con la convicción del deber, pero el Lado Oscuro que se respiraba en cada rincón de esas sucias calles, en cada forma de vida frustrada y triste; era una oscuridad profunda, y Siddhis tal vez había vivido demasiado tiempo en ella.

Despejó su mente y respiró hondo, por lo menos aún podía manejar a gusto sus emociones, así que se tranquilizó y volvió todas sus energías a tiempo presente, pero algo más que su mente la trajo al ahora, una extraña presión sobre su espalda la sacó de sus reflexiones en un abrir y cerrar de ojos.

-¿Qué hace una mujer como tú en un lugar como este?- la voz masculina sonó muy cerca de su oído, sin embargo, Siddhis no se movió, era como si nada estuviera pasando, sin responder a la pregunta cargada de ironía.

-Me pagarían muy bien en la Mafia por llevarles a una Jedi-

-Sabes muy bien que eso no sucederá- contestó ella.

-¿Puedo saber por qué no?-

-Porque con un solo movimiento te desarmo y te mato si lo intentas-

Siddhis dejó de sentir la presión en su espalda de lo que podía ser el cañón de un bláster.

-Dichosos los ojos que vuelven a verte, Siddhis-

-Podría decir lo mismo, Neiker, pero aún no estoy tan segura-

Neiker Frieman era un respetado caza recompensas que se había forjado una fama haciendo “trabajitos” de dudosa reputación para la Mafia que dominaba ciertos sectores de los Bajos Mundos. Su edad oscilaría entre los treinta o treinta y cinco años estándar, aunque una vieja cicatriz que le cruzaba el lado derecho del rostro y la vida extrema que llevaba lo hacían parecer un poco mayor. Tenía el cabello negro que le llegaba hasta los hombros, los ojos color miel y un cuerpo fornido y musculoso. Durante el tiempo que Siddhis había pasado en los Bajos Mundos la primera vez, Neiker la había ayudado mientras seguía pistas y resolvía enigmas. Siddhis confiaba en él ciegamente y él le había demostrado con creces que era una persona de confianza, por lo menos para ella y aunque su vida no fuera sinónimo de virtuosidad ni ejemplo, este mercenario que se había acercado a ella por recomendación de otro caza recompensas amigo de él y al que Siddhis no conocía, había sido un apoyo incondicional durante sus momentos más duros. No obstante, esta vez parecía distinto, no sabía decir con certeza por qué, tal vez fuera porque sus sentidos parecían ser más agudos. Neiker nunca la había traicionado y se reprochó a si misma haberse convertido en una mujer desconfiada y recelosa.

Se sentó frente a ella y la quedó mirando mucho rato, sin sacarle la vista de encima.

-Sabía que vendrías-

- ¿Creíste que me lo perdería? Jamás, pensé que no volvería a verte, Siddhis, y ya que estás acá podrías darme el beso que me prometiste y nunca me diste- sonrió lascivo.
- Nunca te prometí un beso, así que no me vengas con tus cuentos, jamás te prometería algo que no puedo cumplir y sabes que yo no te daré un beso ni antes ni ahora ni nunca-
- Si es por tus amiguitos Jedi y sus códigos moralistas, ellos jamás se enterarán, podría ser nuestro secretillo ¿qué te parece?-
- No es el Código, aunque no existiera el Código, sólo no se me apetece ¿de acuerdo?-
- Leo en tus ojitos azules que estás mintiendo, cariño, estás loca por mí-
- ¡Ya basta, Neiker!- le dijo seria –Y no me vuelvas a llamar cariño, primera y última advertencia-
- Bueno, bueno, no es para que te enojés, en todo caso, tú te lo pierdes-
- Me imagino- contestó sarcástica.

El Cantinero observaba de reojo con su único ojo bueno, parecía no querer perderse de nada de lo que pasaba en su local, pero Siddhis sabía que no era de cuidado, en ningún momento se le pasó por su mente estrecha que la enigmática forastera fuese una Jedi.

- Bueno, hablando en serio ¿a qué has venido? Sabes perfectamente que no encontraremos más pistas de las que hayamos la primera vez-
- No vengo a buscar pistas por lo de Sifo, mi misión ahora es mucho más importante, el Oscuro Señor del Sith se esconde en estas calles, acá entrenó a todos sus aprendices, vengo a buscarlo a él-
- Es demasiada ambición, sólo los altos miembros de la Mafia conocen ese tipo de cosas que quieres saber y a ellos ni yo los conozco-
- No es ambición, esto es algo que podría acabar con las Guerras Clon, esta vez no puedo fallar ni irme con la mitad de la información. Es todo o nada-
- Siddhis, esta vez será nada, lo que quieres tomaría mucho tiempo, deberías convertirte en parte de la Mafia y no cualquier miembro; tendrías que llegar a lo más alto. Es eso o un escándalo de proporciones descomunales-
- Ni lo uno ni lo otro-
- Entonces no sé como ayudarte-
- ¿Cómo supiste que había vuelto?-
- Tengo ojos y oídos en muchas partes-
- Entonces que esos ojos y oídos me ayuden a mí también, sabes que la paga es buena, la primera vez fui generosa-
- Jamás lo he negado-
- Esta vez lo seré aún más si tenemos éxito-
- Eso más un beso-

Siddhis hizo un gesto negativo.

- No puedes estar hablando en serio-
- Lo estoy-
- No lo haré, y esa es mi respuesta definitiva, si no quieres no me ayudes entonces-
- ¿Por qué no? Si conseguimos la información estarías en los anales de tu orden y te convertirías en una heroína recordada por los siglos de los siglos-
- ¿Crees que lo hago por fama? No me conoces al parecer-
- Desdeñosa Jedi, crees que estás por sobre los sentimientos humanos-

-¿Qué quieres de mí, Neiker?- la voz de Siddhis sonó cansada de la conversación que no los llevaba a nada.

-Que admitas que te gusto un poco, dímelo mirándome a los ojos y no te molesto nunca, nunca más-

-Me caes bien-

-Insuficiente-

Neiker rozó con suavidad la mano enguantada de Siddhis que estaba sobre la mesa, luego la tomó sin escrúpulos. Pero Siddhis en un movimiento casi imperceptible tomó con fuerza la muñeca de Neiker y lo atrajo hacia si con brusquedad.

-Me caes bien, Neiker Frieman, pero si vuelves a tocarme te juro por lo más sagrado que te mato. No vuelvas a tocarme nunca más y termina con el tema del beso que ya me está dando jaqueca ¿Quedó claro?-

Neiker asintió y Siddhis lo liberó.

-No es necesario que te pongas brusca, mira que no por nada soy el caza recompensas más respetado de los Bajos Mundos-

-Entonces no hagas que te pierda el respeto. Además no te estoy obligando a ayudarme, puedes decirme que no y yo buscaré y encontraré la forma de cumplir mi deber, pero te perderás una suculenta suma de dinero-

-Estás muy equivocada conmigo, lo haré pero no por el dinero-

\* \* \*

Neiker Frieman vivía junto a una reducida banda de criminales amigos en un edificio abandonado lejos de la cantina donde se habían reunido, así se lo había explicado él en su primera misión en los Bajos Mundos, sin embargo, esa vez no los había conocido en persona.

El lugar no era más sofisticado que algunas paredes sin ningún sistema de cerrado de puertas ni de ventanas, algunas mesas, unos colchones donde dormir, unas mantas, una buena fogata y un arsenal que sobrepasaba todo lo visto por Siddhis en sus aventuras por la gran Galaxia que los acogía.

Aquel lugar alguna vez había sido una próspera fábrica de droides, un lugar muy bello y de mucho estilo. Hoy por hoy sólo quedaban las ruinas de la gran estructura que alguna vez fue, antes de que todo se trasladara al espacio exterior.

Siddhis caminó en medio del silencio sepulcral y la oscuridad reinante de lo que alguna vez había sido el lobby junto a Neiker. Los pisos aún conservaban algo de su antigua magnificencia, pero era lo único que reflejaba lo que ese edificio había sido. Antes de que la pandilla de Neiker se tomara la fábrica como su sede, el lugar había sido saqueado ya muchas veces, por ende lo único de valor que aún quedaba eran las paredes que los acogían y los protegían de la noche oscura y de los gases que aún salían de ciertas ruinas de algunas factorías.

-Bienvenida a mi humilde hogar-

-Gracias-

-¡Qué bueno tener la oportunidad de que conozcas a la pandilla! la primera vez no tuvimos ocasión, pero bueno, ahora que las circunstancias lo permiten debemos aprovechar. Demás está decir que a pesar de lo que puedas sentir, son todos de

confianza plena y te ayudarán como si fuera yo mismo, así que no tienes de que preocuparte, por el tiempo que dure tu loca misión serás considerada una más de nosotros-

-Gracias, Neiker, talvez consiga que tú también estés en los Anales del Templo-

-Con que me tengas en tus recuerdos...-

-Siempre has estado allí-

-Pero no como yo quisiera-

-Sabes que no puedo-

-Lo sé, lo sé- dijo con algo de nostalgia –No te gastes en explicarme-

Pero las razones de la nostalgia de Neiker eran distintas a las que la Jedi creía percibir. Un oscuro secreto le estaba partiendo el alma en dos. Lo que ella estaba buscando esta vez sobrepasaba con creces todo límite de lo racional y permitido. El líder de la Mafia no podría ni se permitiría hacer la vista gorda. No esta vez, no es estas circunstancias.

Llegaron a la sala que seguía al lobby, una gran fogata iluminaba la estancia con los colores de un fuego cálido que pintaba anémicamente los rostros de los seres que componían la pandilla de Neiker.

Allí estaba el rodiano que había visto pasar a su lado en las calles antes de entrar a la cantina, por supuesto la mujer supo inmediatamente cómo y a través de quien Neiker se había enterado de su llegada a los Bajos Mundos. También estaba una hembra twilek muy hermosa de piel azulada muy parecida a la maestra Aylaa Secura, un niño de cinco años de cabello negro y una piel muy blanca, y un hombre alto y muy musculoso de cabeza rapada y unos feroces ojos negros. Todos la miraron con curiosidad al entrar, pero al ver que venía junto a Neiker dejaron toda hostilidad de lado.

-Bueno, mi querida pandilla, les traje una sorpresa. Ella es Siddhis, la amiga de la que les hablé hace algún tiempo-

-Ella es la señora que tiene un sable láser Jedi- exclamó el niño muy emocionado, su carita se iluminó cuando Siddhis asintió.

-Sí, Rayly, es ella y se viene a quedar con nosotros por un tiempo; ella será nuestro huésped de honor, así que hay que tratarla como si fuera una de nosotros-

Siddhis se enteró entonces que la twilek se llamaba Ulnya y que era una especie de aprendiz de caza recompensas, que el rodiano se llamaba Bhreedo, que el hombre rudo era traficante de armas y se llamaba Alck y que el niño llamado Rayly había sido adoptado por Neiker cuando este tenía a penas un mes de edad y él había matado en una riña a su verdadero padre y su madre. Neiker no había resistido el cargo de conciencia y le habría pedido a la Mafia que se lo dieran para criarlo. Obviamente, según le confesó después Neiker, Rayly creía que sus padres habían muerto en un accidente.

-Bueno, mi querida amiga, esta es la pandilla, mi familia-

-Muchas gracias por abrirme tu mundo, Neiker, estaré eternamente agradecida-

-De nada- le dijo él y le dedicó una sonrisa fraterna y sincera, que Siddhis agradeció con toda su alma. Los Jedi podían ver más allá, pero lo más importante era poder ver las cosas más simples y para una observadora como ella un detalle como esa sonrisa podía iluminar su día más que la luz de cualquier sol de la galaxia.

Se acomodó en una de las esquinas de la estancia y apoyó su cuerpo en una de las paredes, sacó de su cinturón el *datapad* que todo Jedi llevaba y con un susurro, para no perturbar el sueño de ninguno de los presentes, plasmó su voz para los registros Jedi.

-Ha sido un día difícil este, mi primer día del retorno a los Bajos Mundos, el Lado Oscuro parece a cada momento más espeso en el ambiente y eso perturba mis pensamientos y mis sentimientos. Espero que esta misión acabe lo antes posible, no sé si podré resistir mucho tiempo el peso de esta oscuridad. Pero no tengo miedo y lo digo en serio, no como una frase aprendida de memoria que he de repetir para autoconvencerme. No, no tengo miedo de esta oscuridad ni de nada de lo que aquí pueda pasarme. Paradójicamente, acá me siento segura. Desde que llegué acá las visiones desaparecieron. Es extraño, pero estoy mejor sin ellas. Espero que sea porque la historia está cambiando y estamos a punto de descubrir quien es el Oscuro Señor del Sith. Su presencia es como un hedor que lo llena todo, sólo tengo que seguir el rastro para llegar a él. Se me pasa por la mente que es como si quisiera que lo encontrarán, como si quisiera mostrarse ya, cansado de estar tanto tiempo oculto entre las sombras de estos parajes infernales. Una parte de estos parajes infernales viven en mi alma como una cicatriz de guerra y no dejo de pensar que todos los acontecimientos acaecidos desde hace más de diez años: Todos, me ha llevado hasta acá, hasta este preciso instante, da para pensar... siento la voz de Kudan en mi cabeza diciéndome que los Jedi no analizan porque tienen certeza de las cosas, pero él no ha estado en este Infierno, él no ha sentido este nivel de oscuridad, él, ni ningún otro, saben que estar aquí es respirar en cada rincón el tenso olor de la duda y la desesperación de todos y cada uno de los seres que moran en este agujero. Pensar y analizar son las únicas cosas que me mantienen cuerda, son las únicas cosas que me recuerdan que llevo aquí un día y no toda la vida, que mi mundo no es este, que soy una Jedi y que amo serlo, que es mi esencia misma, que no quiero ser otra cosa, que nací para esto. Los Bajos Mundos provocan esos cuestionamientos... Espero salir pronto de aquí, espero que esta guerra acabe y que las cosas sean como deberían ser, sin embargo, la Galaxia es como yo, aunque salga de este lugar y aunque acabe la guerra, nunca volveremos a ser las mismas. Un día es suficiente para que un Jedi se contamine en este lugar horrendo, así que por mi bien y más importante que eso, de la misión, espero que todo salga tal cual lo espero-

Día y noche... Siddhis no parecía ver la diferencia entre uno y otra, un poco más de luz era lo único que mostraba que Coruscant se disponía a despertar.

Había dormido poco y mal. Sus pensamientos parecían alterados y sentía como si llevara muchas, muchas noches sin dormir. Miró a su alrededor, sus compañeros todavía dormían, así que cerró los ojos e imaginó el bello y colorido amanecer que sería en el Templo, con la luz dorada pintando suavemente cada uno de los pasillos y habitaciones limpias y relucientes del que era su hogar.

Trató de meditar un poco también, pero no lo consiguió, dudaba que pudiera meditar alguna vez en ese lugar, menos cerca de un sith. Porque sabía que estaba cerca, podía sentirlo.

Una mano en su hombro la obligó a abrir los ojos.

-Es hora- le dijo simplemente su amigo el mercenario. El resto seguía durmiendo.

Siddhis asintió y sin más, se puso de pie de un salto.

- ¿Iremos solos?-
- Sería mucho más peligroso si fuéramos todos-
- Entiendo-

Caminaron por las callejuelas del submundo hostil que los cobijaba. Neiker iba muy silencioso y la Jedi tampoco hacía demasiados esfuerzos por comunicarse con él, de todas formas veía lo que había en su corazón con la misma facilidad que veía los suyos. O por lo menos eso creía.

Pronto las calles se hicieron más angostas y más sucias. El peligro parecía brotar de cada rincón, pulular como pus de una herida. No era nada agradable y Siddhis debía hacer grandes esfuerzos por mantener la mente clara y despejada, porque no sólo peligro y rabia rodaba por esos caminos, sino que también mucho dolor y sufrimiento, el sufrimiento de cientos de almas abandonadas de un sociedad que se había vuelto clasista y despreocupada, que había dejado que aquel lugar se convirtiera en el nido de ratas que hoy era.

- Este hombre que conoceremos, Neiker, ¿es confiable?-
- Lo es-
- ¿Y tú lo eres para mí?-

Neiker detuvo su caminar y la miró de frente.

- ¿A qué te refieres?-
- Quiero que me digas si puedo confiar en ti-
- ¿Por qué me preguntas eso?-
- Porque no estoy tan segura-
- No estás viendo claro al parecer-
- Espero que no-

Siddhis sentía desconfianza de Neiker, porque también podía leer miedo y pena en él, pero también sabía que el contacto que verían tenía información muy importante que ella y los Jedi necesitaban, debía arriesgarse, debía conseguir esa información.

Pronto dieron vuelta y se encontraron en un callejón sin salida que formaban algunos edificios abandonados. La oscuridad era espesa, sólo vencida por algunas luces de neón de un anuncio de una casa de mala reputación, por llamarlo de una manera eufemista.

- Vaya, ¿dónde me llevas?-
- No te preocupes, Siddhis, aquí nos citó el contacto-
- Cada uno de los lugares que visito es peor que el anterior-
- Nosotros sí sabemos superarlos-

Entraron al lugar, lo que antes era un pequeño almacén de abastecimiento, hoy se había convertido en un “flamante” cabaret y prostíbulo.

A nadie le extrañó ver a Neiker entrar con una chica, aunque varias se extrañaron porque no les parecía conocida y además usaba demasiada ropa.

- No me gusta con lo que me está confundiendo esta gente, Neiker-
- No te preocupes, será poco el tiempo que permaneceremos en este lugar-

El local no era más grande que la cantina de mala muerte donde se había encontrado con Neiker, pero sí su hedor era bastante peor, además de ser más oscuro. La clientela era aún más peligrosa y las “muchachas” andaban prácticamente desnudas.

-Hola, Neiker- la dulce voz femenina sonó tras ellos, Siddhis llevó instintivamente la mano al sable que pendía de su cinturón, por esos días más camuflado de lo normal – Veo que ya me cambiaste-

Ambos se dieron media vuelta y se encontraron frente a frente con la figura de una hembra humanoide muy parecida a Siddhis sobretodo en sus ojos azules intensos. Era hermosa, más alta que Siddhis y sus movimientos era sinuosos y bien estudiados. Usaba una especie de gasa semitransparente color rosa sobre todo el cuerpo y nada más, además de algunos tatuajes que cubrían su cuerpo. Tendría que ser Mirialiana al igual que Siddhis, pero su piel era verdosa como la piel de la maestra Luminara. La piel de Siddhis era prácticamente humana, puesto que según lo que le había contado su maestro, el padre de ella era un granjero humano oriundo de Dantooine, de no ser así, Siddhis jamás podría haber sido *padawan* de Sifo Dyas, ya que un precepto de Mirial obligaba a los Jedi a entrenar *padawan* mirialianos con maestros mirialianos.

-Estás cada día más hermosa-

-Gracias, pero eso no evita que me hayas tenido abandonada todos estos meses, aunque ahora entiendo el por qué-

Miró a Siddhis de arriba abajo.

-Si es por mí, señorita, puede quedarse con él- le dijo Siddhis.

-Gracias, pero no necesito tal gentileza de su parte, señorita Jedi, porque cuando quiero a un hombre lo tengo-

-Bien por usted-

-¿Puede usted decir lo mismo?-

-Cuando quiera un hombre lo tendré, pero lamentablemente para ellos no los quiero de esa forma-

-Había olvidado sus ideales Jedi- dijo con desprecio.

-¿Y en un lugar como este hay alguien que sepa siquiera cuáles son?-

-Sé más cosas de las que crees-

-Bien por usted, pero creo que esta interesante conversación se ha de terminar acá porque tenemos otros asuntos que atender-

Siddhis se dio media vuelta, dispuesta a salir de ese horrible y apestoso lugar, pero la voz de Neiker la detuvo.

-¡Siddhis!-

La Jedi se dio media vuelta y sin decir palabra lo miró fijamente, esperando lo que él tuviera que decir.

-Nuestros asuntos tienen que ver con ella-

Ramya, porque así se llamaba la Mirialiana, los condujo a su habitación que estaba en un nivel superior del edificio. El lecho desordenado y el olor a trago barato les mostraron que la habitación hacía poco había tenido algún visitante.

Siddhis se apoyó en una de las paredes y Neiker se sentó en el lecho junto a Ramya.

-Lo que quieren saber tiene un precio elevado- advirtió la mujer.

-Tenemos el dinero que pides por lo que nos vas a decir ¿verdad?- Neiker miró de soslayo a la Jedi que asintió levemente. -Pero dependiendo de lo que nos digas el precio bajará y se convertirá en la mitad si lo que nos dice lo sabemos-

-¿Y si no lo saben y me mienten para pagar menos?-

-Tiene mi palabra, eso bastará- intervino Siddhis.

-¿De qué puede valer tu palabra, amiga mía? Sin ofender, tu palabra me importa desecho de bantha, necesito garantía-

-Mi palabra es suficiente garantía-

Siddhis movió imperceptiblemente la mano y por una razón inexplicable para Ramya, de pronto la palabra de esa extraña era la garantía que necesitaba.

-Tu palabra es suficiente garantía para mí-

Neiker sonrió para sus adentros. Había visto a Siddhis utilizar la Fuerza y nunca dejaba de sorprenderse incluso si el truco fuese tan pequeño como ese. Pero siempre se preguntaba si Siddhis lo había usado contra de él alguna vez.

-Entonces, Ramya, somos todo oídos- le dijo Neiker.

-Hace algún tiempo conocí a uno de los seres que trabajan en la Mafia que rige este lugar y este hombre me contó en su borrachera que en un edificio de la zona llamada La Zona Muerta de Coruscant, específicamente el edificio de lo que alguna vez fue la Fábrica Dacho, un hombre llamado Darth Tyrannus, el que hoy es conocido o era conocido como Conde Dooku, estaba siendo entrenado por su maestro sith y que pagaban a la Mafia para que esta información no fuera divulgada y todo se mantuviera en secreto. Si van allá encontrarán las pistas que andan buscando. Pero debo advertirles que el lugar está vigilado por miembros de la Mafia y que matan a cualquiera que ose tratar de acercarse o incluso a averiguar más de la cuenta, además de todo lo que he dicho, el sitio se considera maldito- la voz de la mujer estaba traspasada por un miedo que Siddhis pudo percibir como si fuera de ella. -No sé por qué razón intentan averiguar todas estas cosas ni quiero saberlo, tampoco quiero saber quién es esta extraña mujer que te acompaña, Neiker, sólo les digo que ustedes no me han visto y yo no los he visto a ustedes-

-Me parece justo ¿Qué crees Siddhis?-

-Dale el dinero y nos vamos-

-Pero les advierto y no digan que no les advertí: Hace siete siglos en esa fábrica ocurrió el peor accidente industrial que se tengan recuerdos, una explosión química en los laberintos subterráneos donde murieron trescientos mil obreros que quedaron atrapados y aspiraron el gas carburo neurítico. Además, las investigaciones posteriores mostraron que parte de la fábrica procesaba fluidos biológicos de manera clandestina. La investigación se cerró pero yo preferiría creer que eso fue cierto. El lugar, después de tanto tiempo, parece seguir infectado de los gases y si creen en fantasmas, incluso si no creen en ellos, pueden toparse con algunos de ellos si pretenden ir para allá. Ese lugar

me parece ser la tumba más grande de toda la galaxia, yo no entraría allí, no cuando tanta gente murió y quedó atrapada en ese horrible lugar-

-¡Ramya, han pasado siete siglos!-

-El tiempo no es importante- fue Siddhis la que acotó esta vez –Por alguna razón ese fue el lugar elegido por los Sith, es un lugar que saben que para un Jedi sería tremendamente nocivo, casi enloquecedor-

-Entonces, no vayas- le advirtió la Mirialiana.

-Debo ir...a eso he venido, pero no puedo decir lo mismo de ti, Neiker, no deberías ir, ya me has ayudado suficiente-

-Iré contigo, Siddhis-

-Si lo que Ramya dice es verdad esto es más peligroso de lo que pude suponer en un principio. Además deberías quedarte y proteger a Ramya, la Mafía puede buscarla por decirnos esta información-

Neiker se quedó pensativo y miró de reojo a Ramya.

-Cuídate, Siddhis-

-Qué la Fuerza los acompañe a ambos-

Siddhis esbozó una ligera reverencia y salió del lugar a toda prisa.

## CAPÍTULO XI

### TRAICIÓN EN DACHO

La fábrica abandonada Dacho ocupaba la mayor parte de lo que se consideraba la Zona Muerta de Coruscant. La estructura era realmente colosal, era más grande que muchas ciudades que había conocido y no era difícil imaginar el ambiente de prosperidad y grandeza que antaño se había vivido ahí.

Ahora estaba todo abandonado, excepción hecha, claro está, de algunos extraños seres, que Siddhis supuso pertenecían a la Mafia, que cuidaban el perímetro de la zona, aunque jamás se acercaban al edificio en si mismo.

No iba a ser difícil entrar, los guardias eran pocos, ningún ser en su sano juicio querría acercarse a semejante y terrorífico lugar.

Un intenso dolor de cabeza la atacó de repente y muchas ganas de vomitar la hicieron presa. El sólo hecho de acercarse a Dacho era un ataque fulminante a su organismo y a su psiquis. Esperaba poder sobrevivir hasta que consiguiera la información necesaria, la información que estaba buscando para el fin de toda la calamidad que estaba pasando en la galaxia. Pero cada paso que daba era un paso más cerca de la autodestrucción.

Cuentos de fantasmas rodeaban el lugar, un aura de dolor intenso y de muerte que hacían presa la titánica estructura eran presagio indiscutido de lo que había en el interior. La mano que llevaba en el sable que pendía de la cintura cayó a un lado de cuerpo sin fuerzas. Cada paso se convirtió en una hazaña y miles de voces venidas de un distante pretérito le llenaron los oídos. Eran gritos, gritos desgarradores, de auxilio, de sufrimiento y de muerte. Siddhis se propuso no tomarlos en cuenta, aunque no sería tan fácil como tratar de olvidarlos nada más, puesto que se hacían más reales y más aterradores en la medida que la Jedi se acercaba al edificio.

El cielo ya se había teñido de negro, aunque las emanaciones venidas aún de Dacho lo teñían de un color anaranjado y rojo.

Caminó sin ser molestada por los seres que cuidaban el lugar, nadie de la Mafia se le acercó, nadie interrumpió su caminar, a pesar de lo confundida que estaba, Siddhis pudo captar lo sospechoso que era aquello, pero era difícil ver más allá, cualquier meditación o intento de contactarse con la Fuerza en ese lugar podría enloquecerla sin remedio. No, debía continuar, debía saber que se tramaba en el interior de esas paredes aunque le costara la vida.

Una gran entrada apareció frente a sus ojos azules antes de que pudiera siquiera imaginarlo. La fábrica se alzaba como un monstruo desde el suelo de los Bajos Mundos; imponente, mortífera, misteriosa y oscura.

Los gritos se hicieron más latentes y Siddhis, en un movimiento reflejo, se llevó las manos a los oídos. Se habían hecho insoportables. La mujer cayó de rodillas al suelo sin poder evitarlo. Ya no podía pensar nada más que en esos gritos, todo en su mente se había borrado y lo único importante era dejar de escucharlos.

Sin embargo, sintió como una mano tocaba uno de sus brazos y los gritos se desvanecieron en un dos por tres.

Lentamente retiró sus manos de los oídos y abrió los ojos. Había alguien a su lado, subió la vista lentamente para encontrarse con el último rostro que alguna vez en su vida pensó en encontrarse.

-¡Maestro!- exclamó, mientras comenzaba a temblar entera.

Sifo Dyas estaba de pie frente a ella.

-No puede ser, usted murió, maestro-

Era el mismo que conoció hacía más de una década, era el mismo que le había enseñado a utilizar la Fuerza, el que le había enseñado el camino de la Luz, al único ser humano en quien había confiado, el único que la conocía tal cual era ella.

Era Sifo Dyas, con su cabello negro y sus ojos verdes. La misma barba decoraba su mentón, la misma dulzura llenaba su mirada. Era él a todas luces, tan real como cuando lo vio por última vez cuando era una niña de 12 años, cuando lo vio partir por última vez con destino desconocido. Era el mismo que había dicho esas palabras que se le habían quedado grabadas en la mente para siempre *“No debes temer, mi queridísima Siddhis, el cambio no siempre es malo. Los antiguos días se esfuman, se desvanecen, el final de una era se acerca y vivirás para verlo”* la niña de ese entonces lo había mirado sin entender, pero presintiendo las miles de contradicciones que surgían en el interior de su mentor *“No entiendo, maestro”* Una caricia en el pelo azabache fue el último contacto físico que tuvo con él *“Llegará el día en que lo entiendas y llegará también el tiempo en que entiendas lo que voy a hacer”* Una sonrisa, un guiño y luego se perdió comido por el hangar del Templo, desapareciendo para siempre de su vida. Hasta hoy.

-No es posible- Siddhis se puso de pie de un salto –No es posible que usted esté acá maestro, simplemente no es posible, nadie puede volver del otro lado de la Fuerza-

Pero era él a todas luces. Y lo único que había añorado por tantos años hacer fue precisamente lo que no hizo: abrazarlo como nunca tuvo la oportunidad de hacer antes de que muriera.

-¿Eres una alucinación, verdad?- preguntó mientras mil recuerdos se venían a su mente, mientras una pena desoladora la hacía presa y una rabia inmensa la dominaba, algo incontrolable y sin precedentes.

La imagen no parecía querer contestar nada, pero le sonreía con cariño, de la misma manera que lo hacía en vida.

-¡Por qué no me contestas! ¡Eres una maldita alucinación!- gritó como nunca lo había hecho, con toda la rabia que en ese momento no quiso controlar. Varias lágrimas salieron de sus ojos y con una fuerza renovada por el odio, sacó su espada de luz y la encendió, llenando el ambiente con su característico sonido.

-¿Qué eres?- le gritó con el sable encendido, amenazándolo.

Y como si de una visión se tratara, Siddhis pudo ver claramente lo que había pasado con su maestro hacía más de diez años atrás.

Lo vio en sus conversaciones con Dooku, luego lo vio en el despacho del Canciller Supremo Palpatine.

Palpatine lo recibió amablemente, sentado en su cómodo sillón en Coruscant, Sifo parecía preocupado, más que nunca.

-Esta es una misión que le encomiendo a usted, maestro, porque sé que es el único capaz de realizarla. Ambos sabemos que la corrupción destruye los mismísimos cimientos de la República y que los Jedi no quieren verlo. Estoy de manos cruzadas viendo como se arma una guerra a mis espaldas sin poder hacer nada por evitarlo. Pero hay una cosa...-

-Dígalo, Canciller, soy el primero en querer ayudar-

-Ambos sabemos que la guerra es inevitable y tal como estamos no podremos defendernos. Lo que sucedió en Naboo es sólo el comienzo de un laberinto de intrigas que nos llevarán tarde o temprano a la guerra civil-

-¿Qué debo hacer?-

-¿Está dispuesto a llevar a cabo una misión secreta incluso para sus camaradas, incluso para su aprendiz?-

-Lo estoy, los Jedi estamos para proteger la República y si es mi deber convertirme en traidor por cumplir esa misión, lo haré-

Palpatine sonrió y juntó sus manos en señal conciliadora.

-Por hacer lo que le pido, de ninguna manera se convertirá en traidor, sino que en un héroe- apoyó los codos en el escritorio y lo miró directamente -Quiero que vaya al planeta Kamino y haga los contactos para la creación de un Ejército-

-¿Un ejército?-

-Los kaminoanos son excelentes clonadores, con ellos tenemos la posibilidad de tener un ejército más eficiente que el droide de la Federación en poco tiempo-

-¿Cuándo podré informar al Consejo de este movimiento?-

-Haga las gestiones lo antes posible, yo informaré al Consejo Jedi, no se preocupe, saque de su mente la palabra traidor, esto no es traición es actuar de manera precavida-

La visión se esfumó y Siddhis volvió a la realidad. La visión de Sifo Dyas también se había esfumado y estaba sola frente a las puertas de la fábrica, su sable de luz brillaba en medio de la oscuridad del lugar.

¿Era real la visión que había tenido? Si era cierto, Palpatine no era quien decía ser. ¿Qué era todo esto? ¿Palpatine era el Señor del Sith que había llevado a la guerra a la República, a través de engaños y políticas oscuras? ¿Había sido él quien había enviado a su maestro a Kamino a encargarse del ejército de clones? ¿O toda esa visión había sido fruto de una mente perturbada por el Lado Oscuro que llenaba aquel horrendo lugar?

Sea como fuere estaba a punto de descubrirlo todo.

Cayó al suelo rendida. Eran demasiadas emociones juntas. Haber visto aunque hubiera sido en una visión a su maestro la afectaba demasiado. Los recuerdos y las emociones encontradas la hacían presa sin piedad. No podía volver a su centro ¿Era realmente que Sifo había vuelto del otro lado de la Fuerza para ayudarla y mostrarle esas visiones? Nadie lo había hecho nunca. ¿Había muerto realmente? Nadie había encontrado nunca su cadáver. O tal vez el contacto con aquella oscuridad le había revelado los secretos del Sith que estaba buscando. Todo y nada era posible. Lo único que restaba era entrar a esa fábrica y averiguar que estaba pasando ¡antes de morir debía saberlo!

Entró despacio. Las voces y los gritos se hicieron enloquecedores y miles de sombras llenaron aquel gran hall que en su mejor momento debió haber sido la cara más bella de aquel misterioso recinto.

Eran sombras que se movían rápido y la confundían, sus voces la enloquecían, pasaban a través de ella, la asustaban. Alucinaciones o no, aquello era aterrador.

Siddhis desenfundó su sable de hoja azul y cerró los ojos, se dejaría llevar por la Fuerza, por muy peligroso que eso fuera en ese lugar, sus sentidos normales le estaban jugando una desagradable pasada.

Y con un grito de guerra interminable, como esfuerzo por paliar aquellos gritos de dolor, Siddhis se lanzó a correr por ese laberíntico lugar con los ojos cerrados y protegiéndose con mandobles tirados a supuestos atacantes que sólo ella podía ver y sentir.

Sentía el Lado Oscuro tan cerca como su miedo, pero contradictoriamente ese miedo la hacía fuerte, más fuerte que nunca, podría haber luchado sola contra todo el Ejército Separatista.

Los movimientos rápidos de su sable hacían parecer que corría dentro de una burbuja azul, sus ojos cerrados no veían nada, pero se dejó llevar por un extraño magnetismo que la jalaba. El Lado Oscuro de la Fuerza la guiaba, estaba peligrosamente cerca de aquella aterrante y seductora oscuridad.

Sólo cuando se acostumbró a la presencia de aquellos fantasmas y sus oídos se habituaron al eco silencioso y aterrador de los gritos del pasado que yacían en las paredes de aquel siniestro lugar, es que Siddhis abrió sus ojos.

Parecía un hangar. Sin darse cuenta había llegado a la parte más alta de la estructura. La luz del exterior se entrometía por la que parecía la entrada de las naves. Caminó un par de pasos que hicieron eco en la soledad del recinto.

Y la respuesta estaba esperándola pacientemente entre esas paredes.

-Descubriste el secreto, Siddhis-

La voz masculina la tomó por sorpresa. El sable se encendió en un segundo en su mano enguantada.

-¡Neiker Frieman!- exclamó la Jedi -¿Qué haces aquí?-

Neiker la miraba solitario desde el otro extremo del hangar.

-Siempre fuiste astuta, pero nunca pensé que serías capaz de llegar hasta este lugar. Tu resistencia al Lado Oscuro de la Fuerza es digna de admiración-

-¿Qué sabes tú de eso?- Siddhis comenzó a caminar pero su sable iba delante de ella.

-Sé más de lo que crees. El Sith nos pagó generosamente por ocultar este lugar, sabía muy bien que algún día llegaría un Jedi a pesar de todo el dolor y la oscuridad que encierra esta fábrica, un Jedi resistente a toda la oscuridad, un Jedi dispuesto a dejar cicatrices imborrables en su propia alma para encontrar la verdad, un Jedi dispuesto a sacrificar parte de su ser con tal de llegar hasta este lugar. La primera vez conseguí alejarte de las pistas y sobretodo de Dacho, creo que esta vez fallé-

Siddhis tragó saliva y miró fijamente a Neiker.

-¿Quién eres?-

-Soy la cabeza de la mafia de este lugar y he protegido este lugar desde que el Sith nos pagó hace muchos años atrás-

La Jedi sonrió irónicamente y exhaló un suspiro.

-¡Qué ciega he sido!- exclamó.

-Menos de los que pensé. No creí que llegarías hasta acá-  
-¿Y todos los miembros de la pandilla? ¿Y el niño?-  
-Te sorprendería saber lo que hace la gente por dinero, ustedes los Jedi no, ustedes se creen incorruptibles, pero están viviendo en un mundo corrupto, por eso pagarán con su exterminio el hecho de haberse quedado estancado en valores pasados-  
-Basta de palabrería barata- ordenó Siddhis. Parecía visiblemente afectada por lo que estaba pasando a su alrededor, por lo cansada que estaba de la oscuridad en que habían vivido los Jedi y encandilada por la luz de una verdad que se acercaba.  
-Te estimo, Siddhis, pero como cabecilla de la Mafia hay cosas que no puedo dejar pasar. Llegaste demasiado lejos, hay cosas que era mejor no saberlas, pero en tu obstinación tuviste que volver a este lugar que no te pertenece a encontrar respuestas que no te incumben. Traté de protegerte, pero has llegado demasiado lejos-

Siddhis lo miró con desprecio.

-¿Qué hiciste con la Mirialiana?-  
-Sabía demasiado y estaba dispuesta a contarlo por dinero. Ya es una con la Fuerza como dirías tú-  
-¡Eres un asesino!-  
-Talvez lo sea. Defiendo mis intereses y mato por ello ¿no haces lo mismo tú en defensa de tu Orden?-  
-Comparas dos cosas muy distintas- replicó no muy convencida.  
-¿Quieres respuestas antes de morir?- ofreció. Era lo único que podía hacer por ella.

Siddhis asintió. Un pequeño sacrificio por su Orden. Pronto sería uno con la Fuerza y la paz se restauraría en la galaxia. Conectó en un rápido movimiento su comunicador para grabar en su diario personal las revelaciones que el traidor de Neiker iba a decirle.

-El Sith es quien maquinó esta guerra, el sith puso a separatistas y republicanos uno contra el otro, el sith nubló la visión limitada de ustedes los Jedi. Esta guerra es una farsa, tus amigos han muerto en vano, todo era parte de un plan...-

La mente de la Jedi voló hacia la supuesta ensoñación que había tenido en la entrada de Dacho, la ensoñación donde su maestro recibía las órdenes de Palpatine para crear el Ejército de Clones... y todo fue muy claro y años de conflictos pasaron por su mente en un segundo... Todo había sido un montaje, una trampa cruel y efectiva, una trampa perfecta creada por la maquinadora mente de Darth Sidious también conocido como el Canciller Palpatine de Naboo.

Y todo su mundo dio un vuelco que habría hecho vomitar a cualquiera, un vuelco que la sacó de toda la lógica y la envió a un mundo de perdición absoluta.

Sin embargo, de súbito, un dolor intenso se clavó en su pecho y sus ojos se llenaron de lágrimas. Cayó de rodillas al suelo, mientras un intenso dolor le partía la cabeza en dos.

Lo veía como si estuviera presente, lo sentía como si le pasara a ella misma y esas imágenes horribles se colaron por sus ojos azules como un puñal asesino. Los Jedi caían en todos los rincones de la Galaxia, asesinados por sus propios clones a sangre fría, esos mismos clones que los habían acompañado durante toda la guerra, que eran compañeros de batalla, cercanos y queridos, peleando de igual a igual, hombro con hombro con ellos. Asesinados de manera traidora, muchas veces por la espalda, por

aquellos seres que ella había defendido y querido, asesinados por los únicos seres en los que Siddhis confiaba, por los únicos seres con los que se sentía segura.

Siddhis Bellatrix cerró los ojos abarrotados en lágrimas, mientras una ola de sentimientos reprimidos la hacían presa, sentimientos nuevos y algunos que habían estado ahí siempre pero que, sin embargo, habían sido reprimidos por toda una vida de enseñanzas y programaciones. Miedo, ira, tristeza, frustración, egoísmo y posesión parecieron ser lo único que tenía en su interior. Nada importaba ya, nada, ni su vida ni su muerte, la oscuridad era más fuerte, la luz había muerto.

-¿Sabes por qué te revelé todas estas cosas, mi querida Siddhis?- preguntó Neiker, estaba serio, más serio talvez de lo que debía estar. A pesar de los sentimientos que torturaban a la Jedi, ésta pudo percibir claramente la contrariedad que la situación venidera le provocada al supuesto mercenario jefe de la mafia de los Bajos Mundos y aliado de Darth Sidious.

-Porque vas a matarme- contestó ella, tratando de fingir una calma que verdaderamente no sentía.

-Te equivocas, yo no, no podría hacerlo, no tendría el corazón para eliminar a una mujer tan bella como tú-

Bella. Era lo último que esperaba ser en esos terribles momentos, menos cuando las palabras de Neiker sonaban a una sardónica burla.

-El Sith va a matarte cuando ya no te necesite, Neiker, no podrás evitarlo-

-No me vengas con cuentos baratos, sé que puedes inventar algo mejor-

-No estoy tratando de salvarme ni de salvarte, sólo te estoy dando a conocer un hecho que va a suceder antes de lo que piensas-

-No, la que va a morir hoy eres tú, no por mi mano talvez, sino por la de ellos-

De súbito tras Neiker apareció el comandante Etty y algunos de sus hombres. Sin el menor remordimiento o titubeo, dispararon una lluvia de blásters sobre la Jedi, pero Siddhis estaba preparada ya sable en mano y los desvió usando varios mandobles, recurriendo a la forma 1 de combate.

El jefe de la mafia sonrió triunfal, pero varios disparos dieron en su cuerpo también. Neiker cayó al suelo y sus ojos buscaron en Siddhis una respuesta para esta traición.

-El Sith está borrando todo rastro de su paso por estos lares, te lo dije-

Podría haberlo ayudado, sus heridas no eran problema para una sanadora con la experiencia de ella, pero no quiso, no se lo merecía, ni siquiera si hubiese tenido tiempo: la herida sangrante de la oscuridad en Siddhis no le permitió dejar de lado su orgullo y salvar una vida.

-Acabas de cometer un gran error, Etty- le dijo Siddhis y antes de que las palabras fueran procesadas por el cerebro del comandante clon, la Jedi ya había dado un salto imposible, decapitando a tres de sus hombres y cortando con precisión milimétrica las dos extremidades de Etty. Un par de disparos más proferidos por los dos únicos soldados clon que quedaban de pie, rebote en el sable y cayeron muertos por sus propias armas.

En medio del silencio de Dacho, Siddhis quedó sola, rodeada de los cadáveres de sus enemigos y torturada por los gritos de los fantasmas oscuros que vivían en las paredes de ese horrible lugar.

Y volvió en si. Regresó la Jedi sólo para ver a su alrededor la matanza cometida. Se agachó para ver a Etty.

Su cariño era sincero por él, lo consideraba su amigo, su aliado, su confidente, el último vestigio que la unía a Sifo.

El fiero comandante clon agonizaba, no sólo habían sido mutiladas sus extremidades superiores, sino que una gran herida en el abdomen le robaba la vida de manera rápida e irreversible para cualquiera menos para una curadora como Siddhis.

La Jedi le quitó con cuidado el casco a Etty, revelando el mismo rostro de Jango Fett, pero la gran cicatriz del ojo le mostraba que era Etty quien agonizaba en sus brazos.

-Amigo, lo siento- dijo con tristeza, mucha, mucha tristeza.

-Generala, no debe sentirlo- dijo el comandante con dificultad –Usted se defendió, hizo lo correcto-

-¿Por qué?- era una pregunta que llevaba en si misma muchas otras preguntas implícitas: ¿Por qué me traicionaste? ¿Por qué destruiste con esa traición toda la confianza que había depositado en los clones de la República? ¿Por qué se prestaron seres que parecían tan puros a una matanza como esa?

-Fuimos programados para esto, no teníamos otra opción que cumplir con el deber-

Siddhis no podía retener las lágrimas, aún cuando su expresión se mantenía igual de parca, los ojos azules de la Generala Bellatrix estaban atiborrados de lágrimas.

-Yo te salvaré, Etty- anunció, mientras se disponía a poner sus manos curadoras sobre las heridas del comandante, sin embargo, Etty negó con la cabeza.

-No lo haga. Si pudiera accionar algún arma seguiría intentando asesinarla hasta mi último aliento, es el deber y mientras pueda lo cumpliré. No me ponga en la disyuntiva de tener que matar a una persona que quiero como usted, no ahora que tengo la oportunidad de no cumplir con mi deber por esta incapacidad, déjeme morir antes que darme la oportunidad de matarla-

Siddhis asintió.

-Le debo una, generala, como siempre- dijo la frase que resumía su amistad con un dejo de amargura.

-Ya me la pagarás después, amigo-

Pero no habría después, la frase que los unía no volvería a ser esbozada por ninguno de los dos nunca más, porque mientras Etty intentaba accionar un detonador con el pie, la Jedi levantó su arma.

-Qué la Fuerza te acompañe, Comandante Etty- musitó. Y de un solo golpe, preciso y letal, Siddhis Bellatrix le robó la vida a Etty, su comandante clon, su compañero de tantas batallas, su amigo y su apoyo en muchas ocasiones.

Y se quedó en medio del silencio aterrador de Dacho, con los ojos cerrados y en completa oscuridad, no oscuridad física sino que con el Lado Oscuro de la Fuerza que vivía en esas paredes como un imborrable recuerdo del paso reciente del Sith.

Sola. Ahora estaba sola, más sola que nunca en la vida, sin saber qué hacer ni como actuar ¿Mandarían más clones a matarla? Tal vez, tal vez no, ya no sabía que estaba pasando a su alrededor.

Caminó en medio de los cadáveres que pavimentaban el suelo, mientras sentía que la Jedi que tenía en su interior moría sin remedio. Se sentó en el suelo y se tapó la cara con las manos y comenzó a llorar, como nunca lo había hecho en su vida. Sin embargo pronto sonó su intercomunicador con un mensaje “*A todos los Jedi de La Galaxia, la guerra ha terminado, se les solicita que vuelvan al Templo*”. El mensaje se repetía una y otra vez.

La mujer se puso de pie casi de un salto. Era hora de volver. Siempre sería una Jedi. Corrió casi por lo pasillos sombríos de la fábrica, buscando que la Fuerza guiase cada uno de sus pasos, porque siempre sería una Jedi, no importaba qué estuviera pasando, no importaba que su corazón estuviese sumido en una oscuridad completa y una tristeza desconsoladora; siempre sería una Jedi, ni el peor embate de la Oscuridad podría cambiar eso.

Pero no tenía miedo, no se permitiría tenerlo. Siempre sería una Jedi.

## CAPÍTULO XII

### UNA LUZ EN LA OSCURIDAD

Las calles de los Bajos Mundos parecían revolucionadas por eventos desconocidos por Siddhis. Caminó por entremedio de la escoria de la ciudad. Pero ya no les llamaría así, casi se sentía a gusto con ellos, la verdadera escoria estaba en otro lugar, la maldad yacía en otro cuerpo.

Caminó, cubierta por su capucha, tratando de no llamar la atención, aunque algunos la reconocieron como perteneciente a la Orden Jedi, se desentendieron y siguieron con su propio camino y sus propias y más importantes preocupaciones.

Necesitaba un transporte para salir de los Bajos Mundos y volver al Templo como había dicho la señal, aunque algo no encajaba bien en la historia y el ambiente que se vivía en las calles le indicaba una agitación mayor que la de otros días, Siddhis Bellatrix siguió caminando en busca de la cantina del ser de los tres ojos para buscar un transporte ahí. No tenía otra cosa más para hacer.

No obstante, no alcanzó a entrar cuando su intercomunicador volvió a sonar. Casi como un acto reflejo, Siddhis se refugió en un callejón oscuro que se formaba entre dos edificaciones de algunos pisos. Sacó el intercomunicador del cinto y oyó, después de algo de estática, una voz demasiado familiar.

-A todo Jedi que esté escuchando este mensaje se le comunica no volver al Templo: es una trampa, repito, no vuelvan al Templo es una trampa- la voz oscilaba y se perdía y luego volvía a surgir de la nada.

Pero esa voz era inconfundible en los oídos de Siddhis.

Se refugió lo más que pudo en las sombras del callejón, mientras musitaba en su intercomunicador.

-Kudan...¿Kudan Reikull?-

-Si está escuchando esta señal es porque es una Jedi...-

-Kudan, soy yo Siddhis-

-No debes volver al Templo, Siddhis, es una trampa- la voz se oía con estática pero era lo suficientemente clara para distinguirse.

-¿Qué es lo que está pasando? ¿Cómo estás?-

-Es una historia bastante larga, yo estoy bien, pero me temo que la maestra Stass Allie ha sido asesinada por sus clones, yo tuve que asesinar a los míos para no correr la misma suerte-

-¿Sabes si hay más sobrevivientes?-

-Espero que sí, hasta el momento eres la única que ha contestado el llamado. Alguien recalibró el mensaje inicial al parecer desde el Templo mismo, al hacer una investigación remota por la almenara del Templo me di cuenta y estoy tratando de transmitirlo a cualquiera de nosotros para que no vuelva al Templo. Algo inusitado y muy peligroso está pasando, estamos siendo exterminados, se nos tilda de enemigos de la República...- la voz sonó triste, mucho muy triste -Estoy volviendo a Coruscant para ver que ha pasado con Nagai Dan-

Siddhis cerró los ojos y la Fuerza le indicó que el maestro Dan aún estaba vivo, sin embargo ya no confiaba en sus instintos, todo era oscuridad a su alrededor.

- Yo estoy en los Bajos Mundos de Coruscant, si quieres puedo ayudarte...-
- No- interrumpió –Mantente en esa posición hasta nuevo aviso y cuídate de los clones, todos tienen la misión de asesinarnos y no se detendrán ante nada. Por ahora estás a salvo en los Bajos Mundos. Cuando pueda trataré de ir a buscarte, te lo prometo-
- Nunca se está a salvo en este lugar. Maté al jefe de la Mafia, también ellos deben estar buscando-
- En toda la Galaxia hay precio por nuestra cabeza. Debes creerme que no hay mejor refugio para ti que los Bajos Mundo. Confía en mí-
- Lo hago, no te imaginas cuanto-
- Por ahora, amiga, debemos cortar la comunicación antes que la puedan rastrear-
- Tienes razón-
- Qué la Fuerza te Acompañe-
- Y a ti-

La voz se perdió y Kudan la dejó sola con todas sus dudas y recriminaciones, sumida en la profunda oscuridad que emanaba aquel lugar.

Tapó su cabeza con la capucha de su capa y se mezcló con la escoria que recorría aquel infierno.

\* \* \*

Se escondió en Dacho. No había mejor lugar que ese para esconderse ¿quién se atrevería a pisar ese lugar en su sano juicio? Estaba sola en medio de ese gran lugar, mientras los cadáveres del que creyó su amigo y del que fue su amigo y la traicionó estaban pudriéndose. Sin más compañía que la muerte y los fantasmas que llenaban cada rincón de Dacho.

Siddhis era una mujer fuerte, pero el contacto con tanta oscuridad comenzó a debilitarla, no aparentemente, sin embargo, sus meditaciones Jedi comenzaron a parecerle un recuerdo tan lejano como el de una vida pasada y el contacto con seres vivos un relato fantástico.

Pasaron varios días en los que a penas durmió y en los que a penas comió. Ni una ni la otra eran preocupaciones para ella, ni una ni la otra eran prioridad. Todo su tiempo y todo su esfuerzo lo puso en mantener la cordura y en aferrarse a los recuerdos y pensamientos de la vida Jedi que había tenido. Cronológicamente hablando, no habían pasado más de cuatro días, no obstante, para Siddhis esos cuatro días fueron una eternidad, una vida completa.

Se preguntó si hubiera sido más prudente haber muerto que darse el lujo de vivir esa interminable tortura.

Se aferraba obsesivamente a la promesa que le hiciera su amigo Kudan de que vendría en algún momento por ella, se mantenía con vida gracias a esa promesa.

No tenía las fuerzas para preguntarse qué estaba sucediendo en la Galaxia, no tenía fuerza ni siquiera de dedicarle un miserable pensamiento a lo que les había sucedido a sus compañeros Jedi, los fantasmas y gritos de Dacho no la dejaban pensar y le llenaban la cabeza de voces de tiempos pretéritos y de dolores ajenos pero muy reales.

A veces lloraba con estos dolores ajenos y estas penas tan profundas, pero para las suyas propias no tenía lágrimas; poco a poco Siddhis Bellatrix se iba convirtiendo en parte de aquella oscuridad y poco a poco su voz se unía a la voz de esos gritos desgarradores y a esos lamentos dolorosos.

Cuatro días y tres noches pasó así, sumergida en las tinieblas, consumida por el dolor ajeno y traspasada por los lamentos que encerraban las paredes de ese lugar. Al cuarto día el sonido de los fantasmas se mezcló con un sonido físico y real que venía del cuarto contiguo.

Siddhis abrió los ojos que casi siempre mantenía cerrados por esos días, mientras el sonido se hacía evidente.

*“Vienen por mí... si es así, que me lleven, no me importa”* pensó *“qué me maten si así gustan”* El esfuerzo por ponerse de pie y empuñar el sable era casi sobrehumano en su estado, sólo se limitó a permanecer ahí con los ojos abiertos, mientras frente a ella se formaba una silueta conocida.

-Si vas a matarme, RC-1019, hazlo sin preámbulos- le dijo al Comando que la apuntaba desde el umbral de la entrada con su rifle –Vamos, conviértete en héroe y llévate mi cabeza como muestra de tu hazaña- la voz de Siddhis era calma, pero la agresividad de sus palabras se dejaban entrever sin problemas incluso para un clon y más si este clon era Vrad –Traicióname como lo hicieron los otros- dijo con tristeza *“sólo que viniendo de ti dolerá mucho más”* pensó pero no lo expresó en palabras.

-Generala Bellatrix...- musitó suavemente con su voz metalizada por los micrófonos de su casco.

-¡No me llames así!- subió la voz –No soy tu Generala- se puso de pie movida sólo por la rabia que la carcomía, una rabia oscura y que le daba fuerzas para moverse.

Vrad se sorprendió con el estado de la Jedi, se veía tan extrañamente demacrada y llena de ira como no la había visto nunca.

-Entiendo la rabia que sientes- contestó el comando –Yo también tengo mucha rabia de estar en esta situación, pero ninguno de nosotros tiene la opción de elegir, se nos dio una orden y debe ser cumplida-

-Patrañas. Uno siempre puede elegir, sin esas elecciones eres una máquina- dijo con una voz llena de desprecio –Un número más para tu Canciller, un número en una lista que se perderá en el tiempo y la oscuridad. Un número que cambia pero que tiene el mismo rostro... Ety, Vrad, Klayn, Cody, Baccara, Boss, Sev, Bly, Rex, Nate... Un puñado de letras con el mismo rostro-

-¡Sabe nuestros nombres!- exclamó Vrad sorprendido.

-Todos y cada uno y te preguntarán por qué, porque para mí son todas personas distintas, así como me sé los nombres de todos y cada uno de los Jedi que mataron por la espalda... Aylaa Secura, Qui-Adi Mundi, Stass Allie, Luminara Unduli, Barris Offee, Ploo Koon... y tantos otros...- dijo con amargura.

-No preguntaré como lo supo, porque lo sé- contestó, agachando la vista camuflada por el visor.

-¿Quién les dio la Orden?- preguntó con agresividad -¿Quién los obligó a ir contra todos los valores que defendían? ¿Quién nos tildó de Enemigos y Traidores a la República?-

-Se llamaba Orden 66 y era secreta. Venía directo desde el despacho del Canciller, una orden que no admite preguntas ni dudas, es clara y precisa “exterminar a los Jedi”-

-¿Ya ensuciaste tus manos con sangre Jedi? ¿O tendré el honor de ser la primera, mi querido Vrad?- dijo con sarcasmo extremo en sus labios negros.

-Aunque no lo crea esto nos causa dolor, mucho dolor, sobretodo a los que fuimos criados con mayor libertad de decisión. Mis hermanos están con el alma destrozada por tener que venir a buscarla, la admiran y la quieren, lo sé porque los conozco como si fueran yo mismo. Pero yo...- la miró, mientras ordenaba sus ideas en la cabeza –

Yo...Yo soy el que está más destrozado por dentro, yo soy el que más la admira y el que más la quiere - Vrad bajó la vista –Usted me salvó la vida cuando nadie lo hubiera hecho, lo hizo a pesar de que su propia existencia estaba en peligro y yo siempre deseé un momento para devolverle la mano. Creo que es este-

-¿Qué quieres decir?-

-Yo entré en esta habitación buscando a la traidora Siddhis Bellatrix pero no he visto nada, en esta habitación no hay nadie. Guardaré y tendré este mi único secreto para siempre conmigo-

Los ojos de Siddhis se llenaron de lágrimas. Estimaba tanto a Vrad que este gesto tan humano y tan real la conmovió de una manera que la llenó de luz. La luz que le faltaba.

-Gracias Vrad- dijo conmovida –No sabes lo que esto significa para mí, no sabes lo que me estás entregando ahora-

-Mis hermanos jamás se enterarán y entienda que si vuelvo a verla deberé matarla-

-Lo sé-

-Espero no volver a verla, aunque mi corazón siempre irá con usted, siempre ha ido con usted, desde que la conocí en mis entrenamientos en Kamino, desde que nos miraba por esa ventana entrenar y yo sabía que usted estaba ahí y me esforzaba por mostrarme como el mejor ante sus ojos, desde que me aceptó como su igual algo que nunca nadie hizo ni hará aparte de mis hermanos, desde que me abrió su mundo y yo le abrí lo poco y nada que es el mío, desde que compartimos el cielo mágico de Saleucami rasgado por las rocas incandescentes, desde que me salvó la vida en esos túneles, el momento más cercano y hermoso que he tenido con algún ser de este vasta Galaxia...-

Vrad se retiró el casco, dejando al descubierto su rostro humano, el rostro que para Siddhis ya no era el de Jango Fett sino que era el rostro de Vrad, su gran amigo y compañero, un rostro que exhibía una luz que no había en otro clones, una luz propia y maravillosa, un fuego que destellaba en esos ojos negros y una ternura que se revelaba a pesar del rostro anguloso y duro

–Si supiera lo que es el amor, Siddhis, podría decirte que es eso lo que siento por ti- era la primera vez que la tuteaba y sus palabras nacieron de sus labios con algo de temor, un temor que fue diluyéndose mientras esos ojos azules lo observaban con el mismo sentimiento que él albergaba en su corazón –Pero lo único que conozco es el amor a mis hermanos, a mi trabajo, a la República, pero imagino que el amor es la mezcla del respeto, lealtad, admiración y devoción que siento por ellos más el poder que me inflinges para querer romper todo eso por ayudarte. Nos criaron para pensar en nosotros sólo como una parte de un todo, siempre he sido sólo parte de un cuerpo llamado Escuadrón Sigma. Solo no era nadie, junto a mis hermanos lo era todo. Por primera vez siento que soy alguien por mi mismo, por primera vez siento lo que significa tener algo mío, todas tus palabras, todos tus recuerdos son míos, son lo único mío que alguna vez he tenido y que alguna vez tendré. Tal vez todo eso signifique amor, tal vez no, pero es lo más cercano que voy a sentir alguna vez.-

Siddhis se acercó a él y lo miró a los ojos sin miedo, como nunca había mirada a nadie más y como nunca volvería a hacerlo.

-Es lo más cercano que ambos sentiremos y este es el momento más cercano que tendremos de ello- dijo con la voz quebrada por la emoción.

¿Era eso lo que sentían Anakin y Padmé? Se lo había preguntado siempre, pero sólo en ese preciso instante se acercó un poco a la respuesta. En aquella alma tan querida y tan transparente, Siddhis Bellatrix supo y entendió por primera vez la magnitud de las cavilaciones del llamado Elegido. Pero más allá de eso, en su propia alma pudo descubrir como extraños sentimientos dormidos ahí desde siempre ahora despertaban y removían todos sus cimientos.

-Estamos destinados a ser héroes, Siddhis, no escogemos serlo, debemos serlo. Y cuando el deber nos llama debemos hacer la elección correcta. Para los clones nuestra única recompensa a esta elección es sobrevivir, pero por primera vez en la vida, y tal vez la única, mi recompensa será algo distinto: saber que estás viva gracias a mi elección y que yo estoy vivo gracias a lo que tú hiciste por mí. Y nunca me olvidaré de ello porque este es un lazo que sobrevivirá a cualquier guerra e incluso a nuestra muerte. Tú me enseñaste que hay más en la vida de lo que mis ojos ven, tú me enseñaste la esencia de lo que llaman La Fuerza, tú me enseñaste que existe un sentimiento llamado amor que va más allá del amor a mis hermanos y mi amor por la República, es más profundo y mucho más real-

-Tú me enseñaste exactamente lo mismo, Vrad, tú eres mi luz entre toda esta oscuridad. Ahora puedo decir que sé lo que es el amor-

La Jedi lo abrazó con fuerza, transmitiéndole todo su amor y buenos deseos, todo su agradecimiento por aquel umbral del luz que Vrad había descubierto para ella en medio de la oscuridad. El mejor regalo que alguna vez hubiese recibido.

Era la despedida. Quisiera la Fuerza que no volvieran a encontrarse. Vrad devolvió el abrazo y sus ojos miraron ese rostro femenino por última vez.

-Vode An- dijo en Mandaloreano el grito de guerra, el himno de la hermandad.

Siddhis se separó de él y caminó hasta el umbral. Se dio media vuelta y miró a Vrad por última vez.

-Hermanos todos-

\* \* \*

Vrad mintió a sus hermanos diciendo que no había visto a Siddhis Bellatrix por ningún lado. Habló de ella con frialdad para acentuar sus palabras con la realidad de la que carecían. No fue fácil, pero de sus labios no volvió a salir una sola palabra tierna o amable al referirse a ella, de hecho, evitó mencionarla todo lo que pudo. Aquel secreto, su único y atesorado secreto, permaneció en su corazón bajo siete llaves. Ese secreto, aunque doloroso, fue su único indicio de libertad y sobretodo de individualidad y como tal lo guardó y amó en su corazón.

El Escuadrón Sigma abandonó los Bajos Mundos pocos días después sin rastros de Siddhis Bellatrix. No había tiempo ya para seguirla buscando, había un nuevo Imperio que cuidar y nuevas misiones que cumplir. Vrad no volvió a desobedecer una orden jamás y en lo sucesivo, sus labios no volvieron a articular aquel nombre otra vez, aunque el rostro de la poseedora jamás dejó su mente ni su corazón.

\* \* \*

Las calles de los Bajos Mundos se convirtieron en el hogar de Siddhis. Terminó por conocerlas tan bien como la palma de su mano. Ni la Mafia ni nadie se metía con ella desde que se habían enterado que había vivido en Dacho y que había sobrevivido, así que el secreto de su presencia en los Bajos Mundos, aunque conocido por varios, se guardó celosamente por no perturbar a la poderosa forastera.

Llevaba varios días sin hablar con nadie cuando una mujer se sentó a su lado mientras Siddhis estaba en una cantina de cuarta oculta bajo su amplia capucha.

La mujer vestía como piloto espacial, un traje negro de cuero y al cinto llevaba un bláster. Dejó su casco de piloto sobre la mesa y se sentó al lado de la Jedi sin previo aviso. Siddhis tampoco la miró y sólo se limitó a seguir pendiente de una riña que había unas mesas más allá.

-Este no es lugar para una Jedi- dijo la mujer. Su voz era potente aunque suave.  
-Te informaron mal. Yo no soy Jedi. Maté a una y me robé su ropa, sólo eso, y si no te identificas, puedo hacer lo mismo contigo, así que te sugiero que te vayas y me dejes en paz- Siddhis ni siquiera la miró al decirle estas frías palabras.  
-No tienes que fingir conmigo, Siddhis Bellatrix, sé perfectamente quien eres y he venido a ayudarte-

La Jedi la miró por primera vez.

-No necesito tu ayuda- dijo sin embargo.  
-Vengo de parte de alguien que conoces. Me llamo Nefer Jade y solía ser una Jedi como tú-  
-Pruébalo-  
-¿No te basta lo que te dice la Fuerza?-  
-No, no me basta, si fueras una Jedi sabrías que la Fuerza dejó de hablarnos hace tiempo-  
-Te equivocas rotundamente-

Siddhis agachó la vista, no tenía ganas de tener un debate dialéctico sobre la Fuerza.

-¿Qué quieres de mí?-  
-Vengo de parte de alguien que conoces y que dijo que estaría en contacto: Kudan Reikull-  
-¡Kudan!- exclamó. Al oír ese nombre por fin pudo salir de la caparazón que se había puesto para protegerse de la intensa vida en los Bajos Mundos -¿Cómo está?-  
-Bien, logró salvar al maestro Nagai Dan de la masacre del Templo-

Siddhis respiró aliviada. Sintió que volvía a tener vida dentro de su cuerpo y suavizó su mirada y sus palabras.

-No sabes lo que significa para mí la noticia que me has dado-  
-Lo mismo que significó para mí saber que no era la única Jedi del universo-

Siddhis asintió.

-El universo que conocimos ya no existe ¿lo sabes, verdad?-

Una extraña corriente de sentimientos inundó a Nefer al decir estas palabras. Tocó su vientre de manera imperceptible, aunque no lo suficiente para que Siddhis no captara sus movimientos.

-Ya nada será igual- musitó Nefer más para si misma que para su interlocutora. Luego levantó la vista.

Siddhis asintió pensativa. Era demasiado fácil ver la vida que se formaba en el vientre de la mujer que tenía frente a ella, era demasiado fácil para una curadora Jedi con sus capacidades. No obstante, guardó silencio y desvió el tema a linderos menos escabrosos a su parecer.

-Muchas cosas me fueron reveladas por mi comandante clon y por un buen amigo mío- dijo, refiriéndose a ETTY y a Vrad respectivamente. Una incontrolable avalancha de sentimientos la hicieron presa al nombrar al Comando Clon, aunque la soportó estoicamente y se mantuvo impávida ante el dolor que le causaba recordar ese nombre- Pero no he visto nada con mis propios ojos, he pasado en este lugar escondida- *“como una cobarde”* iba a agregar, pero no dijo nada.

-Talvez la situación sea peor de lo que pensamos, Siddhis. Talvez no haya más sobrevivientes que nosotros. De todos los mensajes y comunicaciones que Kudan ha establecido sólo se ha contactado conmigo en Nar Shadda, con su maestro en el Templo y contigo. Hay señales de un quinto Jedi que venía hacia Coruscant desde Boz Pity llamado por el anuncio del fin de los conflictos, sin embargo, Kudan estaba viendo ese tema mientras yo venía en tu búsqueda y de paso me escondía por algún tiempo hasta encontrarte. No descartamos que haya otros sobrevivientes, pero es menos probable de lo que nos gustaría-

-¿Boz Pity dices?-

-Sí ¿te dice algo ese planeta? ¿Conocías a algún Jedi de los que estaban allá?-

-Sí, estaba Keyor Alleguis, Drellis Duskrider y el maestro Quinlan Vos, según sé-

-Talvez sea alguno de ellos, pero no lo sé, no alcancé a enterarme de esos detalles antes de venir acá-

Era desolador. Siddhis pensó en sus queridos clones asesinando a Jedi a sangre fría, por la espalda, dejando de lado todo aquello que eran para ella, dejando de ser héroes para transformarse en asesinos por encargo del Sith. Imaginó a Kudan desenfundando su sable en el Templo Jedi, enfrentándose a un Ejército de clones para salvar la vida de su maestro, imaginó a Keyor o a Drellis luchando por su vida en Boz Pity, cuidándose el uno al otro ¿cuál de los dos habría sobrevivido? ¿Cuál de los dos yacería muerto, olvidado en los suelos de un planeta desolado, asesinado por sus clones? Los clones de Sifo Dyas. El pensamiento fue desolador.

\* \* \*

Salieron del lugar camufladas por la noche eterna de los Bajos Mundos de Coruscant.

-Juntas nos hemos convertido en un blanco fácil- comentó Siddhis mientras caminaban a toda prisa por callejones inmundos que las conducirían al transporte de Nefer Jade.

Y llevaba razón, podrían ver a una Jedi deambulando por las calles de los Bajos Mundos, pero dos Jedi era demasiado, sobretodo ahora que sus cabezas tenían un elevado precio. Pronto se vieron rodeadas por una pandilla de varios alienígenas armados con blásters o lo que tuvieran a la mano. Eran seis y les cerraron el paso. El que parecía ser el jefe se adelantó al grupo, era Bhreedo, el rodiano que Neiker le había presentado, lo acompañaban el matón traficante de armas, la t'wilek y el niño, además de otros dos extraños seres.

-Nos volvemos a encontrar, Jedi- dijo en su extraña lengua gutural. La apuntó con su arma y se acercó a ellas con descaro –Pagan mucho por tu cabeza, Bellatrix, sobretodo ahora que todos tienen miedo de tus poderes- Siddhis se mantuvo en silencio, sin mostrar el mínimo de miedo –Pero aunque hayas matado a Neiker y a los clones, vale la pena arriesgarse, sobretodo ahora que vas con una amiguita tuya. Dos Jedi, el padre de Neiker pagará muy bien el botín que he conseguido hoy-

-¿El padre de Neiker?-

-Está furioso por la muerte de su hijo y ofreció una suma de dinero que rebasa todos los límites de la imaginación a aquel que le lleve a Siddhis Bellatrix viva. Nadie se había atrevido, pero yo no temo de tus poderes, mueres tan fácil como cualquiera de nosotros y tus poderes de la Fuerza han disminuido considerablemente después de tu estancia en Dacho-

Nefer Jade desenfundó y encendió su sable morado.

-Déjanos pasar, rodiano, sino te irá muy mal-

-Tampoco te tengo miedo a ti, muñeca

-Y tú, niño, deberías alejarte de aquí- indicó Siddhis a Rayly, quien intentaba parecer rudo con un arma en las manos –Eres muy pequeño para estas cosas-

-Tú mataste a Neiker, él era mi amigo, mi padre y mi mentor, yo lo vengaré-

-Esas palabras suenan muy mal en un niño, Rayly-

Pero sin lugar a dudas Rayly parecía estar decidido y disparó su bláster contra Siddhis, con celeridad el sable azul de la Jedi desvió el disparo. Sin embargo, no pasó mucho tiempo para que una lluvia de disparos cayera sobre ellas.

Usando toda la destreza de que eran capaces, se mantuvieron bastante rato desviando disparos, pero era tal la sed por aquella recompensa, que los seis cazarecompensas, incluido el niño de cinco años, comenzaron a arrinconarlas y a llevarlas a un callejón sin salida.

Los disparos de los bláster no tiraban a matar porque la recompensa era mucho mayor por llevarlas vivas, pero sí para herirlas.

La pena inundó el corazón de Siddhis ¡qué mundo era aquel donde un niño tan pequeño disparaba contra otro ser vivo con la precisión de un adulto! Era un mundo desquiciado ¿Pero Rayly era diferente a ella cuando tenía su edad? ¿No había empuñado ella desde pequeña un sable láser? Le habían enseñado sobre la Fuerza y todas esas cosas, sin embargo el destino la había transformado en una soldado, a pesar que nadie quiso nunca reconocer que eso eran los Jedi: soldados, se podía decir que eran soldados de la paz, de la justicia, de muchas cosas, pero básicamente eran soldados, aunque no quisieran reconocerlo, aunque habían pasado muchísimos años resguardando la paz de la Galaxia y supieran los secretos de la Fuerza (aunque una temporada en los Bajos Mundos mostró a Siddhis que no todos) el hecho que empuñaran espadas de luz y

supieran usarlas mejor que nadie los hacía soldados, y las diferencias entre Rayly y Siddhis se estrecharon demasiado en la mente de la joven Jedi.

-Estoy cansándome- musitó Siddhis a Nefer.

-Lo sé, pero tengo una cartita bajo la manga, debemos resistir hasta que pueda usarla-

-Ojalá que sea pronto, Nefer- Siddhis parecía más cansada que nunca y las cosas poco a poco se iban transformando en siluetas y su vista comenzaba a nublarse. A pesar de todo continuó resistiendo.

Pero no demoró mucho en aparecer el as de Nefer Jade, cuando unos disparos lilas cruzaron la batalla e hirieron al Rodiano en el brazo. Eso hizo retroceder a los agresores un poco y les dio espacio a Siddhis y Nefer.

-¿Qué fue eso?-

-Luego te explico- dijo Nefer como evadiendo la pregunta.

-Como quieras-

Pronto apareció un joven de tez morena y un traje un poco antiguo que incluía bandoleras hechas a mano por él mismo y un bláster de grandes proporciones. Disparaba de manera precisa.

-¡Chicas, deben salir de aquí, traten de salir del callejón y correr, yo las cubro!- gritó el joven.

Nefer asintió, mientras en la corriente de la Fuerza Siddhis sintió un extraño pero fuerte sentimiento de Nefer hacia este joven y del joven hacia ella.

-Si no los eliminamos darán la voz de alerta de nuestra presencia- dijo Siddhis con una frialdad que la asustó a ella misma.

-¿Vas a querer matar al niño también? - Nefer la miró extrañada –Sé que sientes gran simpatía por él-

Siddhis asintió, pero la oscuridad de los Bajos Mundos ya estaba nublando sus pensamientos y sus sensaciones, no sabía qué sentimientos eran de ella realmente y cuáles eran de otro, sentía todo como si fuera de ella, como si todos los pensamientos y sentimientos de los otros fueran de ella misma.

-Debemos huir, no me siento bien- exclamó Siddhis, mientras sus golpes ya no eran los suficientemente certeros y sus movimientos se volvían toscos.

-Huyamos, entonces-

Pero el rayo lila perforó la cabeza, cráneo y cerebro de Bhreedo y el líder de la banda cayó al suelo sin vida.

-¡Ahora, chicas, corran!- dijo el joven del bláster lila.

Nefer y Siddhis corrieron, pero la segunda se dio media vuelta en un momento, guiada por sus extrañas sensaciones. Rayly había corrido hasta ponerse en la vanguardia del grupo y con los ojos llenos de lágrimas comenzó a disparar y a gritar.

-¡Asesinos! ¡Mueran asesinos!- su pequeña voz no parecía la de un niño y sus disparos guiados por la venganza y la rabia eran certeros y letales.

Y por un momento Siddhis se convirtió en aquel niño lleno de rabia, por un momento Rayly fue la pequeña Siddhis cuando supo que su maestro había muerto, por un momento ambos fueron la misma persona en la mente de la Jedi y fue en ese extraño momento de unión en el que Siddhis se dio cuenta que uno de los disparos del niño iban directo a asesinar a Nefer por la espalda. Con las últimas fuerzas que le quedaban, Siddhis dio un gran salto y se interpuso con el sable encendido en la trayectoria del disparo, desviándolo y haciendo que volviera en toda su letalidad a la personita que lo había hecho.

Rayly cayó al suelo fulminado y llorando, mientras la Jedi no tuvo tiempo para ir hasta él y curarlo, cayó también al suelo y su vista se le nubló. Ya no resistía ni un minuto más en esa oscuridad que llenaba los Bajos Mundos.

Lo último que vio fue el cielo negro y muerto, y luego sólo oscuridad.

## CAPÍTULO XIII

### RENACIMIENTO

Abrió los ojos en un lecho cómodo pero simple. Le dolía la cabeza y sentía un poco de dolor en el cuerpo, pero nada del otro mundo. Estaba al parecer en la habitación de alguna nave, porque los vaivenes del vuelo eran perfectamente perceptibles.

Kudan Reikull estaba a su lado, observándola. Le dedicó una ligera sonrisa.

-Bienvenida a la Revostar 7-

-¿Qué pasó?- dijo con dificultad y se sentó en el lecho tratando de reconstruir en su mente lo que había pasado.

-Te desmayaste. Nefer y Kitster Banai te cargaron hasta el transporte y después llegaron al punto de encuentro en la órbita. Ya no estamos en Coruscant, así que es de esperar que estando lejos de los Bajos Mundos puedas sentirte mejor-

-Es de esperar, este dolor de cabeza me está matando-

Miró a Kudan. Había cortado su trenza de *padawan*.

-Ya soy un Caballero Jedi- dijo el Jedi leyendo los pensamientos de Siddhis –Nagai me ascendió después que lo saqué del Templo. Obviamente no hay ya ningún Consejo Jedi que diga lo contrario- dijo con amargura –Además ahora somos fugitivos, deberemos dejar atrás aquello que nos distinguía como tales y una trenza *padawan* me delataría en cualquier lugar de la Galaxia-

-Nada volverá a ser como antes-

-No- dijo Kudan con algo de melancolía –Sólo nos resta tratar de adaptarnos-

-¿El muchacho que me salvó se llama Kitster?-

-Sí y a esto me refiero con adaptarnos, Kitster es la pareja de Nefer Jade, es un mercenario que viajará con nosotros ahora-

-La pareja- musitó. Era más que eso, más que un simple romance. Era más profundo y más importante. Siddhis lo sabía, lo había visto en la mirada de Nefer y en su vientre como una luz que nacía poco a poco, borrando cualquier oscuridad.

-Sí. Las cosas no son como solían ser, todo cambió muy rápido, y si queremos sobrevivir debemos adaptarnos-

Siddhis asintió. La imagen de Vrad vino a su mente sin quererlo.

-Ellos me salvaron la vida, no tendría por qué no aceptarlos, no tengo nada que juzgar, después de todo los Jedi ya no existen, menos los códigos que nos regían-

-Así es. Pero mientras existan Jedi escondidos a través de la Galaxia y mientras exista el deseo de libertad, los Jedi no se habrán extinguido, por lo menos nuestros ideales habrán de sobrevivir. Tal vez el Jedi que recalibró el código en el Templo esté vivo en alguna parte-

Siddhis bajó la vista al recordar lo que había pasado en Coruscant, al pensar en el Templo arrasado, al pensar en la oscuridad que rodeaba todo y al recordar lo que había hecho antes de desmayarse.

-Maté a un niño, Kudan-  
-Salvaste a Nefer que es distinto- rectificó el Jedi.

Desde la puerta de la pequeña habitación surgió una figura en el umbral. Una voz conocida, pero de un lejano pasado ya, rasgó el silencio que se había hecho.

-¿Cómo está?- preguntó la voz.

-Ya despertó-

-¿Entonces ya puedes sanarme esta herida?- dijo con algo de sarcasmo en la voz.

Pronto apareció un joven Jedi que tendría talvez la misma edad que ella y Kudan, su perfil anguloso e imponente contrastaba con la dulzura de su mirada. Llevaba el típico atuendo de un Jedi, aunque desde uno de los brazos surgía un poco de sangre que manchaba la tela de su ropa.

-Keyor Alleguis, te presento a Siddhis Bellatrix- dijo Kudan, mientras Keyor sonreía a Siddhis y esta a su vez devolvió el gesto con una mirada de respeto.

-Ya nos conocíamos- anunció ella.

-Hace mucho tiempo, pero vale, tenemos mucho que conversar y ponernos al día-

Kudan asintió y luego se puso de pie.

-Me alegro que estés bien, Siddhis, por ahora debo ir a ver como está el maestro Dan que lo dejé encargado a Kitster, aún no se recupera de algunas heridas y está un poco débil- anunció Kudan.

-Iré a verlo después de curar a Keyor, talvez sean de ayuda mis conocimientos en el maestro también. Me alegro que te hayas reencontrado con él-

-Algo bueno debía sacar de toda esta tragedia ¿no?-

Los tres sonrieron, aunque amargamente, pasaría tiempo antes de que esa amargura pasara.

Keyor se sentó en el borde de la cama y mostró la herida de su brazo en todo su esplendor a la curadora.

-No fue tan fácil sobrevivir al ataque de mis clones en Boz Pity, como verás me hirieron, pero nada de cuidado. Me pregunto que habrá pasado con mi compañero Drellis o con mi maestro-

-Si están vivo, los encontraremos, no te preocupes, por ahora déjame ver esa herida- dijo con dulzura.

\* \* \*

Un nuevo grupo se había completado. Aunque trataron de encontrar nuevos integrantes, nadie más respondió al llamado. El embate de la Oscuridad había asesinado más Jedi y más gente inocente de lo que cualquiera imaginó. Ese embate había dejado en el alma de los pocos sobrevivientes una cicatriz imborrable de dolor, amargura y soledad. La Galaxia en la que habían vivido ya no existía y nunca volvería.

Sin embargo ni la peor oscuridad podría evitar lo que se había formado en aquella nave, porque con los sables de Keyor Alleguis, Siddhis Bellatrix, Nagai Dan,

Kudan Reikull y Nefer Jade y el bláster de Kitster Banai, un nuevo comienzo a la esperanza de algún día recuperar la amada libertad y la paz en la Galaxia había surgido.

\* \* \*

-¡Vienen persiguiéndonos!- la voz de Kudan irrumpió en la habitación donde Siddhis ya había terminado la curación del brazo de Keyor. -¡Necesito que me ayuden en los turbo láser!-

Ambos se pusieron de pie, como si estuvieran recién despertando de un sueño reparador y con una energía que sacaban de todo por lo que habían pasado.

Corrieron hasta los dos turbo láser, mientras Kudan tomaba los controles de la nave junto a Nefer Jade. Varios nuevos modelos de cazas imperiales venían tras ellos.

El maestro Dan aún estaba convaleciente y Kitster se quedó a su lado para cuidarlo. Pronto estaría bien, pronto podría demostrar de lo que era capaz, había mucho por hacer.

Kudan hizo una maniobra evasiva y Nefer estabilizó los controles lo mejor que pudo, mientras Siddhis y Keyor apuntaban a los nuevos cazas imperiales desde las dos torretas turbo láser en uno y otro costado de la nave.

La primera aventura del grupo Renacimiento había empezado.

## AGRADECIMIENTOS

El mundo es un lugar extraño, un lugar donde todo puede suceder, ahora lo creo más que nunca. Heme aquí escribiendo este apartado de agradecimientos a todos aquellos que me apoyaron en la creación de una pequeña novela basada en el imaginario de George Lucas: Star Wars. Un lugar extraño es este, sin dudas, donde he tenido la oportunidad de ser parte de un sueño de un grupo de chilenos que miraron más allá de sus propias limitaciones técnicas y monetarias para crear una historia que honra la saga que abrió el camino de la imaginación de todos nosotros.

Es importante recalcar que sin las obras literarias de Matthew Stover con su “Punto de Ruptura”, Alan Dean Foster con “La Llegada de la Tormenta” y Steven Barnes con “Traición en Cestus”, todas excelentes novelas que enriquecieron el Universo Expandido de Star Wars, habría sido mucho más complejo escribir esta pequeña novela.

Agradezco, en primer lugar, a Inti Carrizo-Ortiz, director, guionista y amigo, que me invitó a ser parte de la Gran Odisea llamada Star Wars Renacimiento y creyó en mí para ser parte también de esta odisea literaria con esta pequeña trilogía que creamos y que nació como una idea un tanto descabellada pero que hoy tiene su primer logro.

Agradezco también a Rodrigo Osorio, mi editor, “manager” y compañero de vida, por su apoyo y amor incondicional durante todo el largo proceso de creación de esta novela, sin su empuje, sin sus acertados comentarios, sin las millones de veces que tuvo que leer las palabras que componen este humilde libro y sin sus acabados conocimientos del mundo Star Wars nada de esto hubiese sido posible.

Al gran dibujante nacional, artista, amigo y compañero de staff, Michel Ripetti, mi más sincero y profundo agradecimiento por la excelente ilustración para la portada de este libro.

Y por último, pero no menos importante, agradezco a todas las personas que “me prestaron” por un ratito sus personajes para la creación de esta historia, espero que todos ellos sientan el cariño y respeto con el cual traté a todos los personajes que componen esta novela, sin excepción.

A todos ellos. A todos ustedes.

Muchas gracias.

Santiago, Chile  
21 de mayo de 2007  
6:11 PM